MARÍA ES NUESTRA MADRE

+ CARTA + PASTORAL +

+ ELÍAS YANES ÁLVAREZ

+ ELÍAS YANES ÁLVAREZ

MARÍA ES NUESTRA MADRE

+ CARTA + PASTORAL +

Diseño: Edilio Mosteo ■ Virtual diseño gráfico, S.L. Zaragoza ■ Imprime: Navarro&Navarro. Zaragoza ■ D.L.: Z-2.547/04

❧ A todos mis hermanos
que el Padre ha reunido en Cristo
por el Espíritu Santo
y que peregrinan en Zaragoza
hacia la Jerusalén celeste.

❧ A quienes permanecen ardientes en la fe
y a quienes tienen una fe vacilante,
seducidos por este mundo.

❧ A quienes aman cordialmente a María
y a quienes olvidaron la piedad de su infancia.

❧ A todos los fieles,
a los santos y a los que respetan el nombre de Dios,
a los pequeños y a los grandes,
a los pecadores, a los enfermos, a los que buscan…

❧ En la esperanza de que mis palabras
–en esta larga carta– iluminen su vida
con la figura radiante de María,
Mujer del Apocalipsis vestida de sol,
con la luna bajo sus pies
y una corona de doce estrellas
sobre su cabeza.

Ella se ha hecho toda esperanza[1]

Madre nuestra es, ciertamente, la Madre del Señor. Ella es la Virgen Madre de los creyentes, Madre de la esperanza, Reina y Madre de misericordia. Así ha sido invocada secularmente por las comunidades cristianas.

En Aragón canta nuestro pueblo:

¡Bendita y alabada sea la hora en que María Santísima vino, en carne mortal, a Zaragoza! ¡Por siempre sea bendita y alabada!

Apartándonos del tenor literal de la frase, pero atendiendo a lo que puede ser su sentido más profundo, afirmamos que hubo una primera hora en que comienza la evangelización de España y en esa hora está de algún modo realmente presente la Virgen María en la tarea de los evangelizadores.

Esa hora, que cantamos y bendecimos cada día, es la hora del alumbramiento de la Iglesia en tierras de Zaragoza, la hora inicial, la hora de la sementera... *llorando, llevando la semilla,* la hora de *los duros trabajos del Evangelio,* para que aquí brotase el árbol de la fe. Nunca nace Dios Hijo, en ningún lugar, sin la misteriosa fecundidad del Espíritu Santo a través de la Santísima Virgen María. Alguna

forma de presencia especial ha tenido y tiene la Santísima Virgen entre nosotros.

Bendita y alabada sea aquella hora de alumbramiento, de aparición luminosa de la gracia de Dios en esta orilla del Ebro.

Hoy, como entonces, en el espesor de este tiempo que Dios nos concede, María sigue siendo *Madre y Figura de la Iglesia*. Ella sigue alumbrando la fe, como *faro esplendente,* empujándonos a vivir cada día en esperanza y a ser constantes en el amor. Todos los días y todas las noches del cristiano son días de esperanza, de confianza y de misericordia.

Bendita y alabada sea también, pues, esta hora de una nueva evangelización, porque la Madre del Señor –Sagrario de la potencia del Espíritu– sigue en pie, Pilar sagrado, adentrándose en el siglo XXI, junto a nosotros.[2]

Estamos celebrando el Año Jubilar Extraordinario en torno a la sagrada imagen de Nuestra Señora del Pilar, en su Catedral-Basílica desde el 20 de Mayo de 2004 al 22 de Mayo de 2005. Conmemoramos de este modo el Jubileo que promulgó el Papa San Pío X, hace cien años con ocasión de la Coronación canónica de la

imagen de Nuestra Señora del Pilar. En aquella circunstancia San Pío X concedió las mismas indulgencias y privilegios del Jubileo romano del Cincuentenario de la proclamación dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. En este año 2004 celebramos también los ciento cincuenta años de la definición dogmática de aquel privilegio mariano por el Papa Beato Pío IX el 8 de diciembre de 1854. Coinciden además felizmente estas celebraciones con el Jubileo del Año Santo de Santiago de Compostela.

Con esta ocasión quiero invitar a todos en esta Carta Pastoral a contemplar con fe viva y piedad filial, algunos aspectos del misterio inefable de María, para que con su intercesión lleguemos a ser una verdadera "corona" de nuestra Reina y Madre, la Virgen María.

Desearía que los textos que se citan y las reflexiones que los acompañan no se lean tanto con ánimo de nutrir el caudal de nuestros conocimientos, sino sobre todo escuchando con fe y sin prisas, lo que Dios nos dice a través de la Iglesia para hacer crecer nuestro amor a María Santísima y nuestra confianza en ella.

Acerquémonos a María con humildad. Si no somos humildes no entenderemos nada.

Con Juan Pablo II saludamos a María Santísima:

❧ *"¡Yo te saludo María Mujer pobre y humilde, bendecida por el Altísimo! Virgen de la esperanza, profecía de los tiempos nuevos, nos asociamos a tu himno de alabanza para celebrar las misericordias del Señor, para anunciar la venida del Reino y la liberación total del hombre.*

¡Yo te saludo María, Humilde sierva del Señor, gloriosa Madre de Cristo! Virgen fiel, santa morada del Verbo, enséñanos a perseverar en la escucha de la Palabra, a ser dóciles a la voz del Espíritu, atentos a sus llamadas en la intimidad de nuestra conciencia y a sus manifestaciones en los acontecimientos de la historia.

¡Yo te saludo María, Mujer de dolor, Madre de los vivientes! Virgen esposa junto a la Cruz, nueva Eva, sed nuestra guía en las rutas del mundo, enséñanos a vivir y a propagar el amor de Cristo, enséñanos a permanecer contigo junto a las innumerables cruces sobre las cuales tu Hijo es todavía crucificado.

¡Yo te saludo María, Mujer de fe, primera entre los discípulos! Virgen, Madre de la Iglesia, ayúdanos a dar cuenta siempre de la esperanza que hay en nosotros, teniendo confianza en la bondad del hombre y en el amor del Padre. Enséñanos a construir el mundo,

desde lo interior: en la profundidad del silencio y de la oración, en la alegría del amor fraterno, en la fecundidad irreemplazable de la Cruz"[3].

Sentido de la coronación canónica: María es Reina[4]

La Coronación canónica de la Virgen es un reconocimiento público de la realeza de María. El título de Reina es atribuido a María por la tradición cristiana al menos desde comienzos del siglo IV. El Papa Pío XII al instaurar la fiesta litúrgica de *María Reina* declaró expresamente que "no se trata de una nueva verdad propuesta al pueblo cristiano". Publicó entonces una Encíclica sobre la realeza de María: *Ad coeli Reginam* (11 de Octubre de 1954), al finalizar el año mariano por el centenario de la definición dogmática de la Inmaculada. No han perdido actualidad las palabras de Pío XII cuando manifiesta que nuestro reconocimiento de la realeza de María tiene importantes consecuencias prácticas: "que los cristianos al venerar e imitar a tan gran Reina y Madre, se sientan finalmente hermanos, y huyendo de los odios y de los desenfrenados deseos de riquezas, promuevan el amor social, respeten los derechos de los pobres y amen la paz. Que nadie, por lo tanto, se juzgue hijo de María, digno de ser acogido bajo su poderosísima tutela si no se mostrase, siguiendo el ejemplo de ella, dulce, casto y justo, contribuyendo con amor a la verdadera fraternidad, no dañando ni perjudicando, sino ayudando y consolando" (*Ad coeli Reginam*, n.21).

El mismo Pontífice en el texto que contiene la definición dogmática de la Asunción corporal de la Virgen a los cielos (l de Noviembre de 1950) hace mención explícita de la realeza de María: La augusta Madre de Dios [...] consiguió, al fin, como corona suprema de sus privilegios, ser conservada inmune de la corrupción del sepulcro y, del mismo modo que antes su Hijo, vencida la muerte, ser levantada en cuerpo y alma a la suprema gloria del cielo, donde brillaría ***como Reina inmortal de los siglos*** (cf. 1 Tim 1,17) (DH 3902).

Esta relación entre la Asunción corporal de la Virgen y su realeza se refleja actualmente en la celebración de la memoria de *María, Virgen, Reina*, el 22 de Agosto, ocho días después de la solemnidad de la Asunción (15 de Agosto).

El Papa Pablo VI en la exhortación *Marialis cultus* (2-II- 1974) explicó esta relación de las dos celebraciones: En la memoria del 22 de Agosto, "La solemnidad de la Asunción se prolonga jubilosamente en la celebración de la fiesta de la Realeza de María [...] en la que se contempla a Aquella que, sentada junto al Rey de los siglos, resplandece como Reina e intercede como Madre" (nº 6). La antífona del *Magníficat* del día 15 de Agosto canta: "Hoy la Virgen María sube a los cielos; alegraos porque ***reina con Cristo para siempre"***. La Constitución *Lumen Gentium* del C. Vaticano II: "La Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, ter-

minado el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y ensalzada por el Señor ***como reina universal*** con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de señores y vencedor del pecado y de la muerte" (LG 59).

En la colección de *Misas de la Virgen María* publicada por la Congregación del Culto Divino, el 5 de Agosto de 1987, con aprobación y mandato del Papa Juan Pablo II, encontramos varios formularios dedicados a María Reina: *Reina de la Paz* (n. 45), *Reina de los Apóstoles* (n. 18), *Reina del Universo* (n. 29). En esta serie de formularios se dedica también una misa a *Santa María Esclava del Señor* (n. 22) en cuyo Prefacio se dice que "a la que se proclamó [...] humilde esclava de Dios", el mismo Dios la ha ensalzado "como Reina junto a (su) Hijo". Juan Pablo II en la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae,* refiriéndose al quinto misterio de gloria dice que "María resplandece como Reina de los Ángeles y Santos, anticipación y culmen de la condición escatológica de la Iglesia" (n. 23).

En el rito actual de la coronación de una imagen de Santa María Virgen, se expresa el sentido de la coronación en una "acción de gracias e invocación":

❧ *"Bendito eres, Señor, Dios del cielo y de la tierra… Tu Hijo, que voluntariamente se rebajó hasta la muerte de*

Cruz, resplandece de gloria eterna y está sentado a tu derecha como Rey de reyes y Señor de señores; y la Virgen, que quiso llamarse tu esclava, fue elegida Madre del Redentor y verdadera Madre de los que viven, y ahora, exaltada sobre los coros de los ángeles, reina gloriosamente con tu Hijo, intercediendo por todos los hombres como abogada de la gracia y reina de misericordia. Mira, Señor, benignamente a estos tus siervos que, al ceñir con una corona visible la imagen de la Madre de tu Hijo, reconocen en tu Hijo al Rey del universo e invocan como Reina a la Virgen María. Haz que, siguiendo su ejemplo, te consagren su vida y, cumpliendo la ley del amor, se sirvan mutuamente con diligencia, que se nieguen a sí mismos y con entrega generosa ganen para ti a sus hermanos; que, buscando la humildad en la tierra, sean un día elevados a las alturas del cielo, donde tú mismo pones sobre la cabeza de tus fieles la corona de la vida"[5].

La contemplación e invocación de la Virgen del Pilar como ***"Reina y Madre de misericordia",*** durante este jubileo mariano, ayudará a los fieles de nuestra Diócesis a ***confiar cada vez más*** en la incesante intercesión de María y a ***imitarla*** en su entrega total a Dios, como esclava del Señor. La intercesión de María y esta entrega nuestra a Dios, a imitación de nuestra Señora, es condición esencial de la nueva evangelización.

El mismo Espíritu Santo que está presente en la humanidad gloriosa de Cristo, está en la Virgen glorificada en cuerpo y alma, está también en la Iglesia y está en nosotros, para que vivamos y crezcamos en la amistad con Dios. El Espíritu Santo nos inclina a confiarnos totalmente al cuidado materno de la Virgen María y actúa en María para que interceda por nosotros y con su mediación suplicante y su ejemplo nos eduque en la entrega incondicional a Dios Padre y en el seguimiento de Jesús.

Este mismo Espíritu mueve a toda la Iglesia y a cada uno de nosotros a que amemos tan de verdad a Jesús con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas que nos comprometamos de verdad en la nueva evangelización.

"Este saludable influjo (influjo actual de María) está mantenido por el ***Espíritu Santo,*** quien igual que cubrió con su sombra a la Virgen comenzando en Ella la maternidad divina, también mantiene así su solicitud hacia los hermanos de su Hijo" (Juan Pablo II, RMa 38).

María nos educa y modela hasta que Cristo "sea formado plenamente en nosotros (cf. Gál 4, 19). Esta acción de María –dice Juan Pablo II– basada totalmente en la de Cristo y subordinada radicalmente a ella favorece, y de ninguna manera impide,

la unión inmediata de los creyentes con Cristo" (LG 60). Es el principio iluminador expresado por el Concilio Vaticano II, que tan intensamente –dice el Papa- he experimentado en mi vida, haciendo de él la base de mi lema episcopal: ***Totus tuus***. Un lema, como es sabido, inspirado en la doctrina de San Luis María Grignon de Montfort, que explicó así el papel de María en el proceso de configuración de cada uno de nosotros con Cristo: "Como quiera que *toda nuestra perfección consiste en el ser conformes, unidos y consagrados a Jesucristo*, la más perfecta de las devociones es, sin duda alguna, la que nos conforma, nos une y nos consagra lo más perfectamente posible a Jesucristo. Ahora bien, siendo María, de todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo, se sigue que, de todas las devociones, la que más consagra y conforma un alma a Jesucristo es la devoción a María, su Santísima Madre, y que cuanto más consagrada esté un alma a la Santísima Virgen, tanto más lo estará a Jesucristo"[6].

En un himno del siglo XIII, que se encuentra en un manuscrito de Scala Caeli de Praga, se leen fórmulas consecratorias a la Virgen: ***"ut devote serviat Tibi toti totus" = "para que yo te sirva a ti enteramente"*** y en otra redacción: ***"tuus sum et ero" = "soy tuyo y lo seré".*** En cierto modo anticipan la fórmula de Grignon de Montfort: ***"Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt" = "Todo tuyo soy yo y todas mis cosas son tuyas"***[7]. En otro texto que el Papa no cita, dice San

Luis María Grignon de Montfort: "Hay que unirse por María a las intenciones de Jesucristo, es decir, ponerse en Manos de la Virgen Santísima como instrumentos, para que Ella obre en nosotros, y haga de nosotros lo que bien le parezca, para gloria de su Hijo Jesucristo, para gloria del Padre: de suerte que no hay vida interior, ni operación del espíritu que de Ella no dependa"[8].

En esta misma dirección se expresaba San Ildefonso de Toledo (s. VII):

❧ *"Por eso yo soy tu siervo porque mi Señor es tu Hijo. Por eso tú eres mi Señora, porque eres Esclava de tu Señor. Por esto yo soy esclavo de la Esclava de mi Señor. Por eso yo he sido hecho esclavo, porque tú has sido hecha Madre de mi Hacedor".*

"Que yo ame a Jesús en aquel Espíritu en quien tú lo adoras como Señor y lo contemplas como Hijo".

"Pues yo como siervo de Dios, deseo que Ella sea mi Señora; para que su Hijo sea mi Señor, me propongo servirle".

"Te suplico... que me otorgues también consagrarme a Dios y a Ti, ser esclavo de tu Hijo y tuyo, y servir a tu Señor y a Ti. A Él como a mi Hacedor, a Ti como esclava del Señor de todas las cosas. A Él como a Dios, a Ti como a Madre de Dios"[9].

"¡Con qué entusiasmo deseo ser siervo de esta Soberana! ¡Con qué fidelidad me quiero someter a su yugo! ¡Con qué perfección intento ser dócil a sus mandatos! ¡Con qué ardor trato de no sustraerme a su dominio! ¡Con qué avidez deseo no dejar de estar nunca en el número de sus verdaderos siervos! Séame, pues, concedido el servirla por deber; que sirviéndola merezca sus favores y pueda ser siempre irreprensible siervo suyo"[10]. *"Si deseo llegar a ser siervo fiel de la Madre, es para poder ser siervo del Hijo. Si quiero servir a la Madre, es para que el Hijo sea mi Señor. Para demostrar que estoy al servicio del Señor, doy como prueba el dominio que su Madre ejerce sobre mí"*[11].

Con una fórmula o con otra dejemos que María, bajo la acción del Espíritu Santo, ejerza sobre nosotros su soberanía de amor. Si no nos apoyamos en María Madre de la Iglesia, no podrá la Iglesia ejercer su maternidad evangelizadora. Un evangelizador del siglo XXI ha de formarse en la escuela de María.

Dios dotó a María con dones especiales a la medida de la misión para la que fue elegida como Madre del Salvador. El ángel Gabriel en el momento de la Anunciación la saluda como "la llena de gracia" (Lc 1, 28). Para dar el consentimiento libre de fe viva y de confianza incondicional al anuncio de su vocación y misión, era preciso que ella estuviera totalmente conducida por la gracia de Dios.

La Iglesia a lo largo de los siglos, iluminada por el Espíritu Santo, fue tomando conciencia progresivamente de que María "llena de gracia" por Dios había sido redimida desde su concepción. Esto es lo que confiesa la Iglesia en el dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado en 1854 por el Papa Beato Pío IX:

"...La bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano" (cf. Lc 1, 28).

Esta "resplandeciente santidad del todo singular" de la que ella fue "enriquecida desde el primer instante de su concepción", le viene toda entera de Cristo. María es "redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo". Dios Padre la ha bendecido [...] con toda clase de bendiciones espirituales, en los cie-

los, en Cristo" (Ef 1, 3) más que ninguna otra persona creada. Él la ha "elegido en él, antes de la creación del mundo para ser santa e inmaculada en su presencia, en el amor" (Ef 1, 4).

En la tradición oriental los Santos Padres llaman a la Madre de Dios "la Toda Santa" (*Panaghia*), la celebran como "inmune de toda mancha de pecado y como plasmada y hecha una nueva criatura por el Espíritu Santo". Por la gracia de Dios, María ha permanecido pura y libre de todo pecado personal a lo largo de toda su vida"[12].

La definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María se refiere a la persona de la Virgen y no sólo al alma o al cuerpo. Excluye que nuestra Señora en algún instante estuviera bajo el signo del pecado. La Inmaculada Concepción es el signo manifestativo del amor gratuito de Dios, porque no fue mérito de María la liberación del pecado y su santidad inicial, sino iniciativa amorosa de Dios Padre. En este misterio aparece con claridad que sólo de Dios puede venir una salvación plena. Antes de nuestra respuesta está ya presente la iniciativa de Dios en nosotros. La santidad absoluta de María viene reclamada por la santidad de Dios manifestada en la Encarnación del Hijo de Dios.

En el misterio de la Inmaculada Concepción de María, por la acción gratificante, santificadora, del Espíritu Santo se rea-

liza anticipadamente y de forma plena la verdad más honda de la Iglesia: la comunión con Dios. Sólo María es desde el principio la ***nueva criatura*** totalmente santa por la acción del Espíritu Santo. El dogma de la Inmaculada Concepción sitúa a María en un plano excepcional y único entre los redimidos. Sin embargo este carácter excepcional no significa separación de los hombres. Todo lo contrario. El pecado es separación, disgregación. La gracia es comunión. María, llena de gracia es la más cercana a todos nosotros.

Desde su concepción María creció siempre en santidad, bajo la acción incesante del Espíritu Santo.

"La Iglesia en la Santísima Virgen llegó ya a la perfección, sin mancha ni arruga. En cambio, los fieles cristianos se esfuerzan todavía en vencer el pecado para crecer en la santidad. Por eso dirigen sus ojos a María: en ella, la Iglesia es ya enteramente santa" (LG 65; CEC n. 829).

En el orden de la gracia

Para alentar nuestra confianza filial en la Madre de Dios propongo a continuación algunas reflexiones sobre la maternidad espiritual de María.

El Concilio Vaticano II nos presenta a María como "Madre de los miembros de Cristo" (LG n. 53); "Madre de los hombres, especialmente de los creyentes" (LG n. 54); "Madre de los vivientes" (LG n. 56); "Misión maternal de María para con los hombres" (LG n. 60); "Madre en el orden de la gracia" (LG n. 61); "La Maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia" (LG n. 62); "Con amor de Madre cuida de los hermanos de su Hijo" (LG n. 62); "Protección maternal" (LG n. 62); "Nuestra Madre" (LG n. 67); "Madre de los hombres" (LG n. 69).

El Concilio continúa una línea de pensamiento que está expresamente formulada por los Papas del Siglo XIX y XX. He aquí algunos ejemplos: "La Madre de Dios es Madre amantísima de todos nosotros; a todos se ofrece propicia y a todos clementísima, y con singular amor amplísimo tiene compasión de las necesidades de todos" (Pío IX, Enc. *Quanta cura*, 8-XII-1864); "María es al mismo tiempo la Madre de Dios y nuestra Madre" (León XIII, Enc. *Adiutricem populi,*); "Ella es la Madre de todos los cristianos" (León

XIII, Enc. *Quamquam pluries*); "María ¿no es la Madre de Cristo? Ella es también nuestra Madre; [...] nosotros hemos salido del seno de María como un cuerpo (espiritual) unido a su Cabeza. Pues también nosotros, en un sentido espiritual y místico, somos llamados hijos de María y Ella es Madre de todos nosotros" (S. Pío X, Enc. *Ad diem illum* 2-II-1904)[13]; "Madre de Dios y Madre nuestra[...] Ella es la Madre amante de todos nosotros" (Pío XI) "Tú eres la Madre de todos... Bajo la Cruz fue constituida Madre de todos los hombres" (Pío XI, Enc.*Quas primas*, AAS 17,1925, 604); Pío XII nos habla de la "bienaventurada Virgen María, dulcísima Madre nuestra, que ciertamente nos ama con genuina caridad más que todas las madres de la tierra"; es la "poderosísima Madre de Dios y suavísima Madre nuestra" (Enc. *Fulgens corona*, 8-IX-1953, n.21 y 37). María es "Madre común y universal de los creyentes..., Madre dulcísima de todos los miembros de Cristo" (Pío XII, Enc. *Ad coeli Reginam,* 11-X-1954)[14]. El florilegio mariano de Juan XXIII es riquísimo en referencias a María, Madre del papa y de los obispos; a Ella le confía la Iglesia y el Concilio.

"No es exagerado decir que si Éfeso fue el Concilio de la maternidad divina de María, *el Concilio Vaticano II ha sido el Concilio de su maternidad espiritual*"[15].

Esta maternidad de María en relación con nosotros, tal como la Iglesia la profesa, debe ser objeto de nuestra especial reflexión para crecer en nuestro amor filial hacia ella según la voluntad de Dios Padre manifestada en Cristo Jesús.

La Sagrada Escritura presenta a María en relación con la salvación realizada por Jesucristo. Como promesa en los escritos del Antiguo Testamento y como realización en el Nuevo. El análisis de los textos del Evangelio de San Lucas y de San Juan conduce a una misma conclusión: por la gracia de la elección divina María estuvo unida a Cristo en la totalidad de su misterio de salvación, desde la Encarnación del Hijo de Dios hasta su Muerte y Resurrección. Lucas completa esta figura de María al poner de relieve su participación en el don del Espíritu Santo. Recordemos los textos fundamentales[16]:

• ***Génesis 3,15:*** Dijo Dios a la serpiente: *"Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar"*. Este versículo afirma la aversión radical entre la serpiente y la humanidad, pero deja entrever la superioridad y la victoria final de ésta. La traducción griega atribuye esa victoria no al linaje de la mujer en general, sino a uno de los descendientes de la mujer. Así queda esbozada la interpretación de este texto tal como la presentan muchos Padres de la Iglesia: junto con el Mesías va incluida su Madre en la victoria contra la serpiente. La colaboración propia de la Madre del Mesías radica en su maternidad unida a su fe.

• ***Gálatas 4,4-5:*** *"Pero al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para*

rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la condición de hijos". En el momento culminante de la historia de la Salvación, en la plenitud de los tiempos, por medio de la mujer (=María), el Hijo de Dios se hace hombre para liberarnos de la ley y concedernos la condición de hijos de Dios. La Virgen aparece en este texto de San Pablo estrechamente unida, como Madre, a la Encarnación del Hijo de Dios con la cual se inicia nuestra liberación y Redención.

• ***Lucas 1,38:*** En la escena de la Anunciación del ángel a María ella responde al ángel *"He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (=Ecce ancilla Domini,* ***fiat*** *mihi secundum verbum tuum).* San Lucas subraya la aceptación por parte de María. Muestra de este modo la importancia del consentimiento y de la fe de María para llegar a ser la Madre del Redentor, y cooperar así al plan de Dios para nuestra salvación.

María al dar su consentimiento presta una colaboración inmediata a la obra de salvación de los hombres, ya que la Encarnación del Hijo de Dios no es meramente algo previo a nuestra Redención, sino que, el Hijo de Dios al hacerse hombre, ya nos está redimiendo. Por otra parte una maternidad verdaderamente humana como la de María no es un proceso sólo biológico. La maternidad humana une dos vidas y dos destinos: el de la madre y el del hijo,

hasta que la muerte los separa. El "sí" de María al ángel es un sí para que Cristo sea engendrado en su seno, y al mismo tiempo es una aceptación de unir su vida, sus alegrías y sus dolores, a la vida, alegrías y dolores de su Hijo Jesucristo. Así la aceptación de la Encarnación del Hijo de Dios es una cooperación inmediata a la salvación que Cristo realiza en favor nuestro. Esta misma cooperación se prolonga a lo largo de la vida de Jesús hasta su Pasión y Muerte en la Cruz.

• ***Juan 2, 1-12**: "Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la Madre de Jesús. Fue también invitado a la boda Jesús con sus discípulos. Y no tenían vino, porque se había acabado el vino de la boda. Le dice a Jesús su Madre: "No tienen vino". Jesús le responde: '¿qué tengo yo contigo, mujer? todavía no ha llegado mi hora. Dice su Madre a los sirvientes: 'haced lo que él os diga'. Había allí seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: 'Llenad las tinajas de agua'. Y las llenaron hasta arriba. 'Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala'. Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de donde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí lo sabían), llama el maestresala al novio y le dice: 'todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tu has guardado el vino bueno hasta ahora' Tal comienzo de*

los signos hizo Jesús, en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos. Después bajó a Cafarnaún con su Madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días".

Las frases de María ("No tienen vino" y "Haced lo que él os diga") manifiestan el doble aspecto de su maternidad: a) El interés por la situación de aquellos dos esposos y la diligencia para que los servidores atiendan dócilmente cualquier palabra de su Hijo; b) El poder intercesor de María está en la base de la realización del milagro. El término ***mujer*** es empleado aquí por Jesús para designar a María como lo hará más tarde en el Calvario. El cuarto Evangelio nos presenta a María como la Madre de los cristianos, porque coopera a que se inicie la fe en el corazón de los hombres, y por tanto al nacimiento de los hijos de Dios (cf. Jn 1, 12).

• ***Juan 16, 20-22:*** *"Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar".*

Cuando Cristo compara su hora con la hora de la mujer que da a luz, alude a la profecía del parto doloroso de la ***Hija de Sión.*** Y esto se relaciona con las palabras de Jesús en Jn 19,25-27 que hablan claramente de la maternidad espiritual de María: *"junto a la Cruz de Jesús estaban su Madre y la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás y María Magdalena. Jesús, viendo a su Madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su Madre: 'mujer, ahí tienes a tu hijo'. Luego dice al discípulo: 'ahí tienes a tu Madre' y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa".* La parábola de Jn 16,21 subraya el carácter doloroso de la maternidad espiritual de María, es decir, la asociación de María al dolor de su Hijo, su compasión.

La "Mujer" del Apocalipsis:

Justamente por la capacidad de María de referirse, en cuanto Madre de Cristo, a todo el pueblo de los redimidos que Él ha venido a congregar de todas partes (cf. Jn 12, 52) y hacia el cual Ella también asume una función y misión de maternidad, hay que mencionar el texto del c. 12 del Apocalipsis: *"Una mujer revestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre la cabeza"* (v.1), a la cual el dragón arrebatará el "hijo" que Ella está para dar a luz y que debe "apacentar a todas la naciones con vara de hierro" (Ap 1, 1.4-5). Hay quienes ven en esta Mujer a la Iglesia y quienes ven

a María. Ambas interpretaciones se integran recíprocamente. La acción salvífica de Cristo respecto a la Iglesia encuentra en María su más perfecta realización, de modo que María se convierte en imagen y prototipo de la Iglesia[17].

El paralelismo entre Eva y María

El titulo de mujer que encontramos en Gén 3,20 en cuanto ***Madre de los vivientes*** ('el hombre llamó a su mujer Eva, por ser ella la Madre de todos los vivientes') se relaciona con la maternidad que Jesús atribuye a María en la escena del Calvario (Jn 19,25-27) Además la relación que establece San Pablo entre Adán y Cristo (el segundo Adán, el último Adán) (cf. 2 Cor 11,2-3; Rom 5, 12-21; 1 Cor 15) preparó el paralelismo entre Eva y la Iglesia.

El paralelismo entre Eva y María es el primer acercamiento de los Padres de la Iglesia a la cooperación de la Virgen María a la obra redentora de Cristo y es recogido por el Concilio Vaticano II en LG 56: "Ella, en efecto, como dice San Ireneo, 'por su obediencia fue causa de la salvación propia y la de todo el género humano'. Por eso no pocos Padres antiguos, en su predicación, coincidieron gustosos con él para afirmar: 'el nudo de la desobediencia de Eva lo desató la obediencia de María. Lo que ató la virgen Eva por su falta de fe, lo desató la Virgen María por su fe'. Comparándola con Eva, llaman a María 'Madre de los vivientes' y afirman con mayor frecuencia: 'La muerte vino por Eva, la vida por María" (LG 56). La fe y obediencia de la Virgen tiene como consecuencia que ella puede ser considerada causa de salvación para sí y para todo el género humano, así como Eva había sido causa de su muerte. María es el prototipo de Eva, como Cristo lo es de Adán[18].

La abundancia de testimonios de los Santos Padres sobre la Virgen nueva Eva nos ofrecen tres líneas de pensamiento fundamentales:

• ***María y la mujer:*** En la Virgen María la mujer alcanza su primitivo esplendor como antes del pecado original, y encuentra su cumplimiento definitivo. Al lado de Cristo María se manifiesta como Esposa, Madre y Mujer –tipo– de la era mesiánica.

• ***María y Cristo:*** La Madre de Jesús representa un misterio complementario en cuanto correlativo e integrativo en relación a Cristo, Dios-hombre. La Virgen es el componente femenino de la naturaleza humana integral restaurada y sublimada en el ministerio de Cristo Redentor; está asociada a Cristo, nuevo Adán. En dependencia de Dios y de Cristo, la nueva Eva (María) coopera a la restauración tanto de lo femenino como de la humanidad entera.

• ***María y la Iglesia:*** El misterio de María es un misterio ***social*,** en el sentido de que la Virgen tiene una relación con toda la Iglesia, relación de ejemplaridad como prototipo y modelo de la Iglesia y relación de asociada a Cristo en cuanto Madre de la Iglesia.

Relación de María y la Iglesia

En Occidente San Agustín (+430) desarrolla el tema de la maternidad espiritual de la Madre de Jesús dentro del contexto de la relación María-Iglesia. Los Santos Padres aplican a la Virgen María y a la Iglesia los mismos símbolos bíblicos: La nueva Eva, el paraíso, el árbol cuyo fruto es Jesús, el arca de la alianza, la escala de Jacob, las puertas del cielo, el tabernáculo del Altísimo, la Esposa [...]. Para la conciencia cristiana Nuestra Señora es "la figura ideal de la Iglesia", "el espejo donde se refleja la Iglesia", "María, la Madre de Jesús, por la inefable dignidad de ser la Madre virginal del Hombre-Dios se ha convertido en figura y compendio de la Iglesia Madre; o expresado con mayor claridad y audacia, María llegó a ser la Madre virginal de Dios precisamente porque, en la visión eterna de la redentora y amorosa Providencia del Padre, debía llegar a ser la figura de la comunidad de todos los que 'no han nacido de sangre ni de la voluntad del hombre sino de Dios'"[19].

Por una parte, San Agustín presenta a la Virgen como miembro de la Iglesia, y por tanto inferior a ella: "Porque María es una porción de la Iglesia, un miembro santo, un miembro excelente, un miembro supereminente, pero al fin miembro de un cuerpo entero, si es parte del cuerpo entero, más es el cuerpo que uno de sus miembros. El Señor es cabeza y el Cristo total es cabeza y

cuerpo. ¿Qué diré? Tenemos una cabeza divina, tenemos un Dios como cabeza"[20].

Con relación a nosotros, María "es ciertamente Madre de sus miembros (de Cristo), que somos nosotros, porque ha cooperado por su caridad al nacimiento de los fieles en la Iglesia; los fieles son los miembros de esta cabeza; ahora bien, corporalmente Ella es la Madre de la misma cabeza"[21].

Este texto de San Agustín aclara que la Virgen en su calidad de Madre, se encuentra en el origen del nacimiento espiritual de cada uno de los fieles e indirectamente de toda la comunidad eclesial como tal, si prestamos atención al título que en otro momento atribuye a María: "Mater unitatis"[22]. Esto supone que María con su maternidad contribuye a unir a los fieles en comunidad.

En este aspecto es imitada por la Iglesia, que es su modelo: también la Iglesia promueve la unidad entre sus miembros. Pero María en cuanto es modelo de la Iglesia, es superior a ella.

San Isidoro de Sevilla resume en el libro de las *Alegorías* n. 138, los datos tradicionales: "María significa la Iglesia, la cual, desposada con Cristo, nos ha concebido virginalmente del Espíritu Santo y también virginalmente nos ha dado a luz". Los Santos

Padres relacionan la virginidad de María y la de la Iglesia; la maternidad de María respecto a Cristo-Cabeza y la de la Iglesia respecto a nosotros sus miembros; la unión esponsal de María con José, fecundada virginalmente por el Espíritu Santo, y la unión esponsal de la Iglesia con Cristo, fecundada por el mismo Espíritu.

La mediación materna de María

Progresivamente se pasa de la comparación a la afirmación de la mediación de María. La oración del pueblo cristiano a la Virgen María le atribuye ya desde muy pronto el valor de una ***mediación maternal***. Ya antes de la celebración del Concilio de Éfeso aparece la intercesión materna en la oración "Sub tuum praesidium": = "bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita" (Severiano de Gábala + 408). Es un testimonio de excepcional valor sobre la mediación celeste de María a favor de los fieles.

En un discurso pronunciado en el Concilio de Éfeso se dirigen estas alabanzas a la Virgen Santísima:

❧ *"Te saludamos, María, Madre de Dios,*
tesoro digno de ser venerado por todo el orbe,

lámpara inextinguible, corona de la virginidad,
trono de la recta doctrina,
templo indestructible...
Te saludamos a Ti, que encerraste en su seno virginal
A Aquel que es inmenso e inabarcable;
A Ti, por quien la Santa Trinidad es adorada y glorificada;
A Ti, por quien la Cruz preciosa es celebrada y adorada en todo el orbe;
A Ti, por quien los cielos se alegran...
A Ti, por quien la criatura caída es elevada al cielo...
A Ti, por quien el santo bautismo se da a quienes creen...
A Ti, por quien la Iglesia se funda en el mundo entero,
A Ti, por quien los pueblos son conducidos a la conversión"[23].

San Germán de Constantinopla (+ 733) subraya como rasgo específico de la Virgen Asunta al cielo, su intervención actual a favor de la Iglesia peregrina: *"De no ser por ti, oh Santísima, nadie estaría lleno del conocimiento de Dios; nadie está a salvo, si no*

es por ti, oh Madre de Dios; nadie se encuentra libre de peligros sin tu ayuda, oh Virgen Madre; nadie ha sido redimido sin tu intervención, oh Madre de Dios; nadie ha sido socorrido misericordiosamente, si no es por medio de ti, que eres Madre de Dios [...]. Por eso, a su vez, el pueblo cristiano, que es posesión tuya, valorando su propia convicción, confiadamente te encomienda sus plegarias, a fin de que tú las presentes ante Dios"[24].

Los títulos que sirven de fundamento a la intercesión de la Virgen a favor del pueblo cristiano pueden reducirse a estos dos: María es nuestra Madre y nuestra Reina.

En la teología de la Edad Media se relacionan a Cristo, María y la Iglesia en íntima comunión: "Según la concepción profunda de la mística medieval, toda la Iglesia se resume en la idea 'María', en la medida en que la respuesta de amor de los miembros de la Iglesia a Cristo, cabeza y esposo de la Iglesia, alcanza en el amor de María por Cristo la forma más íntima, la medida suprema"[25].

Cooperación de María al sacrificio redentor de Cristo

La primera afirmación explícita acerca de la *cooperación de María al sacrificio redentor de Cristo en la Cruz* se debe al monje bizantino Juan el Geómetra de finales del siglo X, autor de una

Vida de María donde afirma que la Virgen estuvo unida a su Hijo "en toda acción, actitud y voluntad" desde el momento de la Encarnación y especialmente en el momento de la Cruz: La Virgen ha sufrido "por nosotros", es decir en favor nuestro y este sufrimiento junto a la Cruz fue el punto culminante "de todo lo que ella ha hecho por nosotros a lo largo de toda su vida". Más allá del aspecto emotivo de un corazón maternal se trata del hecho de estar asociada al sacrificio de Cristo en la Cruz voluntariamente ratificado por la Madre del cielo[26].

Entre los occidentales hay que citar a San Bernardo (+ 1153), que es quizá el primero en afirmar la cooperación de nuestra Señora al sacrificio redentor. Así lo enuncia en un comentario sobre la presentación de Jesús en el templo: "Ofrece tu hijo, Virgen santísima y presenta al Señor el fruto de su seno. Para nuestra reconciliación con todos ofrece la hostia santa, agradable a Dios"[27].

Arnaldo de Chartres (+ 1156), discípulo de San Bernardo es quien considera por primera vez directamente la cooperación de María al sacrificio del Calvario junto a su Hijo Jesucristo:

"Ante el Padre, la Madre y el Hijo se reparten entre ellos los oficios de la misericordia y por medio de lazos maravillosos consiguen la Redención humana; fundan entre ellos el testamento inviolable de nuestra Redención. María se inmola en espíritu a Cristo y

le suplica por la salvación del mundo, el Hijo lo consigue y el Padre perdona [...]. El dolor de la Madre conmueve a Jesús, y entonces hay una sola voluntad de Cristo y de su Madre, y los dos ofrecen un solo holocausto: Ella en la sangre de su corazón, Él en la sangre de su carne". Así María "obtiene con Cristo el efecto común por la salvación del mundo"[28].

Ricardo de San Lorenzo (+1245), en su libro *De laudibus B.M. Virginis,* habla de la asociación de María con Cristo para la Redención del mundo: "Lo que el Hijo aporta al mundo por su Pasión, la Madre lo confiere junto con Él por su comportamiento en la adquisición de la Redención, al reconciliar por su compasión a los culpables y pecadores"[29].

En la obra *Mariale* que fue atribuida en el siglo XIII a San Alberto Magno dice: "Por su consentimiento espontáneo a la Pasión, María ofrece al Hijo de Dios por todos sus hijos; por esta oblación única de la hostia, la más suficiente y la más agradable, reconcilia con Dios a todo el género humano"[30].

La Liturgia hispana

También en la Liturgia hispana encontramos páginas muy bellas sobre la cooperación de María a la salvación de los

hombres. En esta época de la Edad Media se desarrolla la devoción a la Pasión de Cristo y la doctrina de la Redención y se comienza a presentar no sólo la asociación de María a los dolores de su Hijo sino además su cooperación directa en la obra redentora precisamente en el momento del Calvario. Los teólogos medievales y los de siglos siguientes reconocen que la Madre sufre con su Hijo por el rescate del mundo, en virtud del plan de Dios Padre que quiso que la nueva Eva fuera realmente *ayuda semejante* del nuevo Adán.

Desde el siglo VI es invocada como Mediadora

A partir del siglo VI se atribuye a María el título de ***Mediadora.*** San Andrés de Creta (+740), en la fiesta de la Natividad de la Virgen saluda a la "Mediadora de la ley y de la gracia"[31]. San Germán de Constantinopla (+733) venera a María como "la Mediadora verdaderamente misericordiosa de todos los pecadores" y con lenguaje imaginativo describe a María como puente para los náufragos, bastón para los que deben ser conducidos, abogada para los pecadores, escala para que los pecadores puedan subir al cielo[32]. San Juan Damasceno (+750) se dirige a la Virgen recordándole que "Ella ha cumplido para nosotros el papel de Mediadora; habéis sido la escala por la que Dios descendió hasta nosotros para tomar nuestra humilde naturaleza, unirse y ligarse a ella [...]. Vos habéis reunido a todos los salvados".

Ha sido siempre invocada como Madre nuestra

A través de los siglos María es invocada siempre como Madre nuestra, Madre mía, Madre de los pecadores, Madre de la humanidad. Entre otros muchos textos que podríamos citar, hoy leemos en el Misal Romano: *"Oh Dios, Padre de misericordia, cuyo Hijo, clavado en la Cruz, proclamó como Madre nuestra a santa María Virgen, Madre suya, concédenos, por su mediación amorosa, que tu Iglesia cada día más fecunda, se llene de gozo por la santidad de sus hijos, y atraiga a su seno a todas las familias de los pueblos"* (Misa de "María, Madre de la Iglesia"). *"Dios todopoderoso, que nos has dado como Madre y como Reina a la Madre de tu Unigénito, concédenos que, protegidos por su intercesión, alcancemos la gloria de tus hijos en el reino de los cielos"* (Memoria de María Virgen Reina, 22 de Agosto).

María aparece como Madre, don de Dios a los hombres, para que se conviertan en hijos de Dios por su maternal protección.

La asociación de la Virgen al misterio de Cristo y de la Iglesia, como una cooperación dinámica y eficiente es un principio fundamental de la doctrina del Concilio Vaticano II sobre la vocación y misión de la Madre de Dios. En el capítulo VIII de la Constitución *Lumen Gentium*, María aparece inserta en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Ella es verdadera Madre del Hijo de Dios y del Redentor y por ello "está unida a Él de manera íntima e indisoluble". Por esta razón la Virgen es "la hija predilecta del Padre y el templo del Espíritu Santo". Sin embargo -dice el Concilio- aunque "aventaja con mucho a todas las criaturas del cielo y de la tierra", está unida a todos los hombres que necesitan ser salvados y "es verdaderamente Madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que nacieran los fieles que son miembros de aquella Cabeza [...]" (LG 53).

María es ciertamente "miembro eminente y del todo singular", "prototipo y modelo de la Iglesia", "Madre amantísima" (cf. LG 54). Para el Concilio Vaticano II la cooperación de María a la salvación de los hombres no es un hecho casual sino previsto y predeterminado por Dios desde toda la eternidad junto con el hecho mismo de la Encarnación del Hijo de Dios: "La Santísima Virgen, predestinada desde la eternidad como Madre de Dios junto con la Encarnación del Verbo de Dios por decisión de la divina Providencia,

fue en la tierra la excelsa Madre del divino Redentor, la compañera más generosa de todas y la humilde esclava del Señor" (LG 61).

El Concilio muestra esta presencia de María en la Historia de la Salvación prefigurada ya en los textos que a ella se refieren en el Antiguo Testamento. Describe sobre todo la íntima asociación de María a su Hijo durante toda la vida terrenal de Jesús, cooperación que fue en todo momento activa, porque "con razón creen los Santos Padres que Dios no utilizó a María como un instrumento puramente pasivo, sino que ella colaboró por su fe y obediencia libres a la salvación de los hombres" (LG 56).

El Concilio pone de relieve la entrega plena de María como la Esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo. Esta entrega es fruto de la gracia del Espíritu Santo. Contrapone la obediencia de la Virgen a la desobediencia de Eva. El Concilio describe esta cooperación activa con diversas expresiones: ***Abraza*** la voluntad salvadora de Dios; ***se entrega*** totalmente a sí misma, como esclava, a la obra de su Hijo; ***contribuye*** a dar la vida; ***consiente*** a la palabra divina, y ***se pone al servicio*** del misterio de la Redención (cf. LG 56).

Los términos usados por el Concilio están cuidadosamente elegidos: nunca habla de una mediación ***junto a Cristo***, ni "de ***María y Cristo***" como si la mediación de María estuviera en el mismo

nivel que la de Cristo. En cambio habla de 'María ***en*** Cristo, ***con*** Cristo, ***bajo*** Cristo, ***indisolublemente*** unida a Cristo, ***relativa*** a Cristo. De manera sintética describe los momentos de esta unión de María con el Hijo de Dios hecho hombre: "Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras Él moría en la Cruz, ***cooperó en forma del todo singular*** por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres" (LG 61).

La presencia activa de la Virgen en toda la vida de Jesús alcanza especial relieve en el momento de la Anunciación y en las horas de la Cruz. Para describir la estrecha colaboración de María con el Redentor cuando éste sufría y daba su vida por nosotros en la Cruz dice el Concilio "Allí, por voluntad de Dios, estuvo de pie, sufrió intensamente con su Hijo y se unió a su sacrificio con corazón de Madre que, llena de amor, daba su consentimiento a la inmolación de su Hijo como víctima engendrada por Ella misma" (LG 58).

Esta actitud de María fue ante todo la de una Madre que, por designio y gracia de Dios, se asocia, se une positivamente al sacrificio, no sólo porque la Víctima inmolada era su propio Hijo, sino porque el amor obediente a Dios Padre la lleva, bajo la acción del Espíritu, a volver a dar un ***SÍ para la inmolación de ese Hijo.*** Se trata del mismo ***SÍ*** que dio el día de la Encarnación, el ***SÍ de la entre-***

ga y de la fidelidad confiada al plan de Dios. Esa cooperación activa de María con Cristo-Redentor duró toda la vida de éste en la tierra.

Cristo es siempre el único principio de salvación, como Mediador, Cabeza del Cuerpo Místico, en sentido absoluto e independiente. María asociada a Cristo, es decir, a su persona y a su obra, aporta su colaboración con Él y bajo Él, a su misma obra redentora. El fundamento y la razón de ser de esta colaboración de María es su maternidad divina, y esta maternidad es don de Dios.

En atención a esta dignidad de Madre de Dios, fue adornada con los dones y las gracias para cumplir dignamente oficio tan alto. Recibió también la gracia de colaborar con su Hijo a la Redención de los hombres. Porque fue elegida y predestinada Madre de Dios para ser colaboradora con Cristo en la Redención del género humano: la "unión espiritual de la Madre con su Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de su concepción" (LG 57): "concibiendo a Cristo y engendrándolo [en sus purísimas entrañas], cooperó de un modo del todo singular a la Redención de los hombres" (LG 61)[33].

La relación entre María y la Iglesia indicada por los Santos Padres es un aspecto importante de la asociación de la Virgen con Cristo en la obra de la salvación. El Concilio afirma con nitidez, fiel a San Pablo (1 Tim 2,5): "Uno solo es nuestro mediador". Después

añade: "Pero la misión maternal de María para con los hombres de ninguna manera disminuye o hace sombra a la única mediación de Cristo, sino que manifiesta su eficacia" (LG 60). Nótese que esta función propia de María en el acontecimiento Salvador de Cristo es denominada por el Concilio "misión maternal". Es un don gratuito del amor de Dios en Cristo-Jesús:

"En efecto, todo el influjo de la Santísima Virgen en la salvación de los hombres no tiene su origen en ninguna necesidad objetiva, sino que Dios lo quiso así. Brota de la sobreabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, depende de ella y de la misma saca toda su eficacia; favorece, y de ninguna manera impide, la unión inmediata de los creyentes con Cristo" (LG 60).

En este texto se afirma claramente como características del influjo salvador de María:

• No es exigido por ley alguna, sino que brota del libre querer de Dios; es una manifestación del amor gratuito de Dios.

• Se apoya, depende y recibe su virtualidad de los méritos de Cristo.

• Positivamente fomenta la unión inmediata con él.

María es verdaderamente ***"Madre nuestra en el orden de la gracia"*** (LG 61): "La Santísima Virgen, predestinada desde la eternidad como Madre de Dios junto con la Encarnación del Verbo de Dios por decisión de la divina Providencia, fue en la tierra excelsa Madre del divino Redentor, la compañera más generosa (=prae aliis generosa socia) de todas y la humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, sufriendo con su Hijo que moría en la Cruz, colaboró de manera totalmente singular a la obra del Salvador por su fe, esperanza y encendida caridad, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra Madre en el orden de la gracia" (LG 61)[34].

"María es verdadera Madre de los miembros (de Cristo) [...] por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles que son miembros de aquella Cabeza" (LG 53).

El Concilio nos recuerda además que en el momento de la muerte de Jesucristo la Virgen "fue dada como Madre al discípulo por el mismo Jesús" (LG 58).

Esta maternidad espiritual de María que comienza en cierto modo en el momento de la Anunciación del ángel, permanece activa durante todo el tiempo de la Iglesia, puesto que "con su

Asunción a los cielos, no abandonó su misión salvadora, sino que continúa procurándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación eterna" (LG 62). Ella "terminado el curso de la vida terrena, en cuerpo y alma fue asunta a la gloria celestial y enaltecida por el Señor como Reina del universo" (LG 59).

Esta intercesión maternal de María y su eficacia salvadora se expresa en los títulos que le da la Iglesia como abogada, auxiliadora, socorro, mediadora.

De acuerdo con la tradición de los Padres de la Iglesia, el Concilio llama a María ***Tipo de la Iglesia*** con lo cual quiere significar que María es representación viva, eminente y concreta de la Iglesia, a la cual está íntimamente ligada. La Virgen María es como la personificación de la Iglesia "en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión a Cristo" (LG 63).

No representa a la Iglesia en el orden propio de la institución jerárquica ni en el de los sacramentos[35].

"María es figura de la Iglesia en toda su realidad de signo portador de Cristo (Iglesia ***misterio***), comunidad de hermanos (Iglesia ***comunión***), para la salvación de toda la humanidad (Iglesia ***misión***)"[36].

El Concilio considera aquí a la Iglesia en su aspecto interno, es decir, en cuanto comunidad: unidos por Cristo con la fe, la esperanza, y la caridad. En este aspecto María es la realización plena y perfecta de la Iglesia. A María le corresponde no sólo una precedencia cronológica en cuanto primicia del pueblo de Dios sino también una preeminencia de perfección, al ser asociada a Cristo por un título privilegiado:

"Ciertamente, en el misterio de la Iglesia, que también es llamada con razón Madre y Virgen, la Santísima Virgen María la precedió, mostrando en forma eminente y singular el modelo de Virgen y Madre [...]. Dio a luz al Hijo, al que Dios constituyó el mayor de muchos hermanos (Rom 8,29), es decir, de los creyentes, ***a cuyo nacimiento y educación colabora con amor de Madre"*** (LG 63).

En cuanto a la *función materna actual* de María en el cielo, el Concilio no dirimió las diferentes posiciones teológicas, sin embargo afirmó: a) la *universalidad* de su cuidado a todos los "hermanos de su Hijo"; b) su *extensión* a "los que todavía peregrinan y están expuesto a peligros y afanes"; c) su *duración*, durante toda la peregrinación "hasta que seamos conducidos a la patria celestial"; d) el *modo* "con múltiple intercesión", y e) sobre todo, su *fundamento*, "la caridad materna" (cf. LG 62).

La mediación materna de María

El Papa Juan Pablo II desarrolla, especialmente en la Encíclica *Redemptoris Mater* (=RMa), la doctrina del C.Vaticano II sobre la maternidad espiritual de María uniendo el concepto de "maternidad" con el de "mediación". La mediación de María es ***"mediación materna".***

La Iglesia sabe y enseña con San Pablo que uno solo es nuestro Mediador: "Hay un solo Dios, y también un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos" (1 Tim 2, 5- 6). El Papa recuerda la enseñanza del Concilio: "La misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder" (LG 60).

Todo el influjo de la Santísima Virgen en la salvación de los hombres dimana de la libre y amorosa voluntad de Dios y de la sobreabundancia de los méritos de Cristo. El influjo de María en nuestra salvación y santificación depende totalmente de la mediación única de Cristo. Esta intervención de María no impide nuestra unión inmediata con Cristo sino que la fomenta (cf.LG 60).

Este influjo de María en nuestra vida cristiana está sostenido por el Espíritu Santo. Existe una continuidad entre la acción del Espíritu Santo en la Encarnación del Hijo de Dios, para que María fuera verdaderamente Madre de Dios, y el influjo actual del mismo Espíritu Santo en María hoy para el ejercicio de su maternidad espiritual. Ella ejerce actualmente su maternidad espiritual sobre todos y cada uno de nosotros, por la acción del mismo Espíritu Santo por el que ella concibió en su seno al Hijo de Dios:

"Este saludable influjo está mantenido por el Espíritu Santo, quien, igual que cubrió con su sombra a la Virgen comenzando en ella la maternidad divina, también mantiene así continuamente su solicitud hacia los hermanos de su Hijo" (RMa 38). María no sustituye al Espíritu Santo.

María participa en la única mediación de Cristo

La mediación de María con su maternidad divina respecto a Jesucristo, y la mediación suya con su maternidad espiritual respecto a nosotros, es una participación en la única mediación de Cristo:

"Efectivamente, la mediación de María está íntimamente unida a su maternidad y posee un carácter específicamente

materno, que la distingue de las demás criaturas que, de un modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo, siendo también la suya una mediación participada" (RMa 38).

Por tanto: a) La mediación única de Cristo no suprime otras mediaciones sino que las suscita, de modo que las criaturas que tienen una función mediadora entre Dios y los hombres, participan de la única mediación de Cristo; b) dentro de este régimen participativo también la mediación de María es subordinada a la de su Hijo; c) pero la suya es una mediación especial por ser Madre de Dios y por su carácter específicamente materno.

La mediación de María con su maternidad espiritual en relación con nosotros no es otra cosa que el desarrollo de la plena verdad de su maternidad divina. María, por ser Madre del Hijo de Dios, Madre del Redentor, está asociada a Cristo en cuanto Redentor. El consentimiento de María a las palabras del ángel en la Anunciación es un momento de donación virginal de María a Dios: "María da su consentimiento a la elección de Dios para ser la Madre de su Hijo por obra del Espíritu Santo. Puede decirse que este consentimiento suyo para la maternidad es sobre todo *fruto de la donación total a Dios en la virginidad*. María aceptó la elección para Madre del Hijo, guiada por el amor 'esponsal', que consagra totalmente a una persona humana a Dios. En virtud de este amor, María deseaba estar siem-

pre en todo 'entregada a Dios', viviendo la virginidad. Las palabras 'he aquí la esclava del Señor' expresan el hecho de que desde el principio ella acogió y entendió la propia maternidad como *donación total de sí*, de su persona, al servicio de los designios salvíficos del Altísimo. Y toda su participación materna en la vida de Jesucristo, su Hijo, la vivió hasta el final de acuerdo con su vocación a la virginidad" (RMa 39).

La maternidad divina de María impregnada plenamente por su actitud esponsal de esclava del Señor constituye la dimensión primera y fundamental de la mediación que la Iglesia reconoce en ella. Es la mediación materna de María que la Iglesia recomienda continuamente a la piedad de los fieles. La Iglesia confía mucho en esta mediación (cf. LG 62).

En efecto antes que nadie Dios mismo, el eterno Padre *se entregó a la Virgen de Nazaret* dándole a su propio Hijo en el misterio de la Encarnación. Por este hecho fundamental María es verdaderamente la Madre del Hijo de Dios y esto supone, desde el principio, que ella está totalmente abierta a la persona de Cristo, a toda la obra y misión de su Hijo. María ha colaborado bajo la acción del Espíritu Santo al hecho de que el Hijo de Dios se encarnase, es decir, al hacerse hombre el Hijo de Dios. Con la Encarnación comienza nuestra salvación. María ya está colaborando a nuestra salvación, al colaborar a la Encarnación del Hijo, acogiéndolo como Madre en su seno.

María queda asociada totalmente a la persona de Jesús y a toda su obra y misión redentora.

No es María quien hace de Cristo su Hijo, sino que es el Verbo, el Hijo eterno de Dios Padre, quien hace de ella su Madre. Ella es la que ***recibe*** con un recibir activo, la iniciativa de Dios de encarnarse en su seno. Es verdaderamente el Verbo eterno de Dios el que toma carne en el cuerpo de María.

Intervención primera y fundamental de María en la Encarnación

"La mediación universal de María tiene su intervención primera y fundamental en la Encarnación, esto es, en su misma actuación de Madre divina. La que entonces y para siempre unió a Dios con la humanidad en Cristo, será la unidora, la mediadora universal de la unión de todos los hombres con Dios en Cristo, que es consecuencia de aquella primera y soberana unión"[38].

María, por obra del Espíritu Santo, engendró al Hijo de Dios, engendró y dio a luz a Alguien que es constitutivamente Redentor. El Hijo de Dios es Alguien que al iniciar su existencia como hombre inicia su acción redentora. El fin de la maternidad divina de María es el mismo fin de la Encarnación del Hijo de Dios: la salvación de los hombres. Dios Padre, al predestinar a María para

ser la Madre del Redentor, la eligió para ser cooperadora del Redentor[39].

"Las palabras 'he aquí la esclava del Señor' atestiguan esta apertura del espíritu de María, la cual de manera perfecta, reúne en sí misma el amor que es propio de la virginidad y el amor característico de la maternidad unidos y como fundidos juntamente" (RMa 39).

María ha llegado a ser no sólo la Madre del Hijo de Dios sino también asociada de modo singular al Mesías Redentor, durante toda su vida en la tierra. Ella "avanzaba en la peregrinación de la fe y en esta *peregrinación* suya hasta los pies de la Cruz se ha realizado al mismo tiempo, su *cooperación* materna en toda la misión del Salvador mediante sus acciones y sufrimientos.

A través de esta colaboración en la obra del Hijo Redentor, la maternidad misma de María conocía una transformación singular, colmándose cada vez más de 'ardiente caridad' hacia todos aquellos hacia quienes estaba dirigida la misión de Cristo. Por medio de esta 'ardiente caridad', orientada a realizar en unión con Cristo la restauración de la 'vida sobrenatural de las almas', María *entraba de manera muy personal en la única mediación* 'entre Dios y los hombres', *que es la mediación del hombre Cristo Jesús"* (RMa 39; LG 61).

María fue la primera en experimentar en sí misma los efectos sobrenaturales de esta única mediación, pues ya en la Anunciación había sido saludada como la llena de gracia. Por esta plenitud de gracia y de vida sobrenatural estaba especialmente preparada, predispuesta, para cooperar con Cristo único mediador de la salvación humana: "*Y tal cooperación es precisamente esta mediación subordinada* a la mediación de Cristo" (cf.RMa 39). Es la cooperación personal de María "la llena de gracia" a toda la obra de su Hijo.

"Jesucristo, como respuesta a esta disponibilidad interior de su Madre, la preparaba cada vez más a ser para los hombres Madre en el orden de la gracia" (RMa 39).

Después de la Muerte y Resurrección del Señor y de su Ascensión a los cielos María entraba con los apóstoles en el Cenáculo a la espera de Pentecostés. Estaba con ellos presente como Madre del Señor glorificado. Era no sólo la que avanzó en la peregrinación de la fe y guardó fielmente su unión con el Hijo hasta la Cruz, sino también la esclava del Señor, *entregada por su Hijo como Madre a la Iglesia naciente*: ***"He aquí a tu Madre"*** (cf. Jn 19,25-27; 2,1-12).

De este modo empezó a formarse una relación especial entre María y la Iglesia. La Iglesia naciente era fruto de la Cruz y de la Resurrección de su Hijo, y del envío del Espíritu Santo: "María,

que desde el principio se había entregado sin reservas a la persona y a la obra de su Hijo, no podía dejar de volcar sobre la Iglesia esta entrega suya materna" (RMa 40). La Virgen a partir del momento de su Asunción en cuerpo y alma a los cielos ejerce una función "mediadora de clemencia en la vida definitiva" como "un servicio salvífico" (RMa 40).

La maternidad espiritual de María

La mediación maternal de nuestra Señora gira ahora sobre la Iglesia y perdura sin cesar, participando de manera subordinada de la universalidad de la mediación del Redentor. La mediación de Cristo abarca a todos los hombres de todos los siglos.

Después de la Ascensión del Hijo, la maternidad de María permanece en la Iglesia como mediación, intercediendo como Madre por todos sus hijos. La Madre coopera en la acción salvífica del Hijo, Redentor del mundo. Así lo afirma el Concilio Vaticano II: "Esta maternidad de María en la economía de la gracia *perdura sin cesar*... hasta la consumación perpetua de todos los elegidos" (LG 62). Añade el Concilio que María "Asunta a los cielos no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna" (LG 62).

Con este carácter de intercesión se manifestó la mediación materna de María por primera vez en Caná de Galilea (Jn 2,1-12). Esta mediación prosigue en la historia de la Iglesia y del mundo. Leemos en el Concilio que María "Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligro y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada" (LG 62). Juan Pablo II comenta: "De este modo la maternidad de María perdura incesantemente en la Iglesia como mediación intercesora, y la Iglesia expresa su fe en esta verdad invocando a María con los títulos de *abogada, auxiliadora, socorro, mediadora*" (RMa 39; LG 62).

La mediación de María subordinada a la de Cristo Redentor, contribuye de manera especial a la unión de la Iglesia que peregrina en la tierra con la realidad celestial de la comunión de los santos. María en su Asunción a los cielos "está como envuelta por toda la realidad de la comunión de los santos, y su misma unión con el Hijo en la gloria está dirigida toda ella hacia la plenitud definitiva del Reino, '*cuando Dios sea todo en todas las cosas*'" (RMa 41).

De acuerdo con el Concilio el Papa presenta a la Virgen como ejemplo y modelo para la Iglesia en cuanto Madre y Virgen:

"Se puede afirmar que la Iglesia aprende también de María la propia maternidad [...]. Al mismo tiempo, a ejemplo de María, la Iglesia es la Virgen fiel al propio Esposo [...]. Precisamente esta virginidad, siguiendo el ejemplo de la Virgen de Nazaret, es fuente de una especial fecundidad espiritual: es fuente de la maternidad en el Espíritu Santo" (RMa 43).

La maternidad espiritual de María es real y efectiva

Nuestra Señora es modelo de la Iglesia, pero el Papa añade "no es sólo modelo sino mucho más" porque ejerce una verdadera *influencia*, una auténtica *cooperación* en la generación de los hijos de la Iglesia. La maternidad espiritual de María no es una mera metáfora que expresa su afecto por nosotros, o una especie de maternidad moral. La maternidad espiritual es real, es efectiva; con influencia positiva en nuestra ***vida*** de hijos de Dios.

La vida de hijos de Dios es verdadera vida, en un sentido muy superior a toda otra vida: es participación en la vida misma del Hijo de Dios. La cooperación materna de María para que seamos hijos de Dios en el Hijo, es real. Algunos teólogos hablan de la "impronta mariana" de la vida de gracia. Esta cooperación materna de la Virgen Madre no es autónoma sino que tiene su origen en el sacrificio de Cristo y se actualiza por la acción

del Espíritu Santo, a quien María implora. La maternidad espiritual de María es singular y única, por la realidad inefable del misterio que encierra.

María es Madre nuestra no sólo con su inteligencia, con las palabras o con los actos que realiza, sino con todo lo que Ella es, con todo lo que tiene. En su maternidad nos da su plenitud de gracia, su dignidad y grandeza de Madre de Dios Hijo, su particular relación con Dios Padre y con el Espíritu Santo. En su relación materna con nosotros, María lleva consigo su personalidad humana, su entendimiento, su capacidad de amar, su virtud, sus méritos.

La maternidad espiritual de María es más que ninguna otra activa y fecunda, presente y operante. Fruto y signo de esta presencia y acción de María es la santidad de la Iglesia, la salvación terrena y eterna de sus hijos. María cuida del Reino de Dios en el hombre y en torno al hombre en la tierra.

Un rasgo especial de la presencia materna de María es que hace saltar de gozo a Isabel, a los pastores, a los magos, a los esposos de Caná, a la Iglesia del Cenáculo en Pentecostés. El *Magnificat* es el canto de una Madre feliz que quiere ver felices a sus hijos.

A María se la comprende amándola, y conociéndola se le ama más. Ser hijos de María compromete a parecernos a Ella cada vez más. Si amamos a María sepamos ver en cada ser humano, en cada persona, un hijo amado por la Virgen María. No es posible amar a María y no amar a la Iglesia, ni amar a la Iglesia y no amar a María. Si vivimos como hijos de María, el cielo se hace más cercano y la tierra más amable[40].

La relación especial de María como Madre, con cada uno de nosotros

La maternidad constituye la referencia a la persona del hijo, determina siempre una relación única e irrepetible entre dos personas: la de la madre con el hijo y la del hijo con la madre. Aun cuando una misma mujer sea madre de muchos hijos, su relación personal con cada uno de ellos tiene características especiales e irrepetibles. El Papa Juan Pablo II aplica esta reflexión antropológica a la relación de la Virgen María con cada uno de nosotros: "Se puede afirmar que la maternidad de María 'en el orden de la gracia' mantiene la analogía con cuanto 'en el orden de la naturaleza' caracteriza la unión de la madre con el hijo. En esta luz se hace más comprensible el hecho de que, en el testamento de Cristo en el Gólgota, la nueva maternidad de su Madre haya sido expresada en singular, refiriéndose a un hombre: 'Ahí tienes a tu hijo'" (RMa 45).

El Papa nos invita a meditar detenidamente esta especial relación materna de María con cada uno de nosotros: "Se puede decir además que en estas mismas palabras está indicado plenamente el motivo *de la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo;* no sólo de Juan, que en aquel instante se encontraba a los pies de la Cruz en compañía de la Madre de su Maestro, sino de todo discípulo de Cristo, de todo cristiano. El Redentor confía su Madre al discípulo y, al mismo tiempo, se la da como Madre. La maternidad de María, se convierte en herencia del hombre, es un don: *un don que Cristo mismo* hace personalmente a cada hombre. El Redentor confía María a Juan, en la medida en que confía Juan a María" (RMa 45).

El evangelista afirma "desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa" (Jn 19,27). El Papa comenta: "Esta afirmación quiere decir con certeza que al discípulo se atribuye el papel de hijo y que él cuidó de la Madre del Maestro amado.Y ya que María fue dada como madre personalmente a él, la afirmación indica, aunque sea indirectamente, lo que expresa la relación íntima del hijo con la madre. Y todo esto se encierra en la palabra 'entrega'. La entrega es la respuesta al amor de una persona y, en concreto, al amor de la madre" (RMa 45).

Juan Pablo II nos invita a contemplar esta especial relación de María con el apóstol Juan: "La dimensión mariana de la

vida de un discípulo se manifiesta de modo especial precisamente mediante esta entrega filial respecto a la Madre de Dios, iniciada con el testamento del Redentor en el Gólgota. Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan, 'acoge entre sus cosas propias' a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su 'yo' humano y cristiano: '*la acogió en su casa'*. Así el cristiano, trata de entrar en el radio de acción de aquella 'caridad materna', con la que la Madre del Redentor 'cuida de los hermanos de su Hijo', 'a cuya generación y educación coopera' según la medida del don, propia de cada uno, por la virtud del Espíritu de Cristo. Así se manifiesta también aquella maternidad según el Espíritu, que ha llegado a ser la función de María a los pies de la Cruz y en el Cenáculo" (RMa 45).

Esta relación filial, esta entrega de un hijo a la madre no sólo tiene su comienzo en Cristo sino que se puede decir que definitivamente se orienta hacia él: *"Haced lo que Él os diga"* nos dice María (cf. Jn 2,1-12). La Virgen María nos lleva al encuentro con Jesús: Él es *"el Camino, la Verdad y la Vida"* (Jn 14,6); es Él a quien el Padre ha dado al mundo, para que el hombre *"no perezca, sino que tenga vida eterna"* (Jn 3,16).

Juan Pablo II nos muestra que: "La Virgen de Nazaret se ha convertido en la primera 'testigo' de este amor salvífico del

Padre y desea *permanecer también su humilde esclava siempre y por todas partes*. Para todo cristiano y todo hombre, María es la primera que 'ha creído', y precisamente con esta fe suya de Esposa y de Madre quiere actuar sobre todos los que se entregan a ella como hijos" (RMa 46).

El Papa señala expresamente una relación singular de la Madre del Redentor con *toda mujer* por el hecho de que Dios, en la Encarnación se ha entregado al ministerio libre y activo de una mujer: "Por lo tanto se puede afirmar que la mujer, al mirar a María, encuentra en ella el secreto para vivir dignamente su feminidad y para llevar a cabo su verdadera promoción. A la luz de María, la Iglesia ve en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza, que es espejo de los más altos sentimientos, de que es capaz el corazón humano: "La oblación total del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y estímulo" (RMa 46)[41].

Distintos desde el principio de la creación y permaneciendo así en la eternidad, el hombre y la mujer, injertados en el misterio pascual de Cristo ya no advierten sus diferencias como motivo de discordia, sino como una posibilidad de colaboración que hay que cultivar con el respeto recíproco de la distinción (Congregación de la Doctrina de la Fe, 2-VI-2004).

En la homilía de la Misa concelebrada por el Papa con un gran número de obispos y sacerdotes el 15 de agosto de 2004 en Lourdes, dijo:

"Apareciéndose en la Gruta, María ha confiado su mensaje a una joven, como para subrayar la misión particular que corresponde a la mujer, en nuestra época tentada por el materialismo y por la secularización: ser en la sociedad actual testigo de los valores esenciales que no se pueden percibir sino con los ojos del corazón. ¡A vosotras mujeres, os corresponde ser las centinelas del Invisible!"

El Concilio propone la ejemplaridad de María en particular a los sacerdotes, que hallarán en la Santísima Virgen el modelo maravilloso de su docilidad al Espíritu Santo en el ejercicio del sagrado ministerio (PO n. 18); a los religiosos, que darán frutos de salvación por la intercesión de la Virgen, cuya vida es enseñanza para todos (PC, n. 25); a los seglares, para quienes Ella es el modelo perfecto de espiritualidad apostólica (AA n.4); a todos los que se dedican al apostolado, que deben estar animados del amor maternal, cuyo ejemplo es María (LG 65).

María, sin dejar de ser Madre ha sido también discípula

María puede ser proclamada como la primera y más fiel discípula de Cristo, por cuanto se cumplieron en Ella, de forma excepcional, las notas que conforman la figura del verdadero discípulo, especialmente aceptando la Palabra, haciendo la voluntad del Padre y compartiendo el proyecto del Reino de Dios al que Cristo, el Maestro, dedicó todos sus esfuerzos en los años de su actividad como Mesías, y uniéndose a Cristo en el misterio de la Cruz.

Dice San Agustín de manera enfática:

"¿No hizo por ventura la Virgen María la voluntad del Padre, la cual creyó por la fe, concibió por la fe, fue elegida para que naciera de ella la salvación para nosotros entre los hombres y fue creada por Cristo antes que Cristo fuese creado en su seno? Santa María hizo la voluntad del Padre y la hizo por entero; y por eso vale más, es una prerrogativa de mayor felicidad haber sido discípula, más que Madre de Cristo [...] Custodió la verdad en la mente, más que la carne en el vientre de María: vale más lo que está en la mente que lo que se lleva en el vientre"[42].

El Papa Pablo VI, durante el Concilio, invocó en dos ocasiones a María con el título de *Madre de la Iglesia*. El Concilio no utilizó este título. Pero el Papa Pablo VI lo dedujo de las enseñanzas conciliares sobre la maternidad espiritual de María: "La Iglesia católica, enseñada por el Espíritu Santo, la honra como Madre amantísima con sentimientos de piedad filial" (LG 53). En la clausura de la tercera sesión del Concilio Pablo VI reconoció en María el título de *Madre de la Iglesia:* "Así pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título".

Pablo VI explica que este calificativo "ni es nuevo ni indebido" en la Iglesia y, que su fundamento es la maternidad divina: "María es la Madre de Cristo, el cual, apenas asumida la naturaleza humana en su seno virginal unió en sí mismo, como cabeza, a su cuerpo místico que es la Iglesia. En consecuencia, como Madre de Cristo, María es también Madre de todos los fieles y pastores, es decir, de la Iglesia"[43].

Según los datos conocidos hasta ahora, el título de Madre de la Iglesia[44] fue utilizado por primera vez en el siglo IX por

Berengaudo en un comentario al Apocalipsis; y de nuevo en el siglo XIII. La Virgen fue invocada también como *Madre de la misericordia, Madre de la salvación, Madre de la vida,* títulos que, según el contexto, se asemejan al de *Madre de la Iglesia.* Estas designaciones marianas tienen un fuerte sentido comunitario que destaca San Ireneo en el s. II quien dice que María, por su obediencia, ha sido "causa de salvación para todo el género humano"[45]. Aunque no habla expresamente de maternidad eclesial, afirma la regeneración de todos los hombres en Cristo, que es resultante de la maternidad divina de María y que expresa la realidad misma de la Iglesia. San León Magno pudo predicar al pueblo romano una noche de Navidad: "La generación de Cristo coincide con el origen del pueblo cristiano; el nacimiento de la Cabeza es nacimiento también del Cuerpo entero"[46]. Y San Buenaventura: "Todo el pueblo cristiano ha nacido del seno de la Virgen gloriosa: la Virgen es la Madre del pueblo cristiano"[47].

El título *Madre de la Iglesia*, como indica Pablo VI se refiere a toda la Iglesia –fieles y pastores– y a cada uno de los miembros de la comunidad eclesial. La raíz y fundamento primero de la maternidad espiritual de María es su maternidad divina. La cooperación de María en la Encarnación de Cristo se prolonga en su maternidad respecto a todos los hermanos de su Hijo, ya que el nacimiento de Cristo y su muerte en la Cruz hacen posible nuestra participación en la filia-

ción de Cristo y también con relación a la Virgen. Si la Encarnación y la Cruz son dos momentos decisivos, aunque no únicos de la cooperación de María a la salvación del mundo, también ellos constituyen el fundamento de la maternidad de María con relación a la Iglesia.

Esta maternidad espiritual de María influye realmente en la generación de los hijos de Dios en el momento del Bautismo cuando nacemos a la vida de Dios, y continúa siendo eficaz también en el crecimiento de esta vida divina en nosotros hasta nuestra glorificación en el cielo. La función de María como Madre con respecto a nosotros es una continua intercesión ante Dios Trinidad. Bajo la acción del Espíritu Santo, María nos conduce hasta la identificación con su Hijo, a la comunión con Cristo y con el Padre en el Espíritu Santo.

El Papa Juan Pablo II recuerda la acción maternal de María en los primeros momentos de la Iglesia, porque "ya desde el principio María desempeña su papel de *Madre de la Iglesia*: su acción favorece la comprensión entre los apóstoles a quienes Lucas presenta *con un mismo espíritu* y muy lejanos de las disputas que a veces habían surgido entre ellos". El Papa añade: "Por último, María ejerce su maternidad con respecto a la comunidad creyente no sólo orando para obtener a la Iglesia los dones del Espíritu Santo necesarios para su formación y su futuro, sino también educando a los discípulos del Señor

en la comunión constante con Dios. Así se convierte en educadora del pueblo cristiano en la oración y el encuentro con Dios, elemento central indispensable para que la obra de los pastores y los fieles tenga siempre en el Señor su comienzo y su motivación profunda"[48].

Conviene recordar que María en su calidad de Madre de la Iglesia ni reemplaza a Cristo ni al Espíritu Santo en la acción vivificadora de ambos dentro de la Iglesia. María lleva a cabo su función materna en dependencia de la gracia recibida del Espíritu Santo, de acuerdo con su específica colaboración a la obra de Cristo. Su colaboración materna es absoluta donación activa, porque como sucedió en el momento de la Encarnación, también ahora la Virgen coopera activamente con el Espíritu para formar a Cristo en el corazón de los cristianos.

La cooperación de nuestra Señora a nuestra salvación, atestiguada en la Escritura y ratificada en la Tradición de la Iglesia desde los primeros Padres y propuesta por el Magisterio eclesiástico, es un hecho indiscutible para la doctrina católica: "Con razón, pues, creen los Santos Padres que Dios no utilizó a María como un instrumento puramente pasivo, sino que ella colaboró por su fe y obediencia libres a la salvación de los hombres" (LG 56).

Esta cooperación de María es una respuesta de

obediencia y amor bajo la acción transformante y creativa del Espíritu Santo, en la concepción, nacimiento, vida, muerte y Resurrección de Jesucristo y en el tiempo de la Iglesia. María es redimida previamente por Cristo y transformada por el Espíritu Santo, ya desde el momento en que fue concebida, es decir, desde su Inmaculada Concepción, en orden a ser instrumento apto y libre en las manos de Dios. María como primera redimida por Cristo y transformada por el Espíritu Santo, coopera más intensa y profundamente con Cristo y en el Espíritu, convirtiéndose en prototipo, modelo y ejemplo de lo que Dios quiere realizar en cada redimido.

La mediación materna de María está incluida en la plena mediación de Cristo

La colaboración de María, suscitada por el Espíritu Santo, se deriva de la plenitud de la única mediación de Jesucristo. Es la mediación de Cristo la que hace posible la mediación de nuestra Señora que a su vez es modelo y ejemplo para toda la comunidad eclesial. La Iglesia, como María, está llamada a cooperar activamente en la obra redentora de Cristo. María es la primera de todos aquellos a los que el apóstol llama *colaboradores* o *cooperadores* de Dios (cf. 1 Cor 3, 9). La mediación propia de María está incluida en la plena mediación de Jesucristo.

La Encarnación del Hijo de Dios en el seno de María no es un mero presupuesto previo para la Redención, sino principio radical y fundante que posibilita el cumplimiento de su fase definitiva por la Muerte y Resurrección de Jesucristo. La participación maternal, única y especial de la Virgen María en la vida de su Hijo a partir de la Encarnación no fue sólo de carácter biológico sino sobre todo una participación que ella asumió con fe y vivió en todo momento hasta la Cruz y la Resurrección. Es una cooperación que tiene un carácter único y singular a la realización y aplicación de la obra redentora de Cristo.

La relación materna de María con el Redentor es la base y el fundamento de su mediación materna con los fieles, seguidores de su Hijo. Maternidad espiritual de María y mediación materna se implican mutuamente. No tendría contenido una maternidad espiritual de la Virgen María sobre la Iglesia que no llevara consigo una intervención real en la salvación de los hombres. Por otra parte carecería de apoyo una mediación de la Virgen separada de su maternidad divina y de su cooperación a la obra salvadora del Redentor.

La maternidad divina de María se prolonga en maternidad espiritual respecto a todos los discípulos de Cristo y aún de todos los hombres. Se trata siempre de una colaboración posibilitada por Cristo y suscitada por la acción del Espíritu, y siempre de una

colaboración materna, que por este título se distingue de cualquier otra mediación o cooperación humana.

La unión singular de María con Cristo implica su vinculación igualmente singular con la humanidad salvada por Cristo que es la Iglesia: María aceptó en la fe ser la Madre del Salvador, su entrega a la persona y a la obra de Cristo fue la entrega de sí misma a favor de los hombres[49].

El influjo materno de María se extiende a la Iglesia entera, entendida como realidad "anterior" a cada individuo concreto. María es Madre de la comunidad entera y no sólo de cada uno de los fieles, a cuyo nacimiento cooperó y coopera continuamente no solo con su ejemplo sino con verdadera influencia maternal. La maternidad espiritual de María es fruto de la acción del Espíritu Santo en ella. Así como el Espíritu Santo "cubrió con su sombra a la Virgen comenzando en ella la maternidad divina, también mantiene así continuamente su solicitud hacia los hermanos de su Hijo" (RMa 38).

Los títulos teológicos de la maternidad espiritual de María, son: 1) La maternidad divina según la enseñanza de los Padres de la Iglesia: Si fue Madre de la Cabeza, ha de serlo también del Cuerpo; 2) Su cooperación positiva a la obra de la Redención, es decir, su asociación plena a la persona y a la obra de Cristo. María no

sólo fue Madre sino también "socia" del Redentor, en cuanto que estuvo asociada a la acción redentora de Cristo; 3) Las palabras de Jesús a su Madre y al discípulo, por las cuales Cristo la entrega como Madre verdadera.

Esta maternidad espiritual de María tiene un sentido real; no es una mera adopción, ni una mera expresión afectiva. Tampoco se trata, como es obvio, de una maternidad como la que María tiene respecto de Cristo. Aunque también tiene su raíz en la fe de María. Con respecto a nosotros, la maternidad de María es real y efectiva, pero espiritual, es decir, como dice el Concilio Vaticano II es: "Madre nuestra en el orden de la gracia" (LG 61). María colabora, como Madre, en el nacimiento y desarrollo de nuestra "***vida*** espiritual", "***vida*** de gracia".

La maternidad espiritual de María se extiende a todos los hombres, como a todos se extiende la Redención. Esta maternidad está condicionada por el modo como cada sujeto o comunidad se encuentra con relación a su propio Hijo y con la Iglesia: no es igual el grado de pertenencia a la Iglesia de los fieles católicos, que el de los ortodoxos, protestantes, personas de otras religiones que viven de buena fe en sus creencias, etc (cf. LG 13-17). Entre los bienes que Cristo con el Espíritu da continuamente a la Iglesia se encuentra siempre María en cuanto Madre, como se manifiesta en la escena de la Cruz.

La maternidad espiritual de María es verdadera mediación materna

El ejercicio de la maternidad espiritual es *verdadera mediación materna*, por la que se distingue de cualquier otra mediación. El único Mediador es Cristo (1 Tim 2,5; Hbr 8,6; 9,15; 12,24). Si Jesús resucitado intercede sin cesar por nosotros ante el Padre, María se une a esta intercesión incesante de Jesús. En esta mediación única de Cristo está la raíz y origen de toda mediación.

Por su Encarnación como Hijo de Dios, Jesús es presencia de Dios en medio de los hombres y presencia del hombre ante Dios. Él es para nosotros la salvación, la Redención. Él vivió su filiación divina en su humanidad como una entrega total de sí mismo hasta la Cruz. Jesús ejerce esta mediación por medio del Espíritu Santo. Desde la Encarnación hasta la presencia y acción de Cristo resucitado en medio de la Iglesia, la acción del Espíritu Santo aparece como necesaria. Con la presencia de Cristo resucitado y la acción del Espíritu, la Iglesia, participa de la mediación de Cristo. Participan de ella especialmente los santos.

Dentro de esta mediación participada, María ocupa un lugar especialísimo, ya que por la acción del mismo Espíritu que la constituyó en Madre del Mediador y la llevó hasta la entrega

amorosa a la persona y a la misión de su Hijo, ella ejerce una continua mediación materna y manifiesta esa mediación intercediendo por sus hijos, uniéndolos a Jesús, educándolos y formándolos en las enseñanzas de su Hijo, conduciéndolos a la plena comunión con Él y con el Padre en el Espíritu Santo.

La Virgen cuida de nosotros y nos forma como hijos en nuestra vida cotidiana

"Creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el Cielo su misión maternal para con los miembros de Cristo, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida cotidiana en las almas de los redimidos"[50].

Este conjunto de textos del Concilio, ya citados, deben iluminar nuestra relación de hijos respecto a María Santísima:

• "*Es verdaderamente Madre* de los miembros de Cristo, por haber *cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles…"* (LG n. 53).

• "El Padre de las misericordias quiso que precediera a la Encarnación la aceptación de la *Madre predestinada*, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, *así también contribuyera a la vida…"* (LG n. 56).

• "Comparándola con Eva, llaman a María *Madre de los vivientes*, y afirman... la *muerte por Eva, por María la vida"* (LG n. 56).

• "*Cooperó* en forma del todo singular por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad *en la restauración de la vida sobrenatural de las almas.* Por tal motivo *es nuestra Madre en el orden de la gracia"* (LG n. 61).

• "*Y esta maternidad* de María perdura sin cesar *en la economía de la gracia...*" (LG n. 62).

• "Dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó como primogénito entre *muchos hermanos;* a saber, los fieles, *a cuya generación y educación coopera con amor materno"* (LG n. 63).

María coopera con Cristo, su Hijo, a la generación y nacimiento de los fieles, miembros de Cristo, a la vida divina de la gracia. Por ello *es verdadera Madre* de los hombres, en especial de los creyentes, que deben amarla con afecto filial.

• *La Iglesia Católica, enseñada por el Espíritu Santo, la honra con filial afecto de piedad, como a Madre amantísima* (LG n. 53; cf. n. 67).

María que coopera con su maternidad divina a que el Hijo de Dios se haga "Hijo del hombre" para hacer a los hombres hijos de Dios, es Madre de Dios y Madre de los hombres.

La nueva colección de misas de la Virgen María, ofrece tres formularios relativos a la Virgen Madre de la Iglesia. En los prefacios el sacerdote celebrante da gracias a Dios por los dones concedidos a la Virgen María. El primero presenta a María como modelo y Madre de la Iglesia Universal:

"Ella, al aceptar tu Palabra con limpio corazón,/ mereció concebirla en su seno virginal,/ y, al dar a luz a su Hijo,/ preparó el nacimiento de la Iglesia./ Ella, al recibir junto a la Cruz el testamento de tu amor divino,/ tomó como hijos a todos los hombres,/ nacidos a la vida sobrenatural,/ por la muerte de Cristo./ Ella, en la espera pentecostal del Espíritu,/ al unir sus oraciones a las de los discípulos,/ se convirtió en el modelo de la Iglesia suplicante./ Desde su asunción a los cielos,/ acompaña con amor materno a la Iglesia peregrina,/ y protege sus pasos hacia la patria celeste,/ hasta la venida gloriosa del Señor".

El tercer Prefacio elogia a María porque brilla como imagen de la futura gloria de la Iglesia:

"Porque has dado a tu Iglesia, como imagen purísima de la entrega materna y de la gloria futura a la bienaventurada Virgen María. Ella es la Virgen que resplandece por la integridad de su fe; la Esposa, unida a Cristo con el vínculo indisoluble del amor asociado a su Pasión; la Madre, fecunda por la acción del Espíritu Santo y solícita por el bien de todos los hombres; y la reina, adornada con las joyas de las mejores virtudes, vestida de sol, coronada de estrellas, partícipe para siempre de la gloria de su Señor. Por él, adoran los ángeles tu majestad, alegres por siempre en tu presencia..."[51].

La vida de la Virgen María es una invitación siempre actual para la Iglesia.

La existencia de María es para la Iglesia una invitación siempre nueva y actual a radicar su ser en la escucha y acogida de la Palabra de Dios. Porque la fe no es tanto una búsqueda de Dios por parte del hombre cuanto un reconocimiento de que Dios viene a él, lo visita y le habla. Esta fe, cierta de que *"ninguna cosa es imposible para Dios"* (cf. Gén 18,14; Lc 1, 37), se vive y se profundiza en la obediencia humilde y amorosa con la que la Iglesia sabe decirle al Padre: *"hágase en mí según tu palabra"* (Lc 1, 38).

La fe continuamente remite a la persona de Jesús: *"Haced lo que él os diga"* (Jn 2, 5) y lo acompaña en su camino hasta

los pies de la cruz. María, en la hora de las tinieblas más profundas, persiste valientemente en la fe, con la única certeza de la confianza en la palabra de Dios.

También de María aprende la Iglesia a conocer la intimidad de Cristo. María, que ha llevado en sus brazos al pequeño niño de Belén, enseña a conocer la infinita humildad de Dios. Ella guarda y medita en su corazón las palabras y los hechos de Jesús (Cf. Lc 2, 19.51). Ella, que ha acogido el cuerpo martirizado de Jesús bajado de la cruz, muestra a la Iglesia cómo recoger todas las vidas desfiguradas en este mundo por la violencia y el pecado.

La Iglesia aprende de María el sentido de la potencia del amor, tal como Dios la despliega y revela en la vida del Hijo predilecto: *"dispersó a los soberbios de corazón, derribó a los potentados de su trono y exaltó a los humildes*" (Lc 1, 51-52). Y también de María los discípulos de Cristo reciben el sentido y el gusto de alabar a Dios por sus obras: *"porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso"* (Lc 1, 49). Ellos aprenden que están en el mundo para conservar la memoria de estas "maravillas" y velar en la espera del día del Señor. Con María descubren cada día en todas las cosas que Dios es amor (Lc 1, 38.46; 1 Jn 4,8.16)[52].

María, hija de Dios Padre:
Somos hijos de Dios en el Hijo

La vocación del cristiano es la de ser hijo de Dios en el Hijo. San Pablo afirma que el Padre llama a cada persona *"a la comunión con su Hijo, Jesucristo"* (1 Cor 1, 9). En Cristo, el Padre *"nos eligió antes de la creación del mundo [...y] nos predestinó a ser sus hijos adoptivos"* (Ef 1, 4-5).

María ha sido la primera en vivir esta experiencia filial, habiendo sido llamada a una comunión única con el Hijo del Padre. En previsión de los méritos de Cristo, estuvo libre del pecado original desde el primer instante. El Espíritu la llenó de su gracia, y por tanto le comunicó la vida divina. Antes de haber concebido a su Hijo, ya ella era hija de Dios. Pero paradójicamente esta gracia la tenía en virtud de la Redención que habría de realizar Jesucristo, una Redención universal que también alcanzaba a Adán y a todos los descendientes de Adán, aunque sólo en María fue gracia de liberación previa del pecado original, y de santificación plena. Ella fue saludada por el ángel como la "plena de gracia".

Con su divina maternidad, María quedó unida de modo singular con el Hijo eterno de Dios Padre, el Hijo que sin perder su divinidad ha tomado de María su humanidad. La unión íntima

de María con Cristo se dio no sólo recibiendo la gracia común a todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo, sino ante todo merced a su realidad de Madre terrena del Hijo, Madre de Aquel que es Cabeza del Cuerpo místico, Madre del Nuevo Adán. Es una gracia singular y única: concibió en la fe y en su seno, por obra del Espíritu, al Hijo eterno de Dios.

Ella, en el Hijo Jesucristo, no sólo era hija del Padre, sino también Madre del Hijo. "La paternidad de Dios la vivía ella al mismo tiempo como maternidad filial. Y como el Hijo era todo del Padre, también María era toda del Padre y vuelta por completo al Padre"[53].

María como "hija predilecta del Padre" recuerda a toda persona humana su identidad de ***hijo o hija*** de Dios, y de ***hermano y hermana*** de todos las demás personas. Todos somos hermanos en el mismo Padre (cf. Gál 3.28; Col 3, 11).

Jesús es el mediador único entre Dios y los hombres, y por tanto solamente en Él está la salvación y la plenitud del hombre. Dios mismo, "Padre de nuestro Señor Jesucristo" nos da la posibilidad de vivir la vida de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, y de dirigirnos al Padre con la misma actitud vital con que Jesús lo ha hecho, en la fuerza del Espíritu Santo. Participamos de la relación pro-

pia de Jesús, como Hijo, con el Padre. En esto consiste nuestra salvación, nuestra "divinización" como hijos de Dios.

"Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!...ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado todavía lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es" (1 Jn 3, 1-2).

Siendo Jesús el Hijo de Dios, lo que en último término define su ser es su relación irrepetible con el Padre. Su ser divino-humano, bajo la primacía absoluta de su divinidad consiste en la referencia absoluta a Dios Padre. Su humanidad sólo existe en cuanto asumida por el Verbo de Dios. No hay en Cristo, aún en cuanto hombre, otra filiación que la divina. Su humanidad es ahora ya para siempre la humanidad del Hijo que por nosotros murió y ha resucitado. Esta humanidad del Hijo de Dios hecho hombre, no fue *primero* creada y *después* asumida, sino que fue ***creada*** en el mismo acto de ser ***asumida*** como humanidad del Hijo encarnado[54].

En el hombre Jesús, no hay otro sujeto personal que el mismo ***Hijo eterno*** de Dios Padre. Jesús en cuanto hombre es ***persona*** porque Dios es su Padre. Esto se revela concretamente para nosotros en su existencia humana en la total obediencia a Dios Padre,

en su vida filial en todas sus dimensiones. El punto inmediato de referencia para entender nuestra filiación divina no es el Hijo eterno en su vida en el interior de la Trinidad, sino ***el Hijo eterno hecho carne,*** Jesús, que participa en todo de nuestra condición humana y ha sido probado en todo menos en el pecado (cf. Hbr 4, 15).

"Ya no hay un hombre sin Dios. Dios se ha definido a sí mismo en y desde la relación paternal con su Hijo encarnado, que para siempre es hombre, existiendo en la humanidad que asumió de las entrañas de María y en la que nos asumió a todos y cada uno de los que participamos de la humanidad. Podrán los hombres negar o renunciar a Dios, pero Dios nunca negará o se olvidará de los hombres".

"La Encarnación no sólo fue la asunción individual de una naturaleza humana, la de Jesús, sino la solidarización de destino por parte de Dios con todos y cada uno de los que somos obra de sus manos, hermanos del primogénito, miembros del que es cabeza de la humanidad nueva"[55].

Sólo a partir de la humanidad del Hijo de Dios tenemos acceso al misterio de Dios. No conocemos otro camino para que los hombres participemos en la vida divina más que la misión y Encarnación del Hijo, enviado por el Padre para que podamos recibir

la adopción filial, y la misión del Espíritu del Hijo por el que podemos clamar "¡Abba Padre!" (cf. Gál 4, 4-7).

Este Espíritu que ha guiado a Jesús en su vida humana, y del que está lleno en su Resurrección, es el Espíritu que Cristo resucitado nos comunica, para que participemos en su vida de Hijo. Este Espíritu puede obrar en nosotros lo que de modo ejemplar e inigualable ha realizado en la humanidad de Jesús. El Hijo por su Encarnación y por el don del Espíritu nos hace hijos en Él.

También por lo que se refiere al Espíritu Santo, Jesús es el único mediador entre Dios y los hombres[56]. En el Bautismo, al incorporarnos a Cristo, por la acción del Espíritu Santo, recibimos la gracia de ser hijos de Dios en el Hijo.

María ha sido elegida para ser la Madre virginal del Salvador, es decir, para que en ***su seno y en su fe*** se realice el designio salvífico de Dios por la venida de su Hijo al mundo (cf. Lc 1, 28-45). La fe de María es el "sí" personal que Ella da al plan divino de salvar al mundo por Cristo. Es la aceptación de la maternidad-virginal-del Salvador, como pura gracia. Es la aceptación de su Hijo como Salvador del mundo.

La Encarnación, es decir, que el Hijo de Dios asuma la naturaleza humana, es obra exclusiva de Dios. Pero María,

por gracia especial de Dios, ***hace posible*** la Encarnación del Hijo de Dios: es Ella la que ***recibe inmediatamente*** al Hijo de Dios en su mismo "hacerse hombre". María es la única persona humana que por el acto de su "maternidad-virginal-en la fe" interviene ***inmediatamente*** en el acontecimiento supremo de la venida del Hijo de Dios al mundo.

La contribución de María no se limita al comienzo mismo de la salvación, que es la Encarnación, sino que a través de la Encarnación llega a todo el misterio redentor de Cristo. La Muerte y Resurrección del Hijo de Dios se cumplen precisamente en la humanidad concebida en María. El "sí" de María representa su contribución a todo el misterio de Cristo en su interna unidad. La maternidad de María no termina solamente en haber dado vida humana a Jesús, el Hijo de Dios, sino que se extiende a nosotros, los miembros del Cuerpo de Cristo[57].

María recibe de Cristo una función mediadora que no debe ser pensada como una interposición entre Cristo y la Iglesia. María coopera siempre por obra del Espíritu que Ella recibe de su Hijo. Pero no sustituye a Cristo ni al Espíritu. Cristo glorificado está presente y obra en la Iglesia por su Espíritu. Es Cristo mismo quien comunica directamente a los hombres, por el don de su Espíritu, la vida que Él recibe del Padre.

Jesús es el Hijo eterno de Dios Padre. A través de la maternidad de María, el Hijo se hace carne, y esta filiación de Jesús se nos brinda a todos. Estamos llamados a ser, y somos realmente, hijos de Dios (cf. Gál 3,26; 4,6; Rom 9, 26; 1 Jn 3, 1-2). Esta es la dignidad suprema de todo hombre: poder decir con verdad: "¡soy hijo de Dios!". Si somos hijos en el Hijo, somos también hermanos los unos de los otros. Sin filiación no hay fraternidad. Nuestra vocación es la ***"fraternidad cristiana"*** como algunos Santos Padres llaman a la Iglesia (cf. 1 Pe 2,17; 5, 9)[58]. Esta misma expresión aparece en los textos del C.Vaticano II[59].

La presencia de la Virgen María en el misterio de la salvación, por el cual nosotros, de ***"esclavos nos convertimos en hijos"*** (Gál 4,3-7.31) es una de las obras más grandes de Dios. Una gracia querida por Dios también para mí.

Ser hijos de Dios es lo opuesto a ser esclavos. Si somos hijos estamos llamados a ser libres (cf. Gál 5,13). Libertad de hijos de Dios (cf. Rom 8, 21).

Por su humilde colaboración, en la plenitud de los tiempos, María introduce en el mundo, por obra del Espíritu Santo, al Dios-Hijo que en Ella asume la naturaleza humana (LG 52). En María, Cristo, Cabeza del Cuerpo místico, une a Él mismo, como miembros, a

todos los hombres. María, verdadera Madre del Dios Redentor, es también Madre espiritual de todo el Cuerpo Místico (cf. LG 53). Por tanto también Madre mía.

"Nuestra experiencia religiosa se llama cristiana porque Cristo es *"nuestra vida"* (Col 3, 4). La salvación en la que el misterio (de Cristo) nos sumerge, nos reforma en Cristo-Señor. Jesús para nosotros es todo: sus sentimientos son nuestros sentimientos, sus ideales son nuestros ideales, su voluntad nuestra voluntad; su carne es nuestra carne, su sangre es nuestra sangre, su Padre es nuestro Padre y su Espíritu es nuestro Espíritu. Toda esta maravillosa realidad nos envuelve y empapa, ya que, su Cuerpo es nuestro Cuerpo"[60].

El Verbo, Palabra eterna del Padre, al hacerse hombre en el seno de María, se hace también Palabra "para nosotros". María acogió en su seno y en la totalidad de su vida esta Palabra eterna de Dios Padre (Jn 1,1; Ap.19,13).

Mirando a María y con Ella en Cristo, movidos por su Espíritu (Rom 8, 14), buscamos el rostro del Padre, ya que el Padre ha sido el primero en mirarnos, nos ha contemplado en el rostro de su Hijo, revelado y donado para nosotros como "nuestra paz" (Ef 2, 14) y nuestra "reconciliación" (Rom 5, 11) por María y en María.

La humanidad de Cristo es ya la única forma en que el Hijo eterno existe para siempre –mientras Dios sea Dios– y en la que todos nosotros estamos adheridos a Él como nuestra Cabeza y por Él inherentes al Padre, de forma que podemos decir que ya nunca habrá Dios sin hombre, ni habrá afirmación del hombre sin Dios. En su humanidad gloriosa seremos glorificados para siempre. La visión beatífica de los bienaventurados en el cielo incluye la mediación de la humanidad de Cristo resucitado[61].

Cristo-Jesús, Dios y hombre, el hijo de María, es la Verdad que nos enseña (Tit 2,12); es el Camino que nos conduce a la vida (Jn 14,6). Está presente en la Iglesia. En Él toda la humanidad está invitada a entrar en comunión con Dios. Por todos los hombres intercede María.

Acto de confianza en María

❧ *Madre de mi Señor, Madre y Señora mía: Reconozco agradecido tu soberanía de amor sobre mí.*

Quiero cumplir tu palabra: ***Haced lo que Él os diga*** (Jn 2, 5.11).

Con tu auxilio quiero seguir a Jesús. Quiero imitarte: Tu vida humilde ilumina a toda la Iglesia.

Gracias por tu amor de Madre: me conoces por mi nombre y me amas. Por voluntad de Jesús eres Madre mía "en el orden de la gracia" (LG 61). *Quiero recibirte en mi casa, en mi corazón, como te recibió el discípulo amado de Jesús* (cf. Jn 19, 26-27).

Con tu ayuda, Madre Inmaculada, suscitada por el Espíritu Santo, quiero vivir en tu presencia, bajo tu mirada; quiero unirme a ti en el amor al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Quiero imitar tu obediencia incondicional a Dios Padre: ***He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*** (Lucas 1, 38).

Contigo, Madre, me uno a la entrega que Cristo-Jesús hizo de sí mismo al Padre por la salvación de los hombres[62].

Pongo en tus manos lo que tengo y lo que soy, mi persona y mi vida. Te confío toda mi actividad y todo mi ser: mis facultades y sentidos, mis afectos y deseos, mis propósitos, mis temores y esperanzas, mis sufrimientos y alegrías.

"Soy todo tuyo y todas mis cosas son tuyas".

Que contigo descubra yo en todas las cosas que ***"Dios es amor"*** (1Jn 4, 8.16; Lc 1, 38.46).

Que mi vida sea contigo un canto de acción de gracias a Dios: ***Proclama mi alma la grandeza del Señor...*** (Lc 1, 46).

Quiero ser siervo tuyo para que tu Hijo, Jesucristo, sea plenamente mi Señor; mi "único Señor" (Tu solus Dominus).

Con tu intercesión maternal, condúceme a la unión de amor filial con el Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo.

Santa María, Madre de Dios: Por mediación de Jesús, suplica al Padre me conceda el don del Espíritu Santo.

Madre de la Iglesia: Intercede por mí para que el Santo Espíritu me haga crecer cada día en la unión con Jesús y en el amor a su Iglesia, en la fidelidad a la verdad, al amor y a la unidad; en "espiritualidad de comunión", en "comunión misionera"[63].

Madre mía, suplica para la Iglesia y para mí, la gracia de imitar tu amor de Madre en la acción evangelizadora. Amén (cf. LG 65; 1 Tes 2, 7ss).

Oración por quienes ejercen una misión pastoral

❧ *Madre Inmaculada, Madre de la Iglesia, te ruego por la santidad de vida de los sacerdotes, de las personas consa-*

gradas, de todos los seglares especialmente comprometidos en la acción pastoral de la Iglesia; que todos ellos, dóciles al Espíritu Santo, se purifiquen y renueven "para que el signo de Cristo brille con más claridad en el rostro de la Iglesia" (LG 15; GS 43).

Oración por la propia vocación

❧ *Santísima Virgen María:*

Tú, que has sabido dar a Dios toda tu persona y toda tu vida, respondiendo así en plenitud a la elección de amor con la que te había elegido desde toda la eternidad; a ti te doy mi vocación para que me la digas y la realices.

Estoy totalmente seguro de ti.

Enséñame a dejarme conducir por tu obediencia sin medida al Espíritu Santo. Amén.

Reina y Madre de misericordia

No podremos comprender la grandeza del amor de Dios al enviar a su Hijo Unigénito al mundo para remisión de nuestros pecados si no percibimos el misterio del pecado. Por otra parte no podremos percibir la gravedad del pecado si no contemplamos al Hijo de Dios clavado en la Cruz por todas nuestras culpas. El Hijo de Dios se ha hecho hombre para comunicarnos la vida divina (cf. Jn 3,16; 10,10). Pero esto supone que ha venido para otorgarnos el perdón de todo pecado. *"Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores; el primero de ellos soy yo"* (1 Tim 1,15).

El pecado es prescindir de Dios. En su dinámica más profunda es negación de Dios, es querer que Dios no exista, voluntad de que el hombre existe sin Dios, pretensión de que el hombre sea el único *dios* del mundo. La fe es, por el contrario, radical aceptación de Dios como fundamento de nuestro ser y de nuestra libertad, como Amor viviente, personal, infinito que se nos da al darnos a su Hijo Jesucristo.

Cuanto más amemos a Dios más conscientes seremos de nuestros pecados y más vivo será nuestro arrepentimiento y más capaces seremos de comprender y amar a nuestros hermanos:

❧ *Con mis pecados, Dios mío, he ofendido tu santidad, te he traicionado, he negado tu amor creador y redentor, he sido infiel a tu alianza de amor, he resistido a la misión que me has confiado, he despreciado tus reiteradas invitaciones, no he querido escucharte, he rechazado tu amistad, he abusado de tu paciente misericordia, he dañado a la Iglesia. Perdóname, Señor, por la Pasión y Muerte de tu Hijo Jesucristo y la especial intercesión de la Virgen Santísima. Padre misericordioso y santo, sólo tú conoces el abismo del pecado: confío en tu amor, tú eres 'compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia'* (Sal 102,8; Ex 34, 6): *perdona mis pecados. "**Lava del todo mi delito, limpia mi pecado", "crea en mí un corazón puro"*** (Sal 50/51, 4.12). *Confío en tu bondad: "**Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré su fidelidad por todas las edades"*** (Sal 88, 2).

❧ *Jesús, Hijo de Dios vivo, Dios y hombre verdadero, Salvador mío: por tu muerte aceptada con amor nos libras del pecado y de la muerte eterna. Desde la Cruz nos ofreces el perdón de Dios Padre: perdóname, Señor; una palabra tuya bastará para sanarme* (cf. Mt 8,8). *Sin ti no hay perdón para mí. Ten misericordia de mí que soy pecador; concédeme tu paz* (cf. Lc 18,13)*: mi vida entera está presente ante tu mirada de amor; la conoces minuto a minuto. Concédeme el don de tu Espíritu para reconocer agradecido tu inmensa misericordia y reparar las ofensas y la falta de amor con que he*

correspondido a tu amor; confío en tu amor misericordioso que nos espera siempre. Confío en la súplica incesante de la Virgen María, Madre de los pecadores.

❧ *Señor, Jesús, "**si quieres puedes limpiarme**"* (Mc 1, 40). *Tú eres **el Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo*** (Jn 1, 29.36). *Tú que ofreciste el don del agua viva a la samaritana, que perdonaste a la mujer pecadora y a la adúltera, que prometiste el paraíso al ladrón arrepentido, tú que perdonaste a Pedro y convertiste a Saulo en Pablo, ten compasión de mí; ten misericordia de todos los pecadores*[64]. *Te lo suplico por la intercesión de tu Madre que, por gracia tuya, es también Madre de todos los hombres.*

El retorno del hombre a Dios exige una conversión, el giro total de su vida. Y eso sólo lo puede hacer Dios: *"conviértenos y nos convertiremos; haznos volver y volveremos"* (Jr 31,18; Lam 5,21). No basta saber (cf. 1Cor 13,2): "La inteligencia sin la correspondiente conversión al bien y a la verdad solamente es un arma"[65]. Sólo Dios puede cambiar la orientación del ***ser y del pensamiento*** que el pecado imprime al hombre, ya que a la vez que una ofensa personal a Dios el pecado implica una deformación real de la propia estructura del hombre. Y éste, por sí mismo no puede perdonar ni reconstruirse a sí mismo. Sólo el perdón y una nueva creación por Dios pueden "salvarlo" de esa degradación-condenación que él se ha infligido a sí

mismo. Esta "salvación" nos ha sido ofrecida misericordiosa y gratuitamente por Dios Padre al darnos a su Hijo Jesucristo. En el don de Cristo se incluye la presencia, la cercanía, la intercesión incesante de la Virgen María, "Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra".

El misterio de la Pascua en nuestra vida

La vida cristiana es la conformación con Jesús, la participación en su Vida y Muerte para poder participar también en su Resurrección. Experimentamos cada día la tentación de querer evitar el ***Triduo Pascual*** en nuestra vida, de querer salvarnos sin entrar en el misterio de la Vida, Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. Toda auténtica ayuda espiritual a otro tiende a ayudarle a participar en el vivir de Cristo, con la gracia del Espíritu Santo. ¡Sin el Espíritu Santo es absolutamente imposible! Esto nos conduce no a ser menos activos sino a ser más humildes.

La Virgen María ejerce su maternidad espiritual colaborando en nuestro nacimiento como hijos de Dios y educándonos de modo que seamos hijos en Cristo-Jesús, y por tanto, en el misterio de su muerte y Resurrección. Sólo cuando se realice nuestra Resurrección futura llegaremos a ser plenamente hijos de Dios Padre (Rom 8,23.29-30).

San Pablo nos da testimonio de cómo a través de los sufrimientos de su ministerio apostólico, y de los consuelos que el Señor le concede, participa en el misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo:

"¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios. Pues así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación. Si somos atribulados, lo somos para consuelo y salvación vuestra; si somos consolados lo somos para el consuelo vuestro, que os hace soportar con paciencia los mismos sufrimientos que también nosotros soportamos" (2 Cor 1, 3-6).

Todo hombre, en sus padecimientos, puede hacerse también partícipe del sufrimiento redentor de Cristo. Escribe el Apóstol: "*Apretados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes la muerte de Cristo, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal... sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará"* (2 Cor 4, 8-11.14).

En medio de los sufrimientos no le falta el consuelo de Dios: *"Tengo franqueza para hablaros... Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones"* (2 Cor 7,4).

San Pablo en otros pasajes de esta Carta, polemizando con los corintios, nos describe algunos sufrimientos de su vida apostólica:

"Cinco veces recibí de los judíos los cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez apedreado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé en alta mar. Viajes frecuentes; peligros de ríos; peligros de salteadores; peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre falsos hermanos; trabajos y fatigas; noches sin dormir, muchas veces; hambre y sed; muchos días sin comer; frío y desnudez. Y aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria: la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿ Quién sufre escándalo sin que yo me abrase?" (2 Cor 11, 24- 29)

En la Carta a los Colosenses muestra San Pablo cómo su manera de vivir y sufrir por y para el anuncio del Evangelio y de la Iglesia, es un modo de participar en las tribulaciones de Cristo:

"Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, en favor de su Cuerpo que es la Iglesia, de la cual he llegado a ser ministro, conforme a la misión que Dios me concedió en orden a vosotros para dar cumplimiento a la palabra de Dios" (Col 1, 24-25). *"Quiero que sepáis cuán dura lucha estoy sosteniendo por vosotros y por los de Laodicea, y por todos los que no me han visto personalmente, para que sus corazones reciban ánimo y, unidos íntimamente en el amor, alcancen en toda su riqueza la plena inteligencia y perfecto conocimiento del misterio de Dios"* (Col 2, 1-2).

Pablo expresó de forma sintética y enérgica su unión con Cristo: *"Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí"* (Gál 2, 19-20).

Los testigos de la Pasión de Cristo son a la vez testigos de su Resurrección. Escribe San Pablo: *"Para conocerle a Él y el poder de su Resurrección y la participación en sus sufrimientos, conformándome a Él en su muerte por si logro alcanzar la Resurrección de los muertos"* (Flp 3, 10-11).

Los Apóstoles, testigos de la Pasión y Resurrección del Señor, estaban convencidos de que "*por muchas tribulaciones nos es preciso entrar en el Reino de Dios"* (Hch 14, 22).

También participamos del misterio Pascual en los sacramentos especialmente en el Bautismo (Rom 6,4ss) y en la Eucaristía (1 Cor 10, 14-17; 11, 23-27). Recibiendo los sacramentos, por la acción del Espíritu Santo, nos unimos a Cristo, en su ofrenda al Padre. Es una participación real, espiritual, con la eficacia propia del Espíritu. Pero esta participación sacramental no es separable de ***nuestra participación existencial***, en la ofrenda de Cristo, con la gracia del mismo Espíritu Santo, por la fe y el amor, en nuestra vida cotidiana (cf. Gál 5, 22- 26).

Estas experiencias del Apóstol reflejan lo que ha sido la historia de la evangelización hasta hoy. Participamos en el misterio de la Pascua viviendo en una actitud de ofrenda permanente a Dios Padre, en unión con la ofrenda de Cristo-Sacerdote, bajo la acción del Espíritu Santo[66]. Hacer de nuestra vida una ofrenda de amor al Padre es llevar cada día pacientemente, con amor, la Cruz de Cristo, negándonos a nosotros mismos y uniéndonos a Él, cumpliendo en todo la voluntad del Padre, con la fuerza del Espíritu Santo[67].

San Juan de la Cruz escribe en una carta de la M. Ana de Jesús: "entreténgase ejercitando las virtudes de mortificación y paciencia, deseando hacerse en el padecer algo semejante a este gran Dios nuestro, humillado y crucificado; pues que esta vida, si no es para imitarle no es buena" (carta 25; 6-VII-1591). Y en una de las etapas más dolorosas de

su vida, marginado por el rechazo y la injuria, escribe a la M. María de la Encarnación: "No piense en otra cosa sino que todo lo ordena Dios. Y adonde no hay amor, ponga amor y sacará amor..." (carta 26; 6-VI-1591).

Hacerse en el padecer semejante a Jesús significa hacerse semejante a Él en el amor. María Santísima asociada a Cristo durante toda su vida terrena y especialmente en el Calvario, nos ayuda con su ejemplo y su intercesión, a parecernos a Jesús y a participar en su Pasión, Muerte y Resurrección. Y además, como dice Juan Pablo II: *"Con María*, Madre de Cristo, que estaba *junto a la Cruz*, nos detenemos ante todas las cruces de los hombres de hoy"[68].

Le rogamos a María suplique al Espíritu Santo que haga de nosotros una ofrenda permanente de amor (cf. Rom 12, 1-2) e imprima en nuestro corazón el propósito de "no hacer sino aquello que uno puede ofrecer al Buen Dios" (Santo Cura de Ars)[69].

Con la intercesión de la Virgen María confiamos que el mismo Espíritu Santo nos incline "a no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos más a Dios" (Sta. Teresa de Jesús, V 40,3); que el mismo Espíritu infunda en nuestra alma "la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios" (Sta. Teresa de Jesús, 4M 1,7) y que nos haga comprender que "todo es nada y menos que nada lo que se acaba y no contenta a Dios" (Sta, Teresa de Jesús, V 20,26).

Santa Teresa de Jesús nos advierte: "No ha de faltar Cruz en esta vida, aunque más hagamos, si somos del bando del Crucificado" (Carta 194, 4).

La Santísima Virgen nos hará sentir que cuando amamos a Jesús, se hace ligero y suave el yugo del Señor y hasta lo más pesado e incluso lo imposible se hace llevadero y leve (cf. Mt 11,30)[70].

❧ *Señor Jesucristo, no podré ser discípulo tuyo si tu Cruz no recae también sobre mí, si no me toca una parte de tu Pasión. Tú sabes, Señor, que soy débil. Confío en ti. Cuando se cierna sobre mí la angustia de tu Getsemaní, permanece a mi lado. Concédeme la gracia de decir "sí" a la voluntad amorosa del Padre. Enséñame a consolar a los que sufren. Concédeme tu Espíritu para llevar mi cruz cada día con amor y humildad, con fortaleza y paciencia, y completar así lo que falta a tus tribulaciones a favor de su Cuerpo que es la Iglesia* (cf. 2 Cor 4, 10; Col 1, 24). *Por el don de tu Espíritu, infunde en mí tu amor: "el alma enamorada es alma blanda, humilde y paciente"* (San Juan de la Cruz, D 29).

❧ *Madre Inmaculada, tú escuchaste la profecía del anciano Simeón: "**y a ti misma una espada te atravesará tu alma**"* (Lc 2, 35). *Enséñame a aceptar mi cruz de cada día con los sentimientos de tu Hijo Jesucristo* (cf. Lc 9, 23; Flp 2, 5).

❧ *Señor Jesús, Hijo eterno de Dios Padre, que has tomado la condición de siervo, obedeciendo con amor hasta la muerte y muerte de Cruz* (Flp 2, 7-8). *Te han humillado. Te han golpeado. Te han escupido en el rostro. Te han vestido con un vestido de burlas y te han coronado de espinas. Te han flagelado. Cuelgas de la Cruz. Te han clavado. No te puedes separar de este palo erguido entre cielo y tierra. Tus manos y tus pies heridos, como traspasados por un hierro candente. Y tu alma es un mar de desolación, de dolor, de sufrimiento sin consuelo* (cf. Mt 26, 17-18; par). *Me amaste hasta entregarte por mí, por todos. Has venido a los tuyos y los tuyos no te han recibido* (Jn 1, 11). *Me sigues amando. Has llevado nuestros pecados en tu cuerpo, tus heridas nos han curado* (cf. 1 Pe 2,24). *Tomaste nuestras flaquezas y cargaste con nuestras enfermedades* (cf. Mt 8, 17). *Los responsables de tu crucifixión están aquí, al pie de la Cruz. Ríen. Te injurian. Están convencidos de que tienen razón, de que tributan un homenaje a Dios. Te acusan de blasfemo. Tú exclamas: "**Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen**"* (Lc 23, 34). *Un delincuente miserable está junto a ti también crucificado, y pide que te acuerdes de él y le acoges con amor: "**Yo te aseguro: Hoy estarás conmigo en el paraíso**"* (Lc 23, 32). *Muy cerca de ti está tu Madre. En el discípulo amado nos ves a todos, me ves a mí. Le dices a ella: "**Mujer, ahí tienes a tu hijo**". Luego dices al discípulo: "**Ahí tienes a tu Madre**". Se acerca tu muerte y exclamas con el salmo: "**Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?*** (Mt 27, 36; Sal 21)*: en la máxima desolación y soledad de tu alma, está viva la llama de tu amor al*

*Padre y a todos los hombres, y cumples la obra de nuestra Redención, la mayor de tus obras. Podías decir con el salmista: "**Mi paladar está seco como una teja, y mi lengua, pegada a mi garganta**"* (Sal 21) *y exclamaste: "**¡Tengo sed!**"*(Jn 19, 28). *Tu declinar es tu victoria: "**Todo está cumplido**"* (Jn 19, 30). *Tus ojos, en los que ya se ha hecho la noche, son capaces de ver al Padre: "**Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu**"* (Lc 23, 46). *Jesús mío, me arrodillo bajo tu Cruz. Tú eres mi amor crucificado. Concédeme tu Espíritu para unirme a ti en tu ofrenda de amor al Padre, en la Cruz y en la Eucaristía"* (Rom 12, 1-2; 1 Cor 11, 24-26 par).

Matilde de Madeburgo (1204-1282?) nos ha dejado este precioso testimonio:

❧ *"Señor, Tú estás siempre enfermo de amor por mí, lo has demostrado con tu ser mismo. Me has escrito en tu libro de la Divinidad, me has pintado en tu pura humanidad, me has grabado en la santa herida de tu corazón para no olvidarme jamás; en tus manos, para distribuirme gracias; en tus pies, para no separarte jamás de mí. Oh Amantísimo, permíteme ungirte"*[71].

Causa de nuestra alegría

La participación en el misterio de la Pascua consiste también en olvidarnos de nuestros intereses egoístas para alegrarnos

por la victoria de Jesús el Hijo de Dios, sobre el pecado y sobre la muerte, y gozarnos en su gloriosa Resurrección.

"La alegría cristiana –escribió Pablo VI– es por esencia una participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana, del Corazón de Jesucristo glorificado.

La fuente última de la alegría de Cristo resucitado –y por tanto de nuestra alegría– está en la Trinidad. Jesús vive con una disponibilidad total ante el Padre que llega hasta la donación de su vida humana, con la confianza y la certeza de recobrarla: "*Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente"* (Jn 10, 17-18)". En este sentido, él se alegra de ir al Padre: "No se trata, para Jesús, de una toma de conciencia efímera: es la resonancia en su corazón de hombre, del amor que él conoce desde siempre, en cuanto Dios, en el seno del Padre: *"Tú me has amado antes de la creación del mundo"* (Jn 17, 24). Existe una relación incomunicable de amor, que se confunde con su existencia de Hijo y que constituye el secreto de la vida trinitaria: el Padre aparece en ella como el que se da al Hijo, sin reservas y sin intermitencias, en un palpitar de generosidad gozosa, y el Hijo, como el que se da de la misma manera al Padre con un impulso de gozosa gratitud, en el Espíritu Santo".

Los cristianos estamos llamados a participar en esta alegría de Jesús. Así lo manifiesta Él en la plegaria al Padre: *"Yo les he revelado tu Nombre, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo también esté en ellos"* (Jn 17, 26).

"Esta alegría de estar dentro del amor de Dios comienza ya aquí abajo. Es la alegría del Reino de Dios. Es una alegría concedida a lo largo de un camino escarpado, que requiere una confianza total en el Padre y en el Hijo, y dar una preferencia a las cosas del Reino. El mensaje de Jesús promete ante todo la alegría. Esa alegría exigente, ¿no se abre con las bienaventuranzas?"[72].

También para la Virgen María, la fuente de la alegría es el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ella es la hija predilecta del Padre, la Madre dichosa de Dios Hijo, la morada del Espíritu Santo. A través de María viene a nosotros el Hijo de Dios, como don del Padre.

El Hijo de Dios se hizo hombre en el seno de María y vino al mundo para traer a los hombres la paz y la alegría (cf. Jn 15, 11; 17, 13). Al nacer llenó de alegría a unos humildes pastores (cf. Lc 2, 10). Al resucitar de entre los muertos, inundó de alegría a los discípulos (cf. Jn 20, 20; Lc 24, 41). Ya sentado a la derecha del Padre

envió sobre la Iglesia el Espíritu Santo que es fuente de caridad y de paz y de gozo (cf. Gál 5, 22).

La Iglesia fue comprendiendo gradualmente que la Santísima Virgen, por su cooperación a la Encarnación del Hijo de Dios, es origen y fuente de tanta alegría. La tristeza que Eva había introducido en el mundo, por su desobediencia, María, con su obediencia la transformó en gozo y júbilo. Por ello la venera como "causa de nuestra alegría". En el formulario de la Misa que lleva este nombre, se celebra[73]:

• La elección de Santa María, que desde toda la eternidad "ha encontrado gracia ante Dios" y fue elegida por Dios mismo como morada divina: "*Yo vengo a morar dentro de ti*" (Lct 1, Za 2, 14), *"ciudad de Dios"* a la que *"el correr de las acequias alegra"* (Sal 45[46]. Por esto, en cuanto ciudad-esposa, ha sido vestida de un *"traje de gala"* y envuelta en *"un manto de triunfo"* (Is 61,10). En los textos de esta Misa resuenan expresiones de alegría: *"Alégrate", Virgen María* (cf. Lc 1,28), "*Alégrate y goza, hija de Sión"* (Zac 2, 14); "*Dios te salve... alegría del género humano".*

• El nacimiento de María que "anunció la alegría a todo el mundo" (Pf).

• La visita de María a Isabel, ante la cual pronunció el *Mágnificat*, cántico de alabanza y de júbilo (cf. Lc 1,46-48.49-50.53-54) y el niño saltó de alegría en el vientre de su Madre (cf. Lc 1,39-47) por la venida del Señor.

• El nacimiento de Jesús: Dios "por la Encarnación de su Hijo ha llenado el mundo de alegría" (Colecta): el parto de María "manifestó la luz gozosa" (Pf) y nos trajo "la salvación y el gozo".

• Suplicamos a Dios que "por la fuerza salvadora de su Resurrección, merezcamos llegar a las alegrías eternas" (Después de la comunión).

• La Asunción de Santa María: "su tránsito glorioso la llevó a los cielos donde espera... hasta que podamos alegrarnos con ella, contemplando (a Dios) para siempre" (Pf).

La verdadera alegría cristiana es libertad interior, fruto del Espíritu Santo en nosotros (Gál 5, 13.22-23); es conciencia de ser amados por Dios; no es olvido del pecado sino memoria de la misericordia de Dios manifestada en Cristo; supone salir de nuestro egoísmo ayudar al prójimo y confiar en el Señor: *"Alegraos en el Señor siempre; os lo digo de nuevo, alegraos"* (Flp 4,4-7); *"Alegraos siempre, orad sin interrupción, dad gracias en todas las cosas, esta es*

la voluntad de Dios en Cristo-Jesús para vosotros" (1 Tes 5,16-17). *"Vivid en paz unos con otros. Os exhortamos asimismo, hermanos, a que amonestéis a los que viven desconcertados, animéis a los pusilánimes, sostengáis a los débiles y seáis pacientes con todos. Mirad que nadie devuelva a otro mal por mal, antes bien procurad el bien mutuo y el de todos"* (1 Tes 5, 14- 15; cf. Rom 12, 12). La Virgen Santísima llena del Espíritu Santo intercede por nosotros para que crezcamos en esta alegría espiritual, que es alabanza a Dios, acción de gracias y vida fraterna. Dios lo quiere para nuestras comunidades cristianas.

La Santísima Virgen nos ofrece un testimonio de gozo en el Señor: *"Proclama mi alma la grandeza del Señor,* ***se alegra =exulta*** *mi espíritu en Dios mi Salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava…"* (Lc 1, 46 ss). La palabra greco-bíblica "*agal-liao"* significa saltar de alegría, exultar, con un gozo vibrante que adueñándose de la totalidad espiritual y corporal de la persona, se manifiesta visiblemente con expresiones de fervor y entusiasmo[74]. Esta alegría tiene un sentido de plenitud total, indefinible. Conciencia de felicidad. Bienaventuranza en acto. El gozo de María es respuesta a una palabra divina que vino a su encuentro: ***"Alégrate"*** (Lc 1,28). La Iglesia se une a María todos los días en este cántico de gozosa alabanza y acción de gracias.

No hay verdadera alegría cristiana sin negación de nuestros egoísmos, sin mansedumbre y humildad de corazón.

María, como "esclava del Señor" con su vida humilde y su actitud de servicio nos lleva a seguir a Jesús en la humildad y la mansedumbre: *"Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas"* (Mt 11,24) ¿Estamos dispuestos a compartir con Jesús el último lugar?; *"el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo vuestro, de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar la vida por muchos"* (Mt 20,27-28; Lc 1,48; cf. Jn 13,2-20; Flp 2,1-11).

Hay buenos cristianos, con buena formación, pero que carecen de alegría. Acudan a la especial intercesión de la Virgen María para que reciban esa alegría que es fruto de la presencia del Espíritu Santo.

Para amar a los demás con un amor que no sea sólo esfuerzo de la voluntad es necesario tener gozo y paz en el corazón. Sólo los que son felices pueden amar con un amor desinteresado que procede del fondo del alma. La paz y la alegría verdaderas –compatibles con el sufrimiento– brotan de la intimidad con Cristo, del deseo de estar con Él. "El mayor acto de amor que podemos hacer

para con Dios, es el sentirnos felices con él"[75]. "Sea el Señor tu delicia y Él te dará lo que pide tu corazón" (Sal 36, 4).

La alegría y la acción de gracias

La alegría cristiana acompaña siempre a la acción de gracias y a la alabanza. No es posible imaginar que alguien pueda dar gracias a Dios y alabarle con un corazón dominado por la tristeza. Un hijo de Dios que ama con corazón de hijo sabe que todos los bienes proceden de Dios Padre, gratuitamente. De ahí brota la acción de gracias, la alabanza, la confianza en Dios. Jesús da gracias y alaba al Padre, movido por el Espíritu Santo: *"En aquel momento se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo y dijo: 'Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito..."* (Lc 10,21ss).

"Si reflexionamos un poco, comprendemos fácilmente que no puede ser otro el rasgo principal de la oración filial (de Jesús). ¿Qué cosa significa para Jesús ser Hijo, sino un continuo recibirlo todo del Padre y un continuo reconocer esta relación vivificante? El amor filial es necesariamente un amor agradecido. El Hijo no puede pretender ser él Mismo la fuente del propio ser, de la propia vida, del propio amor. La fuente es el Padre. Si el Hijo quiere ser coherente con

su propio ser, si quiere vivir plenamente en el amor, debe aceptar que está recibiendo, y debe abrirse con gratitud a la inmensa corriente de amor que viene del Padre" (A, Vanhoye)[76].

La gratitud es lo contrario del resentimiento. Mi resentimiento me dice que no se me da lo que me merezco. Se manifiesta a veces como envidia. La gratitud va más allá de lo mío y lo tuyo: afirma gozosamente la verdad de que todo en la vida es ***puro don de amor, -"todo es gracia"-*** don que yo tengo que celebrar con alegría: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, *se alegra* mi espíritu en Dios mi Salvador" (Lc 1, 46ss) dice la Virgen María. A veces la falta de alegría se debe al afán de poseer bienes que no tengo o al temor de perder los que tengo. Es olvidar que, por gracia y misericordia de Dios, tengo a mi alcance el único bien que me importa, lo único necesario: Dios mismo.

❧ *"Para que nunca la amargura sea*
en mi vida más fuerte que el amor,
pon, Señor, una fuente de esperanza
en el desierto de mi corazón"[77].

En unión con la Virgen María, Madre de Dios y Madre de todos los hombres, te doy gracias Dios mío, por los dones de amor y de gracia que has concedido y concedes a todos los ángeles, a todas y cada una de las almas que has creado y continúas creando

desde el comienzo hasta el final de los tiempos. Gracias por los dones que has concedido a la Virgen María. Gracias por el don de tu Hijo Jesucristo y por el don del Espíritu Santo. Gracias por tu Iglesia y por todos los dones de gracia que le concedes continuamente. Gracias por toda la creación.

El deseo de estar con el Señor en la vida cotidiana

El deseo de estar con el Señor es inseparable del propósito de complacerle y de hacer felices a los demás. Escribe Jean Lafrance:[78] "Yo he dicho muchas veces a los cristianos: 'Si no habéis encontrado la intimidad con Cristo, el verdadero deseo de estar con él, no podéis ser felices'. Y yo creo –añade– que esto es lo que más nos falta en Occidente".

• Santa Teresa del Niño Jesús se expresa así en una composición poética: "Por ti, Hermano divino, sufro gozosamente; mi alegría en la tierra, mi única alegría, es poder alegrarte"[79].

• La Beata Isabel de la Trinidad escribe: "El secreto de la felicidad está en la dulzura del amor de Dios" "El secreto de la felicidad consiste en negarse constantemente"[80].

• Santa Micaela del Santísimo Sacramento manifiesta: "De sabernos vencer depende en gran parte nuestra felicidad.

Cumple con tus deberes, haz la felicidad de los que te rodean, y harás la tuya"[81].

"Nuestra paz, Señor, es cumplir tu voluntad"[82].

"La verdadera felicidad: no tener necesidad de otras felicidades que las que nos vienen de Cristo"[83]. "Sólo una comunidad que, desde su fe, se siente salvada puede transmitir su experiencia y ser capaz de contagiar una esperanza activa y gozosa en el amor que sea Buena Noticia de Felicidad y Salvación. La Trinidad, en definitiva, impele a su Iglesia a vivir confiada y esperanzada en la hondura beatificante del amor enamorado[84].

El gozo de la Pascua del Señor pasa por la Cruz. Y llevar la cruz "de Cristo" supone siempre amor, superación del propio egoísmo. Es unión de fe y amor con el Señor:

"*Como el Padre me amó* –dice Jesús– *yo también os he amado a vosotros;* ***permaneced en mi amor.*** *Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor. Os he dicho esto para que* ***mi gozo*** *esté con vosotros,* ***y vuestro gozo*** *sea colmado"* (Jn 15, 9-11).

Jesús dirigiéndose al Padre en la última cena: *"Pero ahora voy a ti, y digo estas cosas en el mundo, para que tengan en sí mismos* ***mi alegría colmada"*** (Jn 17, 13).

El gozo de la fe viva en Jesucristo, por gracia del Espíritu Santo, tiene fuerza evangelizadora en un ambiente cultural adverso:

*"El Dios de la **esperanza** os colme de **todo gozo y paz** en la fe, hasta rebosar de **esperanza** por la fuerza del Espíritu Santo"* (Rom 15, 13; cf. Gál 5, 22-26).

*"...a fin de que la calidad probada de vuestra fe, más preciosa que el oro perecedero que es probado por el fuego, se convierta en **motivo de alabanza, de gloria y de honor**, en la Revelación de Jesucristo. A quien amáis sin haberle visto; en quien creéis, aunque de momento no le veáis, rebosando de **alegría inefable y gloriosa**; y alcanzáis la meta de vuestra fe, la salvación de las almas"* (1 Pe 1, 7-9).

La alegría y la felicidad del cristiano sólo puede nacer y crecer en un corazón puro. De María Virgen y Madre aprendemos la pureza de corazón (Mt 5,8; Lc 1, 34-35). Desde el primer instante de su existencia, por la gracia especial del Espíritu Santo, estuvo libre de toda mancha de pecado. Ella jamás se sometió al poder del demonio (cf. Gén 3,15); (Ap 12,17).

Ella como Jesús jamás antepuso el amor a una criatura al amor de Dios: nunca se movió por criatura alguna "sino siem-

pre su moción fue por el Espíritu Santo" (San Juan de la Cruz, 3S 2,10) "en la Iglesia ocupa el lugar más alto después de Cristo y el más cercano a nosotros" (LG n. 54).

El Papa Pablo VI nos invita a contemplar a Jesús: "El, palpablemente, ha conocido, apreciado, ensalzado toda una gama de alegrías humanas; de esas alegrías sencillas y cotidianas que están al alcance de todos. La profundidad de su vida interior no ha desvirtuado la claridad de su mirada, ni su sensibilidad. Admira los pajarillos del cielo y los lirios del campo. Su mirada abarca en un instante cuanto se ofrecía a la mirada de Dios sobre la creación en el alba de la historia. Él exalta de buena gana la alegría del sembrador y del segador; la del hombre que halla un tesoro escondido; la del pastor que encuentra la oveja perdida o de la mujer que halla el dracma; la alegría de los invitados al banquete, la alegría de las bodas; la alegría del padre cuando recibe a su hijo, al retorno de una vida de pródigo; la de la mujer que acaba de dar a luz un niño. Estas alegrías humanas tienen para Jesús tanta mayor consistencia en cuanto son para Él signos de las alegrías del Reino de Dios". Evoca Pablo VI la satisfacción y la ternura de Jesús, cuando se encuentra con los niños deseosos de acercarse a El, con el joven rico, con los amigos que le abren las puertas, como Marta, María y Lázaro; o ante la conversión de la pecadora, o de publicanos como Zaqueo, o ante la generosidad

de la viuda pobre, o cuando comprueba que los más pequeños tienen acceso a la revelación del Reino, escondida a los sabios y prudentes (cf. Lc 10,21). "Si Jesús irradia esa paz, esa seguridad, esa alegría, esa disponibilidad, se debe al amor inefable con que se sabe amado por su Padre"[85].

¿Sabemos ver la bondad y la Providencia de Dios Padre en las cosas pequeñas? ¿Tratamos de verlas con la mirada de Jesús? ¿sabemos alegrarnos de las pequeñas cosas sencillas de cada día, como de otros tantos dones de Dios? Esa humilde historia de cada uno de nosotros también cabe dentro del Magníficat de la Virgen María, y no está fuera de la gran historia de la salvación en la que Dios ha hecho que todo tenga a Cristo por Cabeza (cf Ef 1, 10).

En la Plegaria Eucarística V/a el sacerdote celebrante suplica que "caminemos alegres en la esperanza y firmes en la fe, y comuniquemos al mundo el gozo del Evangelio".

En la Plegaria V/c el sacerdote pide "que todos los miembros de la Iglesia sepamos discernir los signos de los tiempos y crezcamos en la fidelidad al Evangelio; que nos preocupemos de compartir en la caridad las angustias y las tristezas, las alegrías y las esperanzas de los hombres, y así les mostremos el camino de la salvación".

"Las relaciones entre Dios y el hombre en la Biblia están vistas en esta perspectiva de gratuidad, de holgura, de gozosa reciprocidad, por la cual Dios se dirige al hombre y el hombre se encuentra ante Dios. Sin utilizarse mutuamente para nada, sin recabar ni reclamar nada como no se reclama nada en el amor, ni el sol que alumbra reclama nada al ojo que lo contempla, ni la rosa a la luz con que florece. Sencillamente están uno delante del otro, existiendo, siendo en la reciprocidad constituyente del amor y la libertad; sin necesidad ninguna y en total espontaneidad oblativa. En esa gratuidad precedente es donde hay que situar la gloria del hombre, constituida en la luz, en el peso del ser de Dios. Esa es su libertad para ser, para estar gozosamente en el mundo, para dejarse plenificar por el que es fuente del ser, para revestirse de su gloria y gloriarse con ella. Es significativa la concordancia entre los profetas del Antiguo Testamento hablando de la gloria de Dios y los místicos cristianos hablando de su hermosura: verse en ella y holgarse con ella"[86]. Complacerse en esta gloria y hermosura de Dios es uno de los rasgos de la alegría cristiana.

Una manifestación de esta gloria y de este gozo es la fiesta: "Las fiestas de Yahvéh eran el hontanar de la alegría de los hombres, porque en la fiesta se pasa de la cotidianidad padecida o gozada al fundamento que la sostiene, de los límites que nos atenazan, al Ilimitado que nos abarca abriéndonos a su inmensidad, de nuestra

diaria historia salvífica, en la que el hombre y Dios se han encontrado y reconciliado para siempre". "La gloria de Dios, el culto, la fiesta y la gloria del hombre han ido siempre juntos en la experiencia religiosa". "Sólo podremos reconocer, consentir y creer en Dios superando el pensamiento utilitario funcional que la razón instrumental primero y luego la técnica han universalizado; y abriéndonos al desasimiento, a la serenidad, la gratuidad, el don sin retorno, la gracia sin cobro revertido"[87].

Pablo VI dedica también una página a ponderar la alegría desbordante de la Virgen María: "Junto a Cristo, Ella recapitula todas las alegrías, vive la perfecta alegría prometida a la Iglesia" "Sus hijos de la tierra, volviendo los ojos hacia la Madre de la esperanza y Madre de la gracia, la invocan como causa de su alegría"[88].

La Virgen María, luz que ilumina el sentido de la castidad cristiana

Un aspecto de la presencia del misterio de la Pascua del Señor en nuestra vida es el seguimiento de Jesús en sus enseñanzas y en su vida sobre la virtud de la castidad.

En la presente situación de la cultura dominante de Occidente, hablar de "castidad cristiana" es un acto "contracultural".

La gran industria de los medios de comunicación social, en muchos casos al servicio de poderosos intereses económicos, lanza sobre nuestra sociedad una especie de permanente "lluvia ácida" que corrompe valores como la castidad cristiana, y otros relacionados con ella como la dignidad de la vida y del cuerpo humanos, el matrimonio de varón y mujer, etc. Puede afirmarse que todo cuanto se refiere a la sexualidad humana se ha convertido en un simple bien de consumo, absolutamente separado del valor del amor humano, de la procreación dentro del matrimonio, etc. Piénsese por ejemplo en las redes internacionales de prostitución, de explotación sexual de niños[89].

Un elemento que hace más grave esta situación es la pretensión de justificar estas formas de conducta con teorías psicológicas y antropológicas que anulan la conciencia moral. Es una pretensión muy antigua: *"No sólo practican estas cosas, sino que aprueban a los que las cometen"* (Rom 1, 32; Gén 2, 17; 3,11-13).

En cierto modo hemos regresado a la situación de inmoralidad generalizada que el apóstol Pablo encontró en Grecia y en Roma:

"Dios los entregó a las apetencias de su corazón hasta una impureza tal que deshonraron entre sí sus cuerpos; a ellos que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvie-

ron a la criatura en vez del Creador que es bendito por los siglos. Amén" (Rom 1, 24-25).

"*Los entregó Dios a pasiones infames; pues sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra naturaleza; igualmente los varones abandonando el uso natural de la mujer se abrasaron en deseos los unos por los otros, cometiendo la infamia de hombre con hombre, recibiendo en sí mismos el pago merecido de su extravío"* (Rom 1, 26-27).

Es comprensible que en este ambiente la predicación cristiana sobre el matrimonio indisoluble de un varón y una mujer, la virginidad, etc. resultara verdaderamente escandalosa. Los mismos apóstoles encontraban difícil aceptar el matrimonio indisoluble (cf. Mt 19, 1-12). En los primeros siglos de la historia de la Iglesia la existencia de las vírgenes cristianas, y posteriormente de los monjes y monjas que con su vida imitaban la castidad de Jesús y de la Virgen María, era algo incomprensible para los paganos. Todavía hoy cuando la Iglesia se opone a la poligamia en países donde está establecida, encuentra la incomprensión incluso de muchos que se sienten atraídos por el Evangelio.

Pero la palabra de Jesús permanece viva en su Iglesia:

• *"Habéis oídos que se dijo: No cometerás adulterio. Pues yo os digo: todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio en su corazón. Si, pues, tu ojo derecho te es ocasión de pecado, sácalo y arrójalo de ti…".* (Mt 5,27).

• *"De dentro del corazón salen las intenciones malas, los asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias. Esto es lo que hace impuro al hombre"* (Mt 15,19-26; cf. 1 Cor 6,9; Hbr 13,4; 2 Pd 2,14).

• *"Él les dijo: quien repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra aquélla; y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio"* (Mc 10,11= Lc 16-18).

• *"¿No habéis leído que el Creador, desde el principio, los hizo varón y hembra, y que dijo: por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne? de manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre"* (Mt 19,4-6).

• *"Mas Él les respondió: no todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido. Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por*

el Reino de los Cielos. Quien pueda entender que entienda" (Mt 19, 11-12)[90].

¿Todos llamados a vivir con un corazón puro?

La pureza de corazón a la que nos llama Jesús no se refiere sólo al ámbito de la castidad, sino a todas las esferas de nuestra vida. Pero sin pureza de corazón, sin rectitud moral, contra toda tendencia posesiva y egoísta no puede florecer la castidad cristiana.

Todos estamos llamados a la castidad. Esta virtud es dominio de sí, es conquista de libertad interior. Supone un esfuerzo moral en todas las edades de la vida (cf. Tit 2, 1-6). Pero no es sólo fruto del mero esfuerzo espiritual. Es también y de modo primordial gracia, don de Dios, que hemos de pedir a Dios con oración humilde y perseverante. Hemos de colaborar con la acción del Espíritu Santo en nosotros (cf. Gál 5, 22-24).

La castidad cristiana se realiza de forma en cierto modo diversa según la vocación y el estado de vida: casados, solteros, viudos, o los que se han consagrado a Dios en el celibato por el Reino de los Cielos (cf. 1 Cor 7, 25-40). Pero todos hemos sido constituidos, por el Bautismo y la gracia, en verdaderos templos del Espíritu Santo, en nuestro cuerpo y en nuestra alma[91]. Todos hemos sido "revestidos

de Cristo" (Gál 3,27). A los ojos de Dios, nuestro cuerpo, incluso en su dimensión sexuada, es una realidad sagrada. Aunque "cada uno tiene su propio don" (1 Cor 7, 7).

Los que han sido llamados al "celibato por el Reino de los Cielos" han de renunciar al amor conyugal para abrirse a un amor más universal, con expresiones concretas de servicio, en las que prevalece el "amor oblativo", el don de sí mismo a Dios y al prójimo, el amor "indiviso" a imitación de Cristo. El celibato por el Reino de los cielos es participación en el amor virginal de Jesucristo a la Iglesia (cf. Ef 5,2 ss. 25-27). Es prefiguración del estado de la Resurrección: "*cuando resuciten de entre los muertos* –les dijo Jesús– *ni ellos ni ellas se casarán, sino que serán como ángeles en el cielo"* (Mc 12, 25)[92]. Quienes fieles a su vocación viven gozosamente este don lo suscitan en la comunidad cristiana.

El misterio de la castidad de Jesús es el misterio de su amor al Padre y a todos los hombres, de su Pasión y Muerte en la Cruz, como ofrenda total de sí mismo. Tiene un carácter de plenitud humana y de totalidad de caridad. Análogamente podemos decir que la Virgen María, al dar su consentimiento al plan de Dios sobre su vida expresa su entrega total a Dios aceptando la maternidad virginal, con la fuerza del Espíritu Santo.

Cristo es el Esposo que "*ha amado a la Iglesia y se ha entregado por ella"* (Ef 5,25). Esta entrega de Jesús sirve de modelo para los esposos y para los célibes.

Hay que situar la visión cristiana de la castidad en un concepto más amplio: la llamada al amor total a Dios como fuente de libertad interior. Para vivir en comunión con Cristo y con el Padre en el Espíritu Santo, hemos de aspirar a la perfección en la caridad, a amar a Dios con todo el corazón (Mt 22,37-38). Este amor total y pleno sólo puede crecer en un corazón libre de otros afectos que no estén pura y rectamente ordenados a la gloria de Dios (cf. Mt 6,24).

El amor a Dios Padre, en unión con Jesucristo con la fuerza del Espíritu Santo, si es amor verdadero, es unión con la voluntad divina de modo que no queramos nada que Dios no quiere. Esto lleva consigo como algo intrínseco al mismo amor, la renuncia a egoísmos, la negación de nuestras apetencias desordenadas, la integración de nuestros deseos y de nuestra afectividad en Dios, la armonización de nuestros impulsos contradictorios en el amor a Dios y en el amor al prójimo, la aceptación paciente y humilde de la adversidad y de la cruz por amor a Cristo crucificado. Con la gracia del Espíritu Santo es preciso purificar nuestro amor de modo que en todas las cosas sólo busquemos la mayor gloria de Dios[93].

Jesús "decía a todos: *'si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día, y sígame..."* (Lc 9,23).

La esperanza en la vida eterna es condición de posibilidad para el seguimiento de Jesús: "*porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros*" (Rom 8,18); "*en efecto, la leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna, a cuantos no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las cosas visibles son pasajeras, más las invisibles son eternas*" (2 Cor 4, 17-18), "*la apariencia de este mundo pasa*" (1 Cor 7,31).

En todo momento es necesario que tengamos ante nuestra mirada de fe la presencia de Jesucristo:

"...y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la Cruz sin miedo a la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios. Fijos en Aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo. No habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado" (Hbr 12, 2-4).

Es imposible sostener esta lucha sin una ayuda especial del Espíritu Santo. Esta gracia se nos ofrece sobre todo si somos fieles a la exhortación que Jesús nos hace de acudir incesantemente a la oración. Jesús nos enseña que *"es preciso orar siempre y nunca desfallecer*" (Lc 18, 7)[94]; "*yo os digo: pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, el que busca halla; y al que llama le abrirán"* (Lc 11, 9-10; cf. Mt 7, 7-11).

Junto a la oración no debe faltar nunca la Comunión Eucarística en la que Jesús se nos da como alimento cotidiano para sostener nuestras fuerzas en nuestro caminar hacia el Padre (Jn 6, 53-57). Igualmente hemos de recurrir al sacramento de la Reconciliación (cf. 2 Co 5, 18ss).

Mientras vivimos en este mundo podemos ceder a la tentación y apartarnos, por el pecado, de la amistad con Dios y perder la vida de Dios en nosotros. Por ello hemos de vigilar y orar: "*Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil"* (Mc 14,38). Pediremos a Dios, humildemente con confianza perseverante, el don de su gracia, el don de su Espíritu (cf. Lc 11, 1.13 par). El mismo Espíritu Divino nos ayuda a orar como conviene (cf. Rom 8, 26-27).

María canta la victoria de Dios a favor de los humildes y de los pobres

Jesús en la Cruz vivió la experiencia máxima de despojo y desapropiación, de humillación y pobreza, que es al mismo tiempo experiencia inefable del amor más puro y total a Dios Padre y a todos los hombres. Estamos llamados a seguirle en la pobreza, en la mansedumbre y en la humildad que nos demostró en la Cruz. Hemos de hacerlo siguiendo la lección de María, Madre y Maestra.

"María sobresale entre los pobres del Señor que de Él esperan con confianza y reciben la salvación" (LG 55). En el *Magníficat:* María alaba a Dios; es el centro de su vida. Da gracias porque Dios ha mirado su situación humillada que es la de los pobres de *Yahveh* que ponen su confianza en Dios (Lc 1, 48); Dios *"hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos"* (Lc 1,49-53). Una característica constante de los soberbios según la Escritura: la de arrogarse como propia una superioridad que es exclusiva de Dios, al margen de Dios y por encima de los demás[95].

En el *Magnificat*, María canta la victoria de Dios a favor de los humildes. Expresa la admiración por haber sido constituida Madre de quien –pobre entre los pobres de su pueblo– recibirá de Dios el trono de la realeza perenne prometida por Dios a la casa de David (Lc 1,32-33).

El *Magnificat* sintoniza con las Bienaventuranzas. Según la versión de Lucas: *"¡Ay de vosotros los ricos! ¡Ay de vosotros los que ahora estáis saciados... los que ahora reís...!"* (Lc 6,20-23.24-26). El Evangelio de San Lucas tiene páginas especialmente enérgicas contra los abusos de ***la riqueza*** y el ***poder*** a que alude el *Magnificat* y sobre el ***orgullo***, que es su raíz. Véase la parábola del rico y del pobre Lázaro (Lc 16, 19-31); en el contexto de la última cena la denuncia del uso pagano de la autoridad (= abuso de poder) (Lc 22, 25-27); la parábola del fariseo y del publicano (Lc 19, 9-14); el engreimiento por el saber (Mt 11, 25-25; Lc 10, 21-22). En contraste: Jesús manso y humilde de corazón (cf. Mt 11, 29). Jesús de Nazaret es el arquetipo de la humillación enaltecida (cf. Hch 2,25-28.30-36).

Contando con la intercesión de la Virgen María podemos pedir a Dios, la gracia de convertirnos y seguir las huellas de Jesús y de María:

❧ *Dios Padre misericordioso, fuente de todo bien, tú nos mostraste en la Virgen María tu complacencia por los pobres y humildes que ponen en ti su confianza. En el cántico de María nos manifiestas tu reprobación de los orgullosos, de los ricos egoístas y de los que abusan de la autoridad y del poder; tú amas con amor preferente a los pobres y humildes, a los enfermos, a los que sufren, según se expresó Jesús en palabras y obras. Te suplico una gracia de conversión del corazón para imitar a Jesús y a la Virgen Inmaculada en la humildad y la pobreza, en el amor a los pobres y a los que sufren. Que yo reconozca desde el fondo de mi alma la vanidad y el peligro de las riquezas según las enseñanzas de Jesús*[96].

Con la Iglesia nos sentimos llamados a seguir a Jesús y a la Virgen María: soportando con paciencia la persecución, practicando la humildad y la pobreza, sirviendo con el amor a los pobres, anunciando a todos el Mensaje de salvación (cf. LG 8).

"La Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación, y busca sin cesar la conversión y la renovación" (LG 8).

María, Salud de los enfermos

El afecto maternal de María hacia cada uno de nosotros no se reduce a nuestra vida espiritual. El pueblo cristiano ha invocado siempre e invoca a la Virgen Santísima, con confianza filial, pidiendo su especial ayuda también para todas las situaciones de sufrimiento: la falta de un puesto de trabajo, un viaje difícil, los problemas familiares. Un lugar especial lo ocupan los enfermos. "Salus infirmorum" = "Salud de los enfermos" es uno de los títulos con que la honramos. La enfermedad se hace presente en algún momento o etapa de la vida de la inmensa mayoría de los seres humanos. Ante la enfermedad, María intercederá por nosotros para que Dios Padre nos conceda la salud si nos conviene; purificará nuestras súplicas y nos ayudará a renovar nuestra fe y esperanza en el amor de Dios[97]. Nos llevará a contemplar a Jesús clavado en la Cruz y nos enseñará a unirnos a Él en su ofrenda de amor al Padre. Nos hará comprender que en todos los acontecimientos de nuestra vida interviene Dios para bien de los que le aman y para hacernos semejantes a su Hijo Jesucristo (Rom 8, 28-30). En todos los santuarios marianos del mundo hay testimonios del especial amor de la Virgen María a los enfermos y hacia quienes cuidan de ellos.

La devoción a María y la doctrina social de la Iglesia

Si queremos vibrar al unísono con los sentimientos de la Virgen María hemos de participar con ella en la alabanza de Dios como defensor de los humildes, de los pobres y de los débiles.

Los mismos mandamientos divinos constituyen una defensa y protección de los derechos humanos de los débiles. Son "diez palabras" que resumen y proclaman la Ley de Dios. Pertenecen a la revelación que Dios hace de sí mismo y de su gloria. Son un verdadero don de Dios. Pertenecen a la Alianza de amor de Dios con los hombres. Nos revelan la verdadera humanidad del hombre. Ponen de relieve los deberes esenciales y, por tanto, indirectamente los derechos humanos inherentes a la persona humana. Revelan en su contenido primordial obligaciones graves. Contienen una expresión privilegiada de la "ley natural" (CEC n. 2070-2072).

Los mandamientos divinos guardan estrecha relación con toda la doctrina cristiana sobre la caridad fraterna, cuyo fundamento último está en el amor de Dios tal como se nos ha revelado en Cristo-Jesús.

Para comprender bien este mensaje moral cristiano es preciso advertir que es un mensaje que supone un concepto del

hombre. No es posible hablar bien de Dios si no afirmamos ***la dignidad de la persona humana***, tal como la Iglesia la proclama apoyándose en la revelación divina y en la luz de la razón.

Sólo así se puede defender la dignidad de la mujer, del niño, los valores de la familia fundada en el matrimonio de varón y mujer, los derechos y la dignidad de los trabajadores, del pobre, del desvalido, del enfermo terminal, del enfermo mental, del extranjero, del mismo delincuente, y de "los más pequeños" entre los seres humanos: el embrión humano o el feto. La dignidad de cada persona humana creada a imagen y semejanza de Dios-Trinidad, supone la apertura radical de cada hombre y mujer hacia los demás, con todos los imperativos morales de respeto a los derechos y deberes de cada uno, de solidaridad, servicio al bien común, a la justicia, a la libertad e igualdad, a la reconciliación y la paz. El Concilio Vaticano II nos ofrece una síntesis bella y clara, con orientaciones concretas, en la Constitución *Gaudium et Spes,* principalmente en los capítulos I-IV.

"El Hijo de Dios ha sintetizado las leyes morales en la única norma del amor a Dios y al prójimo. Ama a tu prójimo *como a ti mismo.* Quien no respeta a los demás no se respeta de hecho ni siquiera a sí mismo como hombre. No ama a su verdadero bien quien no ama a los demás *como a sí mismo.* En esto se halla todo el Evangelio y toda la moral humana escrita en el corazón del hombre.

El hombre debe tomar el amor a sí mismo como medida del amor que debe tener hacia los demás. El hombre se realiza como tal, sobre todo cuando adquiere la capacidad de usar rectamente la propia voluntad"[98].

La Iglesia iluminada por el Espíritu Santo, ha meditado a lo largo de los siglos este mensaje divino sobre el hombre y sobre la moral individual y social, ayudada por las enseñanzas de los Santos Padres y teólogos. Desde fines del siglo XIX y durante todo el siglo XX, la ha plasmado, con el Magisterio de los Papas y de los Obispos, en lo que se llama la ***"Doctrina social de la Iglesia"***. Es una doctrina que ha nacido y se ha desarrollado con el propósito de servir al hombre concreto, en los grandes problemas sociales que se han planteado en cada periodo histórico.

Dice Juan Pablo II: "La *doctrina social* tiene de por sí el valor de un *instrumento de evangelización*: en cuanto tal, anuncia a Dios y a su misterio de salvación en Cristo a todo hombre y, por la misma razón, revela al hombre a sí mismo. Solamente bajo esta perspectiva se ocupa de los demás: de los derechos humanos de cada uno y, en particular, del 'proletariado', la familia y la educación, los deberes del Estado, el ordenamiento de la sociedad nacional e internacional, la vida económica, la cultura, la guerra y la paz, así como del respeto a la vida desde el momento de su concepción hasta la muerte" (Enc. *Centesimus annus,* 1-V-1991. n. 54).

Si participamos de la sensibilidad de María no podemos permanecer indiferentes ante el crecimiento y extensión de la pobreza en el mundo, ante las muchas formas de explotación de los seres humanos, a escala nacional e internacional, ante el crecimiento de todas las formas de violación de los derechos humanos, de violencia, de conflictos armados, etc.

❧ *"Cristo, gracias aún, gracias, que aún duele*
tu agonía en el mundo, en tus hermanos.
Que hay hambre, ese resumen de injusticias;
Que hay hombre en el que estás crucificado"[99].

Que la vida, que toda vida sea respetada, desde la concepción hasta su término natural. La vida es un don sagrado, del cual nadie es dueño.

Oración del Papa Juan Pablo II a María, Madre de los que viven:

❧ *"Oh María,*
Aurora del mundo nuevo,
Madre de los vivientes,
a ti confiamos ***la causa de la vida****:*
mira, Madre, el número inmenso
de niños a los que se les impide nacer,

de pobres a los que se les hace difícil vivir, de los hombres y mujeres víctimas de la violencia inhumana,
de los ancianos y enfermos muertos por la indiferencia o por una presunta piedad.
Haz que cuantos creen en tu Hijo
sepan anunciar con franqueza y amor
a los hombres de nuestro tiempo
el ***Evangelio de la vida****.*
Concédeles la gracia de ***acogerlo***
como don siempre nuevo,
la alegría de ***celebrarlo*** *con gratitud*
en toda su existencia
y la valentía de ***testimoniarlo***
con solícita constancia, para construir,
junto con todos los hombres de buena voluntad,
la civilización de la verdad y del amor,
para alabanza y gloria de Dios creador y amante de la vida[100].

La Iglesia alaba cada día a Dios con María: *"Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos"* (Lc 1, 51-53).

La sabiduría de la Cruz

El que quiere ser fiel a Jesucristo no desprecia ningún saber humano legítimo: Así lo expresa San Pablo a los fieles de Filipos: *"Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, todo cuanto sea virtud o valor, tenedlo en aprecio"* (Filp 4, 8); pero el mismo San Pablo invita a continuación a los cristianos a ajustar este saber humano a su enseñanza y testimonio de Apóstol: *"Todo cuanto habéis aprendido y recibido y oído y visto en mí ponedlo por obra y el Dios de la paz estará con vosotros"* (Flip 4, 9).

En ningún caso el cristiano debe aceptar como criterio ***determinante y supremo*** la sabiduría de este mundo, la opinión pública o las ideologías o la cultura dominante. Dice a los fieles de Roma: "*Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto"* (Rom 12, 2). Y es particularmente enérgico contra quienes pretenden hacer de una sabiduría humana camino de salvación o medio para la comunión de vida con Dios. Dirigiéndose a los cristianos de Corinto les dice: *"Así, mientras los judíos piden signos y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, locura para los gentiles; mas para los llamados de Dios, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios.*

Porque la locura divina es más sabia que los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que los hombres" (1 Cor 1, 22-25). Cuando el discurso sobre teología, espiritualidad o acción pastoral, no muestra su conexión con la centralidad de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, carece de lo fundamental.

Para tener la libertad espiritual, la lucidez y la fortaleza que permita al cristiano distanciarse de la cultura dominante y dejarse guiar por la enseñanza y el ejemplo de Jesús, se necesita la asistencia especial del Espíritu Santo que nos convierte y nos lleva a pensar y sentir como Cristo (1 Cor 2, 10-15). Esto supone para el cristiano de hoy, como para el de los primeros siglos, aceptar con paz una cierta marginación social y a veces la persecución. Es la gloria del Señor que resplandece en el rostro de los hijos de Dios. *¡Gracias sean dadas a Dios, que nos asocia siempre a su triunfo en Cristo!* (2 Cor 2,14; 4, 18).

Y si esto es tan decisivo para nuestra vida cristiana ¿cómo no vamos a contar con la especial intercesión de la Virgen María? El mismo Espíritu Santo que la inclina a Ella a interceder por nosotros, nos mueve a nosotros a invocarla a Ella con confianza de hijos, a imitarla, y a ser plenamente fieles a Jesucristo.

María: es la Madre del Hijo de Dios. Por tanto es la hija predilecta del Padre y el templo del Espíritu (cf. LG 52). La Iglesia es ya, y está llamada a ser, cada día más profundamente, a imitación de María, y por su intercesión incesante, comunión con Cristo y con el Padre en el Espíritu Santo, Iglesia de la Trinidad (cf. LG 63 y 65). María es "Mater unitatis" (San Agustín)[101], lo cual indica que su papel materno contribuye a unir a los fieles en comunidad. Y a unirnos a todos con Cristo y con el Padre en el Espíritu Santo. En este papel la Iglesia imita a María.

Todos debemos consagrar nuestra vida, según nuestra vocación, a promover en la Iglesia y entre todos los hombres, la comunión trinitaria que es siempre ***comunión en el amor y en la unidad***[102].

Confiando humildemente en el amor de la Virgen María, Madre de la Iglesia, hagamos meta de nuestra existencia la ***comunión misionera***, un servicio permanente a la ***espiritualidad de comunión,*** una entrega a la ***verdad*** que Dios nos ha revelado, ***al amor*** y a ***la unidad*** que el Espíritu Santo promueve en la Iglesia y en la sociedad.

❧ *Madre y Maestra enséñame a amar a mi prójimo con el amor con que Dios nos ama en Cristo-Jesús y por tanto a querer a cada persona no para mí sino para Dios*[103].

Ayúdame a no aceptar como verdad nada que carezca de amor y a no aceptar como amor nada que carezca de verdad[104].

Tú eres modelo de discreción y delicadeza; enséñame a saber callar, a saber escuchar con amor, a saber hablar con paz y humildad: "Sed todos prontos para escuchar, lentos para hablar y lentos para la ira. Porque la ira del hombre no produce la justicia de Dios" (Sant 1, 19-20).

La unidad entre los cristianos es inseparable de la caridad fraterna. Esta caridad brota del amor a Dios.

El amor cristiano, es decir, la caridad para con Dios y para con el prójimo, en la Iglesia es[105]:

• Un amor que radica en la ***unión de fe viva*** con Jesucristo.

• Un amor que es ***imitación*** del amor con que Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, ama a Dios Padre y nos ama a nosotros.

• Un amor que es ***participación*** del amor de Cristo al Padre y a todos los hombres.

• Un amor que es ***don*** y ***gracia*** del Espíritu Santo que derrama el amor de Dios en nuestros corazones (Rom 5,5; Gál 5, 22ss).

La Virgen María, como Madre nuestra que es, nos educa como hijos de Dios, nos forma en el amor que nos hace semejantes a Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre.

Nuestra vocación es el amor:Amar a Dios y amar al prójimo

He aquí algunos textos fundamentales:[106]

a) Amor a Dios

"Escucha, Israel: Yahvéh es nuestro Dios, sólo Yahvéh. Amarás a Yahvéh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas" (Dt 6, 5).

"Él les dijo: 'Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los profetas" (Mt 22, 36-40= Mc 12, 30ss33= Lc 10, 27).

Jesucristo expresa su amor al Padre cumpliendo siempre y en todo la voluntad del Padre. En la realidad humana del Hijo de Dios, no hay otro sujeto personal que el Hijo eterno de Dios. Este Hijo procede eternamente del Padre y vive para complacer en todo al Padre: *"Les dice Jesús: Mi alimento es hacer la voluntad del que*

me ha enviado y llevar a cabo su obra" (Jn 4, 34) "*Porque no he bajado del cielo para hacer mi voluntad sino la voluntad de Aquél que me ha enviado"* (Jn 6,39). En Getsemaní: "*Padre si quieres aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya"* (Lc 22,42-44;Mt 26,39.42-44; Mc 14,35.36.39)[107].

"En el esquema de la revelación de Cristo ya sólo existe una forma única y concreta de Espiritualidad, que es Jesucristo revelador del amor trinitario de Dios al hombre. Por eso la unidad de la revelación divina reduce la multiplicidad de las actitudes humanas a la *unidad dinámica de la obediencia filial de Jesús*, hasta convertirse en el medio para la manifestación del único amor infinito de Dios. A esta unidad de todas las 'espiritualidades' humanas en Cristo le corresponde la denominación de ***obediencia-amorosa o forma Christi,*** que se despliega y resuelve en obediencia de misión, de actuación y de Pasión. En este centro cristológico de la única misión de Cristo es donde se pone de manifiesto con toda evidencia su absoluta obediencia por amor al Padre y su misma condición de Hijo"[108].

La unión con Dios, según los Maestros de la vida espiritual, consiste en la unión con la voluntad divina:

San Juan de la Cruz: "El estado de esta divina unión consiste en tener el alma según la voluntad con total transformación en

la voluntad de Dios" (1S 11,2). "Unión de semejanza que implica que las dos voluntades... estén en uno conformes" (2 S 5,3). La libertad se alcanza en la unión (1S 4, 6), "cumbre de perfección y libertad" (CB 36,1), en la que "siente nueva primavera de libertad y anchura" (CB 39, 8).

Dijo el Señor a Santa Teresa de Jesús: "¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí" (V,40,1). Dice en otro lugar la misma santa Doctora de la Iglesia: "Quizás no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios y procurar, en cuanto pudiéremos, no le ofender, y rogarle que vaya adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia Católica" (4M 1,7). La perfección cristiana consiste "en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere Su Majestad" (=Dios) (F 5,10).

Santa Bernardita: "El amor fuerte y generoso no consiste en los sentimientos sino en la voluntad firme y constante de sufrirlo todo por complacerle [a Dios] sea de parte de las criaturas sea de nosotros mismos"[109].

Lo más importante no es lo que nosotros podamos decidir, sino que lo hagamos sintonizando con la voluntad de Dios. Su

voluntad es amor y es difícil realizarla afirmando nuestra propia voluntad. Lo que más importa no es el radicalismo de mis decisiones, o los altos ideales que me propongo, sino si esto es una respuesta de amor humilde, disponible, al amor de Dios. Fácilmente emerge de manera sutil la tendencia a hacer del "yo" el centro de todo[110].

Esta actitud de entrega total e incondicional a la voluntad divina es la que encontramos en la Virgen María: *"He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra"* (Lc 1, 38). Toda su existencia en la tierra fue comunión plena con su Hijo y con el Padre en el Espíritu Santo.

b) Amor al prójimo:

No es posible amar de verdad a Dios y no participar del amor con que él ama en Cristo a nuestro prójimo.

"Aunque hablara las lenguas de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha.

La caridad es paciente, es servicial; la cariad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su

interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa: Todo lo cree: Todo lo espera: Todo lo soporta" (1 Cor 13, 1-7).

El amor cristiano, la caridad (= agape) no es un amor pasional o egoísta, no es el amor pagano con su carga de instintos carnales y de intereses materiales. Es un amor de benevolencia que busca el bien del otro; no es amor posesivo sino oblativo; se dirige conjuntamente a Dios y a nuestro prójimo; es un amor sin límites como el que nos ha mostrado Jesús al entregarse por nosotros:

"Queridos amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó entre nosotros el amor de Dios: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor; no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de expiación de nuestros pecados. Queridos, si Dios nos ha amado de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios mora en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a la perfección [...] Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre ha enviado a su Hijo, como Salvador del mundo. Si uno confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios mora en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y hemos

creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor: y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él" (1 Jn 4,7-16).

Jesús en la última cena nos propuso el mandamiento nuevo del amor: *"Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros"* (Jn 13, 34-35; 15, 12- 17).

Nuestro Señor nos advierte que estaremos separados de Él para siempre si omitimos socorrer las necesidades graves de los pobres, de los que sufren, de los pequeñuelos que son nuestros hermanos:

"Y el Rey les dirá: 'En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis', 'En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo lo dejasteis de hacer" (Mt 25, 40. 45).

Ante cada uno de nuestros prójimos hemos de pensar: por este hermano mío Cristo murió en la Cruz (cf. 1Cor 8, 11; Rom 14, 15). Hemos de pedir a la Virgen María que nos obtenga de su Hijo la gracia de ver a cada uno de nuestros hermanos con el amor con que Cristo los ama, con la gloria que prepara para cada uno de ellos.

San Juan de la Cruz:

• "¿Qué vale delante de Dios lo que no es amor de Dios?" (3S,30, 5).

• "Quien a su prójimo no ama, a Dios aborrece" (D, 178).

• "Cuanto más crece este amor (del prójimo) tanto más crece el de Dios, y cuanto más crece el de Dios, tanto más éste del prójimo" (3S 23, 1).

• El amor auténtico supone olvido de sí: "no queriendo valer nada en el corazón ajeno" (3S 9, 3). "El amor es obrar en despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios" (2S 5,7). San Juan de Ávila exhorta a "apartar toda amistad de criatura que no sea en Dios"[111]. Sólo entonces seremos en verdad libres.

Acudamos a la especial intercesión de María para que Dios Padre y su Hijo Jesucristo nos concedan el don del Espíritu Santo:

• El Espíritu que derrama en nuestros corazones ***el amor de Dios y la esperanza*** (Rom 5,5).

• El Espíritu que nos da un ***corazón nuevo*** (Jer 31, 31-34; Ez 11, 19; 36,2 ss).

• El Espíritu que nos da un ***corazón limpio*** (Sal 50, 12).

• El Espíritu nos da un ***corazón puro*** (cf. Mt 5, 8¸7, 17; 15,19ss par). Es fuente de ***fortaleza*** (cf. Hch 2, 14 ss).

• El Espíritu que nos hace libres: "donde está el Espíritu del Señor allí está la ***libertad***" (2 Cor 3, 17; Gál 5, 13) y "el fruto del Espíritu" (Gál 5, 22 ss).

❧ *Madre Inmaculada, intercede ante Jesús, para que me conceda un corazón manso y humilde como el suyo* (Mt 11,29)*, un corazón que con ninguna ingratitud se cierre, con ninguna indiferencia se canse, con ningún fracaso retroceda, siempre dispuesto para acoger y amar al prójimo tal como es; un corazón que no sueñe en gozo alguno fuera de Dios; que viva en la acción de gracias incesante a Dios Padre y en la paz que sólo Jesús puede dar; que mis errores pretéritos no amarguen mi vida, sino que me hagan humilde, aceptando con paz mis limitaciones; que yo no pretenda tener delante de Dios más de lo que Dios ha querido para mí; y que mi pesar por el pasado –por mis pecados, por mi falta de amor– sea una contrición humilde nacida del amor*

agradecido a Dios y a su Hijo Jesucristo. Santa María, suplica para mí el don del Espíritu Santo que llene mi corazón de vida eterna.

Amar al que no me ama

El amor cristiano al prójimo se extiende hasta los enemigos: *"Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial"* (Mt 5,43-48; Lc 6,27.32.35; Mt 18, 21-34).

Una actitud religiosa auténtica de culto a Dios, exige al mismo tiempo una actitud de caridad fraterna con nuestro prójimo, incluso con quienes estamos enemistados:

• *"Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda"* (Mt 5, 23).

• *"Si alguno dice: Amo a Dios y aborrece a su hermano, es un mentiroso, pues quien no ama a su hermano a quien ve,*

no puede amar a Dios a quien no ve" (1 Jn 4, 20; cf. 3, 14-16). "Con el amor –dice San Agustín– aclaras tu pupila para ver a Dios"[112].

Jesús desde la Cruz perdonó a quienes le crucificaban: *"Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen"* (Lc 23, 34).

Jesús nos llamó a todos a parecernos al Padre celestial: "*Sed, pues, perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto"* (Mt 5, 48).

"Para todos, pues, es claro que todos los cristianos de cualquier estado o condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad [...] Para alcanzar esta perfección, los creyentes han de emplear sus fuerzas, según la medida del don de Cristo, para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Lo harán siguiendo las huellas de Cristo, haciéndose conformes a su imagen y siendo obedientes en todo a la voluntad del Padre" (C. Vaticano II, LG 40).

"En efecto, todos, por la acción del Espíritu de Dios, obedientes a la voz del Padre, adorando a Dios Padre en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y con la cruz a cuestas para merecer tener parte en su gloria. Sin embargo, cada uno, según sus dones y funciones, debe avanzar con decisión por el camino de la fe viva, que suscita esperanza y se traduce en obras de amor" (LG 41).

"La existencia en la fe es, pues, búsqueda de Dios por Cristo en el Espíritu; una búsqueda que empeña radicalmente todo el ser del hombre en su conocer, decidir y obrar. No puede olvidarse que según san Pablo cuenta únicamente la fe actuada en el amor del prójimo, en el que se compendia la ley del Espíritu (cf. Gál 5, 6). La Carta de Santiago coincide con el concepto paulino de fe, al afirmar de modo tajante que una fe sin amor eficaz de los hombres está muerta (Sant 2, 14-20)". En la fe joánica, que insiste en el 'conocimiento' de Dios en Cristo, tienen igual importancia la confesión de Cristo como Hijo de Dios y la observancia de su mandamiento de amar a los hombres (ortodoxia y ortopraxia)"[113].

María nos dio ejemplo de una entrega total a Dios unida a una sensibilidad especial para percibir las necesidades o problemas del prójimo: en la visita a Isabel (cf, Lc 1, 39s) y en las bodas de Caná (cf. Jn 2, 1ss).

Para que los hijos de Dios podamos responder a esta vocación universal a la santidad siguiendo a Cristo y creciendo en la vida de fe, esperanza y caridad, debemos inspirarnos en el ejemplo de la Virgen María y acogernos a su especial mediación materna.

Un signo de amor: la confianza en el Amado.
María confió en la Providencia de Dios

En la Sagrada Escritura, especialmente en los salmos, y en su experiencia de fe con la luz interior del Espíritu Santo, encontró la Santísima Virgen motivo suficientes para poner toda su confianza en la Providencia de Dios. Vivía la experiencia íntima de que Dios es amor. Ella correspondió con amor. Se confió totalmente a Dios. Esperó, como Abraham, ***"contra toda esperanza"*** (Rom 4, 18). Se fiaba absolutamente de la fidelidad de Dios. Nuestro Dios es roca firme que merece una confianza total.

En toda circunstancia, especialmente en la adversidad, y cuando todo parecía contradecir las promesas hechas por medio del ángel[114], la Virgen Santísima se unió plenamente a la voluntad divina y puso su confianza en la Providencia amorosa de Dios. Todas las etapas de la vida de la Virgen María, cada uno de los días de su existencia en la tierra, están marcados por una confianza total en Dios providente.

Padre Santo, con la intercesión de la Virgen María nos acogemos confiadamente a tu Providencia que nunca se equivoca[115]; tú intervienes en todas las cosas para bien de los que te aman, para hacernos conformes con tu Hijo Jesucristo (cf. Rom 8, 28-29.17).

• *"El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar, me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas"* (Salmo 22).

• *"Descansa en el Señor y espera en él"* (Salmo 36).

• *"Sea el Señor tu delicia y él te dará lo* ***que pide tu corazón"*** (Salmo 36,4).

• *"Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura"* (Mt 6,33).

• *"Dios no se muda; la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta"* (Sta. Teresa de Jesús).

• "Hasta ahora parecíame había menester a otros y tenía más confianza en las ayudas del mundo; ahora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco, y que asiéndome a ellos no hay seguridad, que en habiendo algún peso de contradicciones o murmuraciones se quiebran. Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer es asirnos a la Cruz y confiar en el que en ella se puso" (Santa Teresa de Jesús, Rel 3, 1).

• "La confianza en Dios puede llegar a ser inamovible sólo si se está dispuesto a aceptar todo lo que venga de la mano del Padre. Sólo Él sabe lo que nos conviene" (Edith Stein)[116].

Cristo el Señor que vive resucitado "sentado a la derecha del Padre", comparte con el Padre la soberanía divina. Él, en cuanto resucitado es presencia interiorizada en el mundo como primicia de vida nueva y de esperanza absoluta. Pero a la vez es presencia intercesora ante el Padre.

❧ *Padre mío,*
me abandono a Ti,
haz de mí lo que quieras.
Lo que hagas de mí
te lo agradezco.
Estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que tu voluntad
se haga en mí
y en todas tus criaturas.
No deseo nada más,
Dios mío.
Pongo mi alma
en tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor
de mi corazón,

porque te amo
y porque para mí
amarte es darme,
entregarme en tus manos
sin medida,
con infinita confianza,
porque tú eres mi Padre.

(Ch. De Foucauld = Hermano Carlos de Jesús).

❧ *Tomad Señor y recibid*
toda mi libertad,
mi memoria, mi entendimiento,
toda mi voluntad,
todo mi haber y mi poseer.
Todo es vuestro,
disponed a vuestra voluntad.
Dadme vuestro amor y gracia
que esto me basta

(S. Ignacio de Loyola).

Como la Santísima Virgen, San José es ejemplo de total docilidad a la voluntad de Dios y de plena confianza en la Providencia divina[117]:

• *Madre inmaculada intercede por mí para que, a imitación tuya, y de tu esposo San José yo me fíe totalmente de Dios.*

Está a mi lado

María Santísima participa ya plenamente en cuerpo y alma de la gloria del Señor. Su unión con Jesús resucitado no la separa de nosotros. Cristo resucitado está tan cerca de nosotros hoy como lo estuvo de los discípulos en la mañana de Pascua: puede entrar en relación con cada uno de nosotros con la misma intensidad con que instauró amistad con Pedro, Santiago y Juan. ***"Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos"*** (Hbr 13, 7). Está "en el cielo", y por tanto, también en la profunda intimidad de cada hombre unido a Cristo. Estemos atentos a su presencia. Dios Padre nos dice: ***"Escuchadle"*** (Lc 9, 35). María nos dice: ***"Haced lo que él os diga"*** (Jn 2, 5). Ausencia aparente que es entrañable presencia[118].

María no está separada de Jesús: Ella como Madre está en Cristo muy cerca de los hermanos de su Hijo, muy cerca de mí.

❧ *Gracias Madre porque me amas con el amor con que amas a tu Hijo; me conoces por mi nombre; movida por el Espíritu Santo, intercedes sin cesar por mí, cuidas de mí, me educas, estás a mi lado. Mereces toda mi confianza. Has sido llevada al cielo en cuerpo y alma y estás cerca de cada uno de nosotros en Cristo Jesús. Eres figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada y eres consuelo y esperanza para el Pueblo de Dios, todavía peregrino en la tierra. Con tu auxilio espero estar un día contigo para siempre en el cielo, amando a Cristo y al Padre, en el Espíritu Santo, con todos los bienaventurados.*

Ahora todos los fieles –del cielo y de la tierra–, unidos a Cristo y entre sí por el amor que infunde en nosotros el mismo Espíritu Santo, participamos en diverso grado en el mismo amor a Cristo y al prójimo, y cantamos el mismo himno de alabanza a nuestro Dios. Estamos unidos en Cristo, y por ello de modo especial a la Virgen Santísima, a los ángeles y a los santos (cf. LG 49). Esta unión ahora se expresa y realza sobre todo en la Sagrada Liturgia particularmente en la Eucaristía, por la fuerza del Espíritu Santo (LG 50).

La Iglesia como Pueblo de Dios que peregrina en la tierra, espera el día y la hora en que Cristo, el Hijo de Dios, Señor y Juez de la historia, aparecerá revestido de poder y de gloria, sobre las nubes del cielo:

"En aquel día terrible y glorioso pasará la figura de este mundo y nacerán los ***cielos nuevos*** y la ***tierra nueva.*** El ***mismo Señor*** que se nos mostrará entonces lleno de gloria, viene ahora a nuestro encuentro en ***cada hombre*** y en ***cada acontecimiento***, para que lo recibamos en ***la fe y por amor*** demos testimonio de la ***espera*** dichosa de su reino"[119].

La Virgen María Reina del cielo y de la tierra que ya participa plenamente de la Resurrección de Jesús, nos ayuda con su mediación materna a descubrir con fe, con amor y esperanza, la venida de Jesús en cada hombre y en cada acontecimiento. Ella es Madre de todos los hombres.

Nuestra mirada de fe y esperanza sobre nuestro prójimo, se sitúa en el horizonte de la vida eterna. Todos están destinados a vivir para siempre en comunión de vida y amor con Dios Trinidad. En el cielo contemplaremos "claramente a Dios mismo, Uno y Trino, tal como es"; 'le veré yo mismo, no otro, nuestros propios ojos le contemplarán'; le veré cara a cara; le conoceré como Él me conoce a mí; amaremos a Dios con su mismo amor trinitario, seremos felices con su misma felicidad, felices porque Dios es feliz, porque es feliz la Virgen María, porque son felices todos los bienaventurados (Cf. LG 49; DH 1305; 1 Cor 13, 12; 1 Jn 3, 2).

La esperanza de la vida eterna está implícita en el amor al prójimo a quien se dice: 'Tú no puedes morir' (G. Marcel), Más todavía: 'Tu tienes que vivir' (Gertrud von Le Fort).

Confiando en Cristo resucitado, afirmamos: "Yo sé que mi Redentor vive" (Job 19, 25).

La Iglesia, en la Liturgia, al considerar la función de la Virgen María en la historia de la salvación, la llama con frecuencia "esperanza nuestra" "Madre de la esperanza"; se alegra del nacimiento de la Virgen que "fue para el mundo esperanza y aurora de salvación". En el misterio de la gloriosa Asunción contempla a la Virgen María como "esperanza segura de salvación", que brilla para los fieles "en medio de las dificultades de la vida". En la Misa dedicada a enaltecer a María como "Madre de la Esperanza"[120] venera a la Virgen:

• Porque durante su vida aquí en la tierra alimentó constantemente la "virtud de la esperanza": "confió...plenamente" (Pf) en el Señor y "concibió creyendo y alimentó esperando", al Hijo del hombre, anunciado por los profetas" (Pf).

• Porque, habiendo subido al cielo, se ha convertido en la 'esperanza de los creyentes'; ella ayuda a los que desesperan y es aliento, consuelo y fortaleza de los que acuden a ella.

• Porque precede con su luz a todos los hijos de Adán como 'señal de esperanza segura y de consuelo' (Pf) "hasta que amanezca el día glorioso del Señor".

Por su acción de protección eficaz en la historia, María ha sido invocada como esperanza de los pobres, de los huérfa-

nos, de los humildes, de los que lloran y de los afligidos, de los necesitados, de los desesperados. Más aún, María ha sido "hecha esperanza": "Ave, oh tú que te has hecho toda esperanza a causa de tu Hijo vencedor sobre la muerte"[121].

Imitando a la Virgen María, hemos de entregarnos al servicio de nuestro prójimo y de toda la familia humana, pero sin olvidar que somos peregrinos: nuestra patria es el cielo (Flp 3,20-21; Hbr 11,13-16; 13,14)[122].

La virtud del peregrino es la esperanza. Nos movemos hacia la patria prometida. Para recorrer nuestro camino con buen ánimo necesitamos ante todo una fe viva en el amor con que Dios nos ama a cada uno; es una especie de estupor agradecido: *"Me amó y se entregó por mí" (*Gál 2,20).

A este amor hemos de corresponder: "ama totalmente a quien totalmente se entregó por tu amor" (Santa Clara de Asís)[123]. La fe en el amor que Dios nos tiene sirve de fundamento a la esperanza de salvación para todos los hombres: *"Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad"* (1 Tim 2, 4). Podemos confiar en Jesús, nuestro hermano (Rom 8, 29; Hbr 2, 11.17). Él murió por todos. Es el Buen Pastor de toda la Iglesia y de todos los hombres (cf. Jn 10,11ss). Él está presente en su Iglesia: *"Yo estoy con vosotros todos los*

días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20) Y la Iglesia está en Él (cf. Jn 15,1ss; Gál 3, 28 Ef 4, 4-16; Hech 9, 5). Está comunicando su Espíritu sin cesar (cf. 1Cor 12,2). Permanentemente está intercediendo ante el Padre por nosotros (Rom 8, 34; Hbr 7, 25). Hay una verdadera Alianza de amor entre Dios y nosotros, en Cristo: El derramó por nosotros la sangre de la Nueva y eterna Alianza (1Cor 11, 25; Mt 26,26-29; Mc 14, 24; Lc 22,20). Jesucristo ayer y hoy el mismo por los siglos (Hbr. 13, 8).

La Virgen Santísima proclamó en el *Magníficat: "y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación"* (Lc 1, 50). Esta misericordia de Dios llega también a nuestro tiempo. Los cristianos de la Iglesia primitiva se sentían "descendencia de Abraham" por la fe. La Virgen María anuncia la misericordia de Dios también para la Iglesia de hoy: "*Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia como lo había prometido a nuestros padres* ***a favor de Abraham y su descendencia por siempre"*** (Lc 1, 54-55).

Dios ama también a la presente generación. A pesar de las muchas calamidades y de la presencia poderosa del mal que todo lo corrompe y destruye y del pecado de cada persona y de las estructuras de pecado, tan poderosas y tan bien equipadas técnicamente, Dios sigue amando a los hombres de hoy, en su Hijo Jesucristo. Cristo resucitado sigue actuando "sin cesar" en la historia actual, y continúa enviando su Espíritu e iluminando la mente y el corazón de cada hombre (cf. LG 48; GS 38).

Todo cuanto hay de bien y de verdad viene de Dios Padre por mediación de su Hijo y del Espíritu Santo. Ninguna realidad está fuera de la presencia providente y amorosa de Dios, ni al margen de una presencia soberana, amorosa y activa, de Cristo resucitado, a quien Dios estableció como Cabeza de todo, de lo que está en los cielos y de lo que está en la tierra. Él llena el universo (cf. Ef 1, 10; 4, 10).

Cristo ama su Iglesia y sigue amándola como Esposa suya con aquel amor con que se entregó por ella en la Cruz (cf. Ef 5, 2, 25). Con su amor a la Iglesia nos ama a cada uno (cf. Ap 3, 20). Somos Iglesia amada por el Señor a pesar de nuestras debilidades:

• "La Iglesia continúa su peregrinación 'en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios' (S. Agustín[124]), anunciando la Cruz y la Muerte del Señor hasta que vuelva (cf. 1 Cor 11, 26). Se siente fortalecida con la fuerza del Señor resucitado para poder superar con paciencia y amor todos los sufrimientos y dificultades, tanto interiores como exteriores, y revelar en el mundo el misterio de Cristo, aunque bajo sombras, sin embargo, con fidelidad hasta que al final se manifieste a plena luz" (LG 8).

• "La Iglesia avanza en medio de las pruebas y dificultades y se ve confortada por la fuerza de la gracia de Dios prometida por su Señor. Así, no deja de mantener la fidelidad perfecta a pesar

de la debilidad de la carne, sino que permanece como esposa digna de su Señor y se renueva sin cesar por la acción del Espíritu Santo hasta que por la Cruz llegue a la luz del ocaso" (LG 9).

Hemos de aprender a discernir los signos de los tiempos y atender a los signos de esperanza que podemos encontrar en cada persona y en cada situación humana:

• "El Pueblo de Dios, movido por la fe, por la cual cree que es guiado por el Espíritu del Señor, que llena el orbe de la tierra, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos que comparte con sus contemporáneos, cuáles son los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios" (GS n. 11; cf. n. 4; 44).

Como dice el sacerdote celebrante en la Plegaria Eucarística V: "Te glorificamos, Padre santo, porque estás siempre con nosotros en el camino de la vida, sobre todo cuando Cristo, tu Hijo, nos congrega para el banquete pascual de tu amor. Como hizo en otro tiempo con los discípulos de Emaús, él nos explica las Escrituras y parte para nosotros el pan".

A veces nos inquietamos como si la Iglesia la salváramos nosotros. Recobremos la paz interior y la confianza: a la Iglesia la salva Jesucristo por el don de su Espíritu. La salva valiéndo-

se de la colaboración humana, ciertamente, pero no según nuestros cálculos. En ningún momento está justificada nuestra negligencia. Pero tampoco nuestra impaciencia. Hemos de vivir vigilantes, como nos dice Jesús tantas veces. Con una vigilancia paciente y llena de amor, recordando que en ninguna época la Iglesia ha superado sus crisis por la acción de una sola persona, ni en una etapa de tiempo breve; ni por medio de acontecimientos espectaculares. Algo tan importante y visible como un Concilio Ecuménico, requiere después siglos de lenta maduración. Es necesaria la entrega a veces anónima de muchas personas santas. Jesús nos lo ha ilustrado con una imagen vegetal:

"El Reino de Dios es como un hombre que echa el grano en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo. La tierra da el fruto por sí misma: primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga: Y cuando el fruto lo admite, en seguida se le mete la hoz, porque ha llegado la siega" (Mc 4,26-29).

Sin tu consentimiento, Dios mío, no cae una hoja de un árbol. Confío en ti (Cf. Mt 10, 30-36).

La raíz de la confianza está en la Trinidad

Jesús nos ha revelado que la raíz de la confianza está en la Trinidad:

a) El Padre que alimenta los pájaros y viste los lirios del campo conoce las necesidades de todos sus hijos: *"Vuestro Padre sabe bien lo que necesitáis"* (Mt 6,8). Hay que descansar en él y no inquietarse estérilmente: *"No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis*" (Mt 6, 25). Lo más importante es buscar el Reino de Dios: *"Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura"* (Mt 6,33) *"No temáis, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino"* (Lc 12, 32). La exhortación de Pedro a la primera comunidad cristiana sigue siendo válida hoy para nosotros: *"Confiadle (a Dios) todas vuestras preocupaciones, pues él cuida de vosotros"* (1 Pe 5,7).

b) El Espíritu Santo, enviado para ser nuestro defensor y consolador, asistirá a los discípulos arrestados por su Maestro y acusados ante los tribunales: "*Cuando os lleven a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo o con qué os defenderéis, o qué diréis, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir"* (Lc 12, 11-13).

c) El Hijo nos revela que *"el mismo Padre os ama"* (Jn 16, 27) y que él nos enviará el Espíritu: "*Si me amáis guardaréis mis mandamientos, y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad"* (Jn 14, 15-17).

El fundamento de la esperanza cristiana es Dios mismo, en la actitud personal de la promesa. Dios no promete algo, se promete a sí mismo como Salvador y salvación del hombre. Ahora bien, la promesa divina por excelencia es Cristo; el acto supremo de amor y salvación que Dios ha realizado en la muerte y Resurrección de Cristo, abre el corazón del creyente a una esperanza sin límites[125]; nuestra confianza en Cristo es confianza en la ***persona divina*** del Hijo de Dios, hecho hombre. Es esperanza teologal: su objeto y fundamento es Dios mismo. Con su Espíritu Jesucristo inspira en nuestro corazón el sentimiento de confianza filial en nuestro Padre; es una llamada interna a poner nuestro destino personal en las manos de Dios para siempre.

El mismo Jesús llama a los discípulos "pequeño rebaño" y les exhorta a no tener miedo; a poner la esperanza y confianza en Él (Lc 12, 32). Jesús repitió varias veces esta exhortación a sus discípulos: *"En el mundo tendréis tribulación, pero ¡ánimo! Yo he vencido al mundo"* (Jn 16, 33). Cuando estaba a punto de volver al Padre, después de lavar los pies a sus discípulos les dijo*: "No se turbe vuestro corazón" y añadió: "Yo soy el Camino... Nadie va al Padre sino por mí"* (Jn 14, 1-6).

El pequeño rebaño que es la Iglesia, ha emprendido este Camino que es Cristo, y guiada por Él: *"Cuando ha sacado todas las suyas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen porque cono-*

cen su voz" (Jn 10, 4). Entramos en el círculo vital del amor que es conocimiento mutuo entre el Padre y el Hijo, "*Yo conozco a mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre y el Padre me conoce a mí y doy mi vida por las ovejas"* (Jn 10, 14-15). En la Biblia el "conocimiento" no es actividad meramente intelectual, es experiencia de una presencia de amor (cf. Os 2,22). Estamos en manos del Padre y del Hijo. El Padre ha dado las ovejas a Jesús: *"Nadie puede arrebatar nada de la mano del Padre. Yo y el Padre somos uno"* (Jn 10, 29-30).

La Virgen Santísima está íntimamente asociada a su Hijo en este amoroso cuidado y atención a la Iglesia y a todos los hombres. La Const. *Lumen gentium* del C.Vaticano II concluye así: La Santísima Virgen "en esta tierra, hasta que llegue el día del Señor (cf. 2 Pe 3, 10), ***precede*** con su luz al pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y de consuelo" (LG 68).

La historia es ahora una mujer

"La historia es ahora una mujer, María. El Dios que se revela es un Dios trinitario, comunión, comunidad. Lo humano queda simbolizado en María y concretado en ella. Y a través de ella se revela como Padre que comparte el único Hijo con ella, se revela como Hijo en su seno y en el camino de su vida hasta la Pascua y se revela

como Espíritu que la hace Madre del Hijo y la constituye en principio de Humanidad Nueva e Historia Nueva. María ya forma parte de la misma Historia de Dios. Y Dios se nos ha revelado en ella y por ella. Desde María nuestra fe en el Dios trinitario alcanza nueva luz. En ella encontramos datos suficientes para acercarnos más a este Dios y entenderle mejor"[126].

Juan Pablo II nos invita a unirnos a María en su actitud de esperanza: "María, que concibió al Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo y se dejó guiar después en toda su existencia por su acción interior, será contemplada e imitada... como la mujer dócil a la voz del Espíritu, mujer del silencio y de la escucha, mujer de esperanza, que supo acoger como Abraham la voluntad de Dios *'esperando contra toda esperanza'* (Rom 4, 18). Ella ha llevado a su plena expresión el anhelo de los pobres de *Yahveh*, y resplandece como modelo para quienes se fían con todo el corazón de las promesas de Dios"[127].

Acojamos con respeto este testimonio personal de Juan Pablo II: "Al tiempo que me hacía cargo de los problemas de la Iglesia universal, una vez elegido papa, llevaba conmigo una convicción similar; a saber: que también en esta dimensión universal, la victoria, si ha de venir, será María quien la traiga. Cristo vencerá por medio de ella, porque Él quiso que las victorias de la Iglesia en el mundo contemporáneo y en el futuro vayan unidas a ella"[128].

Esta confianza y esperanza que nos inspira el amor y las promesas de Jesús, y el amor y la solicitud materna de María, ha de estar muy presente en todos los momentos de nuestra vida, pero especialmente en las etapas de dificultad y oscuridad. María acompaña al pueblo de Dios que peregrina en la tierra.

Lo que Dios reserva a los que le aman

La esperanza inquebrantable de María, paciente, silenciosa, probada por largas etapas de espera, por días de desolación, y por acontecimientos trágicos como la Cruz, puede orientar nuestra esperanza de criaturas en este mundo. La luz de su corazón de Madre y la firmeza de su esperanza de creyente, su cercanía junto a cada uno de nosotros, iluminan nuestra vida. Ella nos anima a esperar confiadamente el término de nuestro camino como peregrinos: la bienaventuranza eterna: "*Lo que el ojo no puede ver, lo que el oído no puede oír, lo que la inteligencia humana no puede comprender..., eso es lo que Dios reserva a los que le aman"* (1 Cor 2,9). San Agustín se esforzó en sugerirlo: "¡Oh Reino de la bienaventuranza eterna, donde la juventud nunca envejece, donde la belleza nunca se mancha, donde el amor nunca se apaga, donde la salud nunca se debilita, donde el gozo nunca decrece, donde la vida no conoce término!" (*Soliloq.* 35)[129].

La fe viva en Jesucristo resucitado y en la Asunción corporal de la Virgen María nos hace pensar en el cielo. El amor con

que amamos aquí a Cristo y a la Virgen permanecerá para siempre. Decía el Santo Cura de Ars a sus oyentes: "Consideradlo, hijos míos: el tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por eso, nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro" "El ojo del mundo no ve más allá de la vida (presente)... El ojo del cristiano ve hasta el fondo de la eternidad"[130].

Ante las dificultades que como miembros de la Iglesia experimentamos cada día en la sociedad actual es necesario renovar nuestra esperanza, confiando no en nosotros o en nuestros recursos, sino en el amor de Dios Padre, en la presencia de Jesucristo, en la asistencia del Espíritu Santo, en la Virgen María, Madre de la Iglesia. Para ello es necesario el encuentro personal con Jesús y con la Virgen María, en la oración, en las celebraciones litúrgicas, en el diálogo con los hermanos. Jesús cumple su promesa:

"Os aseguro también que si dos o tres se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18, 19-20).

En la acción pastoral es siempre negativa la tristeza cuando nos domina, cuando nos lleva al resentimiento, a la ira contra los demás, a cruzarnos de brazos y a no hacer nada, a culpar a los

otros y a una especie de ceguera que nos impide ver que en muchos casos el problema está dentro de nosotros. Con la gracia del Espíritu Santo y la especial intercesión de la Virgen María podemos superarnos.

El Beato Juan XXIII, leía y recomendaba leer el c. 23, L. III, de la *Imitación de Cristo* de T. Kempis, porque le ayudaba a tener paz interior: "Cuatro cosas que dan paz al corazón". Son las siguientes: 1ª, Trata más bien de hacer la voluntad de otro que la tuya propia; 2ª, Elige siempre tener menos que más; 3ª, Busca continuamente el último lugar y estar debajo de todos; 4ª, Desea constantemente que la voluntad de Dios se cumpla en ti y ruega por esta intención. Y añade Kempis: "De verdad te digo que el que pone en práctica estas cuatro cosas entra en la mansión de la paz y del descanso".

Aceptemos con paz la pedagogía de Dios (cf. Hbr 12, 4-11).

Arranca de ti la tristeza

El Pastor de Hermas (s.I-II), no se cansa de combatir la tristeza y predicar la alegría: "Arranca de ti la tristeza porque ésta es hermana de la duda y de la impaciencia" "¿No comprendes que la tristeza es el peor de todos los espíritus y el más terrible para los siervos de Dios?" "Arranca, pues, de ti la tristeza y no atribules al Espíritu Santo...

porque el espíritu de Dios que fue infundido en esa carne tuya no soporta la tristeza ni la angustia" "Revístete, pues, de la alegría, que halla siempre gracia delante de Dios y le es *acepta*, y ten en ella tus delicias" (*Mandamiento* X, c.1, 1-2; c. 2, 5-6; c. 3- 1-2,4) "Unas gotas de ajenjo echan a perder un tarro de miel" (*Mandamiento* V,5); "En la paciencia habita Dios y en la impaciencia el diablo" (*Mandamiento* V, 3)[131].

San Pedro Poveda: "La tristeza se cura no hablando con la gente sino hablando con Dios" "La alegría es inseparable de la rectitud, de la justicia, del buen espíritu, de la posesión de Dios. Y esto aunque abunden las penas y las amarguras"[132].

San Juan de Avila: "Nos faltan consolaciones divinas, porque las tenemos humanas... Que por eso no nos dan consuelos espirituales, porque no queremos dejar los de la tierra"[133].

San Juan de la Cruz: "Porque claro está que siempre es vano el conturbarse, pues nunca sirve de provecho alguno. Y así, aunque todo se acabe y se hunda y todas las cosas sucedan al revés y adversas, vano es el turbarse, pues, por eso, antes se dañan más que se remedian. Y llevarlo todo con igualdad tranquila y pacífica, no sólo aprovecha al alma para muchos bienes, sino también para que en esas mismas adversidades se acierte mejor a juzgar de ellas y ponerles remedio conveniente" (3S 6,3).

Para cada situación nueva, el Espíritu Santo que cuida de su Iglesia, nos concederá gracias nuevas, suscitará apóstoles nuevos. Si dispone para nosotros algún sufrimiento, nos dará su gracia para hacernos crecer en el amor; nos concederá el gozo de transformar las dificultades en donación de nosotros mismos, para mayor bien de la Iglesia. Nos ayudará a ver a Jesús donde parece que no está.

Las obras pueden desaparecer pero no el amor con que se hacen. En cualquier circunstancia: *No te dejes vencer por el mal, sino vence al mal con el bien* (Rom 12,21).

Dios educó a Abraham a través de distintas experiencias de "desapropiación": salir de su tierra sin saber a donde le llevaba, sacrificar a su hijo Isaac, etc. También educó a María Santísima desde Belén hasta la Cruz. María y José "no comprendieron" la respuesta de Jesús-niño en el templo (Lc 2,50). Los planes de Dios no son nuestros planes. Sólo con la fuerza del Espíritu y la especial intercesión de la Virgen María, me será dado lograr las "desapropiación" que Dios quiere de mí, porque me ama, y poder vivir dando gracias a Dios "en todo tiempo y lugar".

¿Estamos contentos con la vida que Dios nos ha concedido y le damos gracias? ¿O guardo en el fondo del alma una queja, quizás un resentimiento, porque Dios no ha dispuesto las cosas de mi vida según mis planes?

Al tratar con mi prójimo debo pensar que cada persona es una parte de la biografía de Jesús, un capítulo de la historia del amor del Señor. Jesús da gracia al Padre por cada persona: cada una ha sido creada y redimida con amor. He de aprender a ver al prójimo *"considerando a los demás como superiores a uno mismo"* (Filp 2, 3). Esta humildad con el prójimo es al mismo tiempo humildad ante Dios. Cuando pretendemos que los demás nos tributen "culto de alabanza" suplantamos a Dios, usurpamos una gloria que sólo le corresponde a Él. Es como si quisiéramos ser "dios". Al orgullo le estorba el Dios único. La fe, en cambio, es gozo de que Dios sea Dios. Desde un pedestal de orgullo, soberbia o vanidad, no se puede abrazar a los pequeños, ni se puede agradar a Dios: *"Porque todo el que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado"* (Lc 14,11). Así lo proclamó la Virgen María (cf. Lc 1, 52). El verdadero amor a Dios es amor agradecido y humilde. Muchas veces la tristeza es orgullo herido. El humilde no fracasa nunca. Pone toda su confianza en Dios no para realizar sus propios deseos sino lo que complace a Dios. Como la Virgen María.

Ante la mirada de María debo decirme a mí mismo: Nada ni nadie puede impedirme amar a Dios y amar al prójimo en tiempo de desolación. Hay que hacer el bien posible sin renunciar al bien deseable[134]. Nada ni nadie puede impedirme en esta situación, hacer el bien que Dios quiere que yo haga y cumplir su designio

sobre mí y al servicio de mis hermanos. *"Rema mar adentro" =Duc in altum* es la palabra que Jesús me dirige, como un día a Pedro en el lago de Genesaret (Lc 5,4).

Ante las posibles dificultades o fracasos personales en la vida espiritual decía Santa Teresa del Niño Jesús: "La confianza y nada más que la confianza, es la que debe conducirnos al Amor" (Santa Teresa del Niño Jesús, Carta del 17 de sep. de 1896).

Santa Teresa nos exhorta a la perseverancia en la oración en medio de las dificultades: "Importa mucho y el todo una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino, siquiera no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo..." (CP c. 21, 2).

Puedo contar siempre con la presencia materna de María.

Allí donde está María actúa el Espíritu Santo. Así lo refleja una invocación escrita en un tejo de barro (óstrakon) en Egipto, del siglo IV: *Ave María, llena de gracia,* ***el Señor está contigo y el Espíritu Santo****. Tus sacerdotes, oh Señor, se revestirán de justicia..."*[135].

Para todos los que peregrinamos en la tierra es ejemplar la actitud de la Santísima Virgen tal como se expresa en el *Magnificat: "Proclama mi alma la grandeza del Señor"* (Lc 1,46). Es una profesión de fe y confianza, como en los salmos:

"¡Grande es Yahveh y digno de alabanza.."! (Sal 48[47]. En la pedagogía bíblica todo se orienta a confesar la inmensa grandeza de Dios (Sal 150, 2): las maravillas del cielo y de la tierra, la trama de los acontecimientos históricos, la elección y destino del pueblo y de su ciudad santa. *Grandes* son las obras del Señor, su poder, su gloria. *Grande es su nombre*[136].

Esta sobrepujante grandeza de su poder (Ef 1,19) actúa y se manifiesta espléndida en el misterio de la salvación (Ef 1-3). María está en la raíz del misterio. Madre de un Salvador absolutamente *grande,* reconoce dentro de sí la plenitud de Dios y canta la gloria de su gracia (Ef 1,6). *"Magnificar"* es alabar. Admiración sentida y expresada. Oración en estado puro. El que *alaba a Dios* se abre en mente, vida y palabra al misterio de la infinita Realidad, que lo atrae y asimila. Liberado de mirarse a sí, admira a Dios: adora, contempla. El cristiano se alegra con María de la grandeza de Dios. En sobreabundancia de alegría, siente el deber de compartirla con otros y la proclama. Proclamar es irradiar en torno el amor y la propia fe.

Experta en hablar ***a Dios***, María ante Isabel habla ***de Dios***. El Evangelio presenta a la Virgen del *Magnificat* como arquetipo de la Iglesia, que tiene por misión y pedagogía "engrandecer" a Dios en el universal auditorio de un mundo tentado de empequeñecerlo (y, en consecuencia de sustituirlo)[137]. En efecto, el hombre consciente nunca niega a Dios: *lo sustituye* en su estimativa (con otros nombres) por una fingida equivalencia. En la raíz del ateísmo hubo un concepto "pequeño" del verdadero Dios[138].

La Trinidad es la esperanza de la Iglesia

La Trinidad es la esperanza de la Iglesia. La visión cristiana del futuro absoluto de la humanidad es la participación definitiva en la vida de la Trinidad, con la mediación del Hijo hecho hombre, y junto con la Virgen María, con los ángeles y los santos, para siempre.

A) El final de la historia es la historia del Padre. Los cristianos aguardan el día establecido por Dios: *"porque ha fijado el día en el que va a juzgar al mundo según justicia, por el hombre que ha destinado, dando a todos garantía al resucitarlo de entre los muertos"* (Hch 17, 31; cf. Hch 1,7).

B) El final de la historia es historia del Hijo hecho hombre por nosotros: Es *"el día de nuestro Señor Jesucristo"* [139]. Es el

tiempo de la segunda venida, de su nueva presencia entre nosotros: *"Este que ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá del mismo modo que le habéis visto subir al cielo"* [140].

C) El final de la historia es historia del Espíritu Santo. El Espíritu es la prenda de nuestra futura gloria (Ef 1, 13); actúa en nuestra futura Resurrección: *"Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros"* (Rom 8, 11).

Para el cristiano –y de modo singular y excelso para la Virgen María– no hay nada tan vital y concreto como la Trinidad, el Dios único que es Padre, Hijo y Espíritu Santo; el Dios que nos ama y nos salva; el Dios que nos está creando a cada uno y sigue creando todas las cosas constantemente, que nos redimió, que se comunica a nosotros, que nos hace partícipes de su vida divina, que nos lleva ***–ahora y después para siempre–*** a la intimidad de su amor trinitario, a la plena comunión de amor y de vida de Cristo y del Padre en el Espíritu Santo.

"El Padre da su Hijo a María, el propio Hijo se da a Ella; el Espíritu Santo se le acerca, la prepara, la circunda, la eleva a una altísima potencia y operación"[141].

"Nuestra morada es el corazón de María, santuario de la Santísima Trinidad. Unámonos sencillamente al amor que Ella tiene a cada una de las tres divinas Personas, con fe pura" María es nuestra Madre: "Ella en nosotros y nosotros en Ella, y por Ella en la Trinidad"[142].

María responde Sí:
Las vocaciones de especial entrega a Dios

La existencia de la Virgen María, desde su Inmaculada Concepción hasta su Asunción a los cielos, fue la historia de una elección, de una vocación, de una misión. Su respuesta a la llamada de Dios, fue un Sí, que sostenido por la gracia del Espíritu Santo, no se interrumpió jamás.

Cada uno de los bautizados, hemos sido elegidos previamente por Dios, para la vida de fe, para la unión de fe y amor con Cristo en el Bautismo, para seguir a Jesús. La vida cristiana es don gratuito de Dios. Es vocación divina.

En la Iglesia hoy es de suma importancia colocar en el primer plano de cualquier preocupación o proyecto pastoral la llamada de Dios a la santidad de vida, es decir a la perfección de la caridad, del amor a Dios y al prójimo, a la imitación y seguimiento de Jesucristo, en la vida ordinaria: "Todos los cristianos, de cualquier clase

o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor" (LG 40). Si en la escala de valores de la acción pastoral, se margina o se olvida esta llamada de Dios a la santidad de vida, toda la pastoral queda viciada en su raíz.

La vida cristiana siempre es respuesta a una llamada previa de Dios. No se trata nunca de un "favor" que nosotros le hacemos a Dios. Es por el contrario un don de Dios que se anticipa a nuestra respuesta, una gracia inmerecida por nuestra parte. Quien llama es Dios Padre por medio de Jesucristo que nos ilumina y nos comunica el don de su Espíritu. Nuestra respuesta libre, siendo respuesta ***nuestra***, es ante todo ***don de Dios. La gracia del Espíritu Santo es lo prioritario: nos antecede, nos sostiene, nos lleva a la meta.*** Esto no disminuye nuestra responsabilidad ni limita nuestra capacidad de iniciativa, pero nos hace humildes y agradecidos.

Dentro de la común vocación bautismal, Jesús llama a muchos a una entrega ***especial*** a Dios y al servicio de la misión de la Iglesia.

Algunos recurren a la palabra "opción" para describir la respuesta a la llamada de Dios. Esta palabra ofrece una cierta ambigüedad. Puede ser entendida como una "iniciativa" del sujeto, casi como si todo dependiera del que "opta" o "decide". Fácilmente se llega a pensar que tratándose de una "opción", uno puede poner plazos,

establecer condiciones, retirarse cuando le parezca bien. Nada de esto tiene sentido cuando es Dios quien llama. La gracia de la llamada de Dios es anterior a nuestra respuesta, la acompaña y sostiene.

El cristiano que quiere ser fiel a Jesucristo ha de estar siempre disponible para escuchar y seguir la llamada de Jesús. Hoy muchos cristianos viven totalmente dominados por los afanes de lograr placeres, ganar dinero, conquistar poder, alcanzar éxito según los criterios de la cultura dominante. Para muchos las palabras "entrega", "renuncia", "generosidad", "donación de sí mismo" y otras equivalentes, no significan nada. En ese contexto es prácticamente imposible escuchar una llamada de Dios que nos invita a salir de nuestro egoísmo y entregarnos a la misión que el Señor nos confía al servicio de los demás (cf. 1 Jn 2,15-17; Mt 13,22).

Esta dificultad es común a todas las formas de vocación cristiana que exijan una superación de nosotros mismos: el apostolado seglar en todas sus modalidades, el servicio a los pobres, el seguimiento de Jesús en la vida sacerdotal, religiosa, misionera. En el fondo no damos crédito a la palabra de Jesús sobre las bienaventuranzas evangélicas (cf. Mt 5, 3ss).

La respuesta a la llamada de Dios supone con frecuencia un proceso de ***verdadera conversión***.

• Dice Jesús a los apóstoles: *"No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado a que vayáis y deis fruto, y un fruto que permanezca"* (Jn 15, 16).

• *"Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron adonde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar"* (Mc 3,13-14).

• *"Se fue al monte a orar, y pasó la noche en oración a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, y eligió Doce entre ellos, a los que llamó también apóstoles"* (Lc 6,12-13).

• Toda pastoral auténtica de las vocaciones trata de ayudar a encontrarse con el Señor: *"Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se vuelve y al ver que le seguían les dice: –'¿Qué queréis?' Ellos le respondieron: –'Rabí' –que quiere decir 'Maestro'– '¿dónde habitas?'. Les respondió: 'Venid y lo veréis'. Fueron, pues, vieron donde vivía quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima"* (Jn 1, 37-39).

• Trabajar por las vocaciones es procurar disponer el corazón de cada uno a hacer la pregunta de Saulo: *"¿Señor, qué quieres de mí? ¿Qué he de hacer, Señor?"* (Hch 22,10).

Una respuesta positiva a la llamada de Dios, aunque cueste, hace feliz al hombre o mujer, que quiere ser fiel al

Señor. Es elegir el tesoro escondido y la perla preciosa del Reino de los cielos y dejar lo demás (cf. Mt 13, 44-50).

El modelo perfecto de atención y respuesta a la llamada de Dios es la Virgen María: *"He aquí la esclava del Señor; hágase en mi según tu palabra"* (Lc 1, 38).

La Iglesia no podrá cumplir con la misión que el Señor le ha encomendado de llevar el Evangelio y la gracia de Dios a todos los hombres, si no respondemos a la llamada que el mismo Señor nos dirige a cada uno. La Iglesia hoy tiene una apremiante necesidad de personas que respondan positivamente a la llamada a la vida sacerdotal, a la vida religiosa, a la vida misionera o a otras formas de especial entrega a Dios.

Toda la Iglesia debe estar enteramente comprometida en promover estas vocaciones a través de toda su acción pastoral. Todos debemos implorar con humildad y perseverancia este don de Dios por medio de la intercesión de la Virgen Santísima. Es necesaria una especial gracia del Espíritu Santo para vencer las dificultades. Como dijo el ángel a María: *"para Dios no hay nada imposible"* (Lc 1, 37; Gen 18, 14).

La llamada de Jesús implica con frecuencia un radicalismo que asusta: "*El que no está conmigo está contra mí*" (Mt 12,30);

indica que la neutralidad no es posible frente a Jesús. Aceptar a Jesús significa que se espera no "la *paz*" sino la "*espada*" (Mt 10,34-36): el discípulo ha de saber que la palabra de Jesús no es un calmante, sino que seguir al maestro provoca desgarramientos, conflictos, divisiones. Es necesario coraje. Las imágenes de la puerta estrecha y el camino empinado (Lc 13,23-24) van en el mismo sentido: el acceso al reino es difícil. Para el que se compromete a seguir a Jesús, ningún otro bien puede tener prioridad. Jesús es más importante que la familia, el oficio, los bienes:

• "*Mientras iban caminando, uno le dijo: 'te seguiré a donde quieras que vayas' Jesús le dijo: 'las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza"* (Lc 9, 57-58).

• "*A otro dijo: 'sígueme' él respondió: 'déjame ir primero a enterrar a mi padre' le respondió: 'deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios"* (Lc 9, 59-60).

• *"También otro le dijo: 'te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa' le dijo Jesús: 'nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios"* (Lc 11, 61-62).

Otros textos insisten en las rupturas que se imponen:

• *"El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí*

no es digno de mí. El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí. Quien encuentre su vida la perderá y el que pierda su vida por mí la encontrará" (Mt 10, 37- 39; cf. Lc 14, 25-33).

El punto central es siempre "*a causa de mí y del Evangelio"* (Mc 8,35). Reconocido como *"Maestro y Señor"* (Jn 13,13), como *"Cristo e Hijo del Dios vivo"* (Mt 16, 15), Jesús es sin comparación posible, lo más grande, lo más importante. Si le amamos, y vamos a Él, con humildad, hasta lo imposible se nos hace llevadero (cf. Mt 11,20).

No existe una vocación cristiana a la mediocridad. Todos estamos llamados a crecer siempre en el amor (cf. Dt 6, 4-6; Mt 22, 37; 5,48). No nos faltará la gracia de Dios. "En estos tiempos son menester amigos fuertes de Dios para sustentar a los flacos" (Santa Teresa de Jesús, V 15, 5).

Desde la época de la Iglesia primitiva hasta hoy y hasta el final de los tiempos, al creyente se le plantea a veces, en distintos países o ambientes, la disyuntiva de seguir a Jesús a costa de renuncias que se pueden considerar humanamente imposibles, o abandonar la fe en Jesucristo, o bien no seguirle adonde Él nos quiere.

A veces las grandes batallas a favor o en contra del servicio a Dios y a los hombres, se libran en lo secreto del corazón

humano. Hemos de abrirnos a la invitación discreta e insistente del Espíritu Santo que habla en nuestro interior.

"Cuando acecha la tentación y decaen las fuerzas humanas es el momento de invocar con más ardor al Espíritu para que venga en ayuda de nuestra debilidad y nos permita ser prudentes y fuertes como Dios quiere" (Juan Pablo II, Jueves Santo de 1998, n. 7).

En estas situaciones es especialmente necesario el apoyo y la oración asidua de la comunidad cristiana y las súplicas a María, Madre de la Iglesia. Sin devoción a María no hay vocación que madure. No basta la respuesta del primer momento. Necesitamos gracia especial de Dios para perseverar.

Oración por las vocaciones

❧ *Madre Inmaculada, Madre de la Iglesia, intercede por nosotros para que en nuestras comunidades cristianas surjan vocaciones para el ministerio sacerdotal y para la vida religiosa. Que cada una de las personas que han recibido este don, sea siempre fiel a la llamada de Dios. Que los laicos colaboren generosamente en la acción evangelizadora y misionera de la Iglesia. Que hombres y mujeres de toda condición respondan hoy con una entrega total a Dios que llama a cada uno y a todos a la santidad de vida. Que prefiramos la "perla preciosa" del "Reino de los cielos" a todas las demás cosas* (cf. Mt 13,44-46). *Amén.*

"Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor cosas grandes el Poderoso, Santo es su Nombre" (Lc 1,48-49).

Este texto del Evangelio de San Lucas expresa ya la veneración de María en la Iglesia primitiva. Todas las generaciones de cristianos la han venerado.

En dos mil años de Cristianismo, la literatura, la pintura, la arquitectura, la música, la poesía, se han sumado a la liturgia, a la mística, a la teología y a la piedad para celebrar el nombre de María con el mismo saludo del ángel Gabriel: *"Ave María"* (Lc 1, 28)[143].

"Es claro que si Ella es la Madre de Dios y de nuestro Redentor, si fue asociada por Él a la obra de nuestra Redención, si por voluntad divina tiene en el orden sobrenatural una misión maternal para con esos redimidos, si ejerce en su favor una influencia salvadora, si es en la Iglesia Abogada, Auxiliadora y Medianera, ejemplar, tipo y Madre de la misma Iglesia, automáticamente surgen en la Iglesia y en los redimidos las relaciones correlativas para con María.

Semejantes relaciones, existentes ya en sí mismas por consecuencia inevitable del plan divino, pueden reconocerse voluntariamente, pueden convertirse en vivencia nuestra libre y gozo-

samente aceptada. Y esa aceptación voluntaria y libremente vivida constituye nuestro culto a María"[144].

De este culto a la Virgen María nos han hablado largamente el Concilio Vaticano II y especialmente los Papas Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II.

Sigue siendo de la máxima actualidad e importancia la Exhortación Apostólica de Pablo VI *Marialis cultus* (2-II-1974) sobre la devoción y culto cristiano a la Virgen María.

El Santo Rosario

Entre las más recientes intervenciones del Magisterio sobre el culto a la Virgen María hay que destacar la Carta Apostólica del Papa Juan Pablo II *Rosarium Virginis Mariae* (16-X-2002): El Rosario de la Virgen María "En su sencillez y profundidad, sigue siendo también en este tercer Milenio apenas iniciado una oración de gran significado, destinada a producir frutos de santidad. Se encuentra bien en el camino espiritual de un cristianismo que, después de dos mil años, no ha perdido nada de la novedad de los orígenes, y se siente empujado por el Espíritu de Dios a "remar mar adentro" (*duc in altum)*, para anunciar, más aún, 'proclamar" a Cristo al mundo como Señor y Salvador, "el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6), el "fin de

la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización" (GS n. 45).

El Rosario nos lleva a comprender a Cristo desde María: es ir a la 'escuela' de María para leer a Cristo, para penetrar en sus secretos, para entender su mensaje. Es configurarse a Cristo con María: es contemplar el rostro de Cristo con ella. El Rosario nos transporta místicamente junto a María, dedicada a seguir el crecimiento de Cristo en la casa de Nazaret etc. Es rogar a Cristo y anunciarlo con María. Es oración de la familia y por la familia. No ha perdido actualidad el lema: Familia que reza unida, permanece unida.

"Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso, que favorezca en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelan su insondable riqueza" (n.12). El Rosario es "compendio del Evangelio" (n. 18).

Para la contemplación de los misterios de la vida de Cristo, tanto dentro del rezo del Santo Rosario como en otros contextos son válidas estas indicaciones de Santa Teresa de Jesús: "No está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho" (4 M 1,7). La oración es una relación de amistad con Jesús: "No os pido más de que le miréis" (C 26,3-5; Cf. C,25, 3; 28, 2ss). "Representad al mismo Señor

junto a vos y mirad con qué amor y humildad os está enseñando" (C 26, 1). Y ésta del Santo Cura de Ars: "Hermanos míos, no son las largas ni bellas oraciones las que Dios escucha, sino las que salen del fondo del corazón"[145].

El coloquio con la Virgen María debe ser de amor y confianza filial.

Que ella nos enseñe a orar: *"María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón"* (Lc 2, 19*). "Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón*" (Lc 2, 51). *"Todos ellos perseveraban en oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres y de María, la madre de Jesús"* (Hch 1, 14).

María mujer eucarística

En la Encíclica *"Ecclesia de Eucaristía"* (17-IV-2003), Juan Pablo II dedica un capítulo a la Virgen María: *"María es mujer 'eucarística' con toda su vida"* "En cierto sentido, María ha practicado *su fe eucarística* antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo *de haber ofrecido su seno virginal para la Encarnación del Verbo de Dios.* La Eucaristía, mientras remite a la Pasión y Resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió en la

Anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando así lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor" (n. 53-55).

"En continuidad con la fe de la Virgen, en el Misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino" "En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María" "¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un *Magnificat!"* (n. 58).

El misterio cristiano no es sólo mensaje moral, ni mero relato de la historia de salvación, ni sólo doctrina de fe. Es sobre todo presencia viva, actual de Cristo Resucitado en la Iglesia, en cuanto que ella es sacramento de salvación, y particularmente en los siete signos sacramentales: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Reconciliación, Unción de los Enfermos, Matrimonio y Orden Sacerdotal. Son signos pobres, humildes, en los que Cristo, con el don de su Espíritu quiere hacerse realmente presente. Viene a nuestro encuentro. Entre ellos ocupa un lugar preeminente la Eucaristía, donde se hace presente y actual la realidad misma del Misterio de la Pascua (Muerte y Resurrección del Señor). Para participar en este Misterio hemos de

unirnos a las actitudes y sentimientos de la Virgen María. En cada Misa, María ofrece como miembro eminente de la Iglesia no sólo su consentimiento en la Encarnación y en la Cruz, sino también sus méritos y la presente y gloriosa intercesión materna[146].

Espiritualidad de comunión y espiritualidad mariana

Pero la verdadera devoción a la Virgen María no puede reducirse sólo a los actos de culto y de piedad. Es necesario que nuestro amor a la Virgen se refleje en todos los actos de nuestra vida.

La Virgen María, al promover en nosotros la vida de hijos de Dios, nos induce a realizarla como vida fraterna en Cristo-Jesús. Ella como Madre de la Iglesia, sigue educándonos en el estilo de vida fraterna que Ella misma vivió en el Cenáculo a la espera de Pentecostés y en la Iglesia primitiva. La Iglesia está llamada a ser una fraternidad en Cristo, abierta a los problemas de todos los hombres, solidaria con los pobres y con los que sufren.

En la comunidad cristiana todos los discípulos del Señor, hijos de la Virgen María, han de vivir en comunión con Cristo y con el Padre, bajo la acción del Espíritu Santo, en tensión misionera. La "espiritualidad de comunión" es también elemento esencial de la

espiritualidad mariana. ¿Es posible amar de verdad a la Virgen y no amar a los pobres y a los que sufren? ¿Es posible amar a la Virgen y no aceptar cordialmente el misterio de la Iglesia como misterio de comunión y de unidad? ¿Es posible amar a la Virgen María y no participar en la inquietud evangelizadora y misionera de la Iglesia?[147].

En nuestra acción evangelizadora hemos de imitar el amor y la delicadeza materna de María: "La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor de Madre que debe animar a todos los que colaboran en la misión apostólica de la Iglesia para engendrar a los hombres a una vida nueva" (LG 65).

Si participamos del amor de la Virgen a nuestros hermanos, podemos compartir el pensamiento y la actitud de los santos sobre el amor al prójimo. El santo P. Pío escribió: "Faltar a la caridad es como herir a Dios en la pupila de su ojo. ¿Qué cosa es más delicada que la pupila del ojo?.. Quien ofende la caridad ofende la pupila del ojo de Dios"[148].

María en la Anunciación abrió el corazón plenamente a Dios en un acto de fe que es al mismo tiempo confianza, obediencia humilde, total disponibilidad, entrega de sí mismo en las manos de Dios. Este ***SÍ*** incondicional de María es el comienzo del ***SÍ*** de la Iglesia. Nosotros formamos parte de la Iglesia en la cual está pre-

sente de algún modo la fe y la esperanza de María: hemos de creer y de esperar en unión con María. Estamos llamados a la obediencia contemplativa de María bajo la acción del Espíritu Santo.

La Iglesia tiene una dimensión *apostólica* y "*petrina"* (de Pedro): edificada sobre el fundamento de los apóstoles y sobre Pedro (cf. Ef 2, 20; Mt 16,18). Pero tiene también la Iglesia una dimensión "mariana". Dice el Catecismo de la Iglesia Católica: "María nos precede a todos en la santidad que es el misterio de la Iglesia como 'esposa sin mancha ni arruga' (Ef 5,27). Por eso la dimensión mariana de la Iglesia precede a su dimensión petrina" (n. 773).

La Iglesia imita el amor contemplativo de la Virgen María: En la Iglesia, la ortodoxia (= recta doctrina) y la ortopraxis (= recta práctica) requieren constantemente la presencia de un "ortoágape" (= recto amor) (Ap 2,4-5) que está radicado en el amor contemplativo de María Madre de la Iglesia[149].

María vivió en íntima comunión con Cristo y con el Padre en el Espíritu Santo, durante todo su itinerario de fe y esperanza, sometida a la prueba de una permanente oscuridad espiritual desde la Encarnación del Verbo hasta la soledad y desamparo de la Cruz. La Iglesia unida a María, debe recorrer su itinerario de fe y esperanza hasta el fin de los tiempos en íntima comunión con Jesucristo el

Esposo y con Dios Padre misericordioso y fiel; sostenida y guiada por Dios Espíritu Santo. Nosotros como Iglesia, estamos llamados a ser, en unión con María, y bajo la acción del Espíritu Santo, un cántico incesante de alabanza, de adoración y de acción de gracias a Dios, según el himno de la carta a los Efesios, c.1: "*Para alabanza de la gloria de su gracia*" (v. 6); "*para ser nosotros alabanza de su gloria*" (v. 12. 14).

Hagamos nuestros los sentimientos de San Francisco de Asís:

❧ *¡Salve, Señora, santa Reina,*
santa Madre de Dios, María,
Virgen convertida en templo,
y elegida por el santísimo Padre del cielo,
consagrada por Él con su santísimo Hijo amado
y el Espíritu Santo Paráclito;
que tiene y tuvo toda la plenitud
de la gracia y todo bien!
¡Salve, palacio de Dios!
¡Salve, tabernáculo de Dios!
¡Salve, casa de Dios!
¡Salve, vestidura de Dios!
¡Salve, esclava de Dios!
¡Salve, Madre de Dios![150]

Algunos se hacen esta pregunta: ¿Por qué recurrir a María, si Cristo me basta? Para un católico que quiera ser fiel a la Sagrada Escritura, a la Tradición viva y al Magisterio de la Iglesia, la respuesta es fácil[151]:

• Porque obedece al designio divino de salvación el asociar a María a la obra de Cristo y a la acción del Espíritu Santo en la realización histórica de la Redención. María no vela ni oculta, ni disminuye la importancia de Cristo y del Espíritu Santo, sino que la manifiesta y muestra su eficacia (cf. LG n. 60). Si se separa a Cristo de su Madre o de la Iglesia, se niega a Cristo tal como Él se ha revelado. Todo enunciado sobre María nos está hablando al mismo tiempo de Jesús[152]. El C. Vaticano II afirma que "al honrar a la Madre se consigue que el Hijo sea mejor conocido, amado y glorificado, y se cumplan mejor sus mandamientos" (LG n. 66).

• Necesitamos recurrir a María porque Dios la ha constituido en Madre y Abogada nuestra. Esto no significa olvidar a Cristo nuestro Salvador, o pensar que Dios no puede concedernos su gracia sin María. Esto significa que se acepta y se reconoce la Encarnación del Hijo de Dios con sus concretas modalidades históricas: concebido en el seno virginal de María por obra y gracia del Espíritu Santo. Este hecho fundamental indica el criterio y la norma de todo el desarrollo de la historia de salvación. Dios se ha comunicado

y revelado a los hombres en Cristo por mediación de María, y sigue comunicándose a los hombres como gracia y salvación por medio de María.

• La invocación a María no se detiene en Ella como meta suprema, sino como camino hacia Dios. Toda la vida de María y toda su misión está ordenada hacia Cristo y en Él y por Él bajo la acción del Espíritu Santo, hacia el Padre. Así debe ser también nuestro amor y nuestra oración a la Madre de Dios.

"La Virgen con su Hijo divino en sus brazos es la obra suprema del amor divino: del amor de Dios a la humanidad y del amor de la humanidad a Dios. Nunca fue más amoroso el poder. Nunca fue más poderoso el amor"[153].

¿Para qué nos ha dado Jesús a su Madre como Madre nuestra sino para que confiadamente acudamos a ella y vivamos con ella? Como el discípulo amado que la recibió en su casa, en su corazón, también nosotros hemos de acogerla y confiarnos a ella totalmente. Estamos llamados a vivir para Dios (Rom 6,10), a vivir para Cristo (2 Cor 5,15). Una forma de vivir escondidos con Cristo en Dios (Gál 3,3) es vivir con María: ella de nuevo nos dice: *"Haced lo que Él os diga"* (Jn 2,5).

Quiero concluir estas reflexiones invitando de modo especial a los sacerdotes a acudir con humildad y confianza a la maternal intercesión de la Virgen María. Quiero hacerlo con palabras del Santo Padre Juan Pablo II:

"Por eso, nosotros los sacerdotes estamos llamados a crecer en una sólida y tierna devoción a la Virgen María, testimoniándola, con la imitación de sus virtudes y con la oración frecuente.

❧ *Oh María,*
Madre de Jesucristo y Madre de los sacerdotes:
acepta este título con el que hoy te honramos
para exaltar tu maternidad
y contemplar contigo
el Sacerdocio de tu Hijo Unigénito y de tus hijos,
oh Santa Madre de Dios.

Madre de Cristo,
que al Mesías Sacerdote diste un cuerpo de carne
por la unción del Espíritu Santo
para salvar a los pobres y contritos de corazón:
custodia en tu seno y en la Iglesia a los sacerdotes,
oh Madre del Salvador.

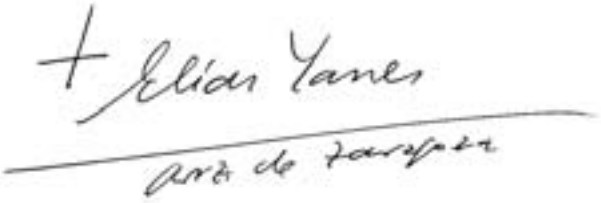
Madre de la fe,
que acompañaste al templo al Hijo del hombre,
en cumplimiento de las promesas
hechas a nuestros Padres:
presenta a Dios Padre, para su gloria,
a los sacerdotes de tu Hijo,
oh Arca de la Alianza.

Madre de la Iglesia,
que con los discípulos en el Cenáculo
implorabas el Espíritu
para el nuevo Pueblo y sus Pastores:
alcanza para el orden de los presbíteros
la plenitud de los dones,
oh Reina de los Apóstoles

Madre de Jesucristo,
que estuviste con El al comienzo de su vida
y de su misión,
lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre,
lo acompañaste en la Cruz,
exhausto por el sacrificio único y eterno,
y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo:

acoge desde el principio
a los llamados al sacerdocio,
protégelos en su formación
y acompaña a tus hijos
en su vida y en su ministerio,
oh Madre de los sacerdotes. Amen.[154]

Con verdadero afecto, os bendice



Zaragoza, 15 de agosto de 2004, Solemnidad de la Asunción de la Virgen María

Trece veces acredita el Concilio en su texto la maternidad espiritual de María:

1ª "Ella está unida en la estirpe de Adán con todos los hombres que han de ser salvados; más aún: *es verdaderamente Madre de los miembros de Cristo* por haber cooperado en su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella cabeza" (n. 53).

2ª "En efecto, la Virgen María, que según el anuncio del ángel recibió al Verbo de Dios en su corazón y en su cuerpo y entregó la Vida al mundo, es conocida y honrada como verdadera Madre de Dios Redentor. Redimida de un modo eminente en atención a los méritos futuros de su Hijo y a Él unida con estrecho e indisoluble vínculo, está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo y, por tanto, es la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo; con un don de gracia tan eximia, antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas. Al mismo tiempo ella está unida en la estirpe de Adán con todos los hombres que han de ser salvados; más aún, *es verdaderamente Madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que "son miembros de aquella cabeza",* por lo que también es saludada como miembro sobreeminente y del todo singular de la Iglesia, su prototipo y modelo destacadísimo en la fe y cari-

dad y a quien la Iglesia católica, enseñada por el Espíritu Santo, honra con filial afecto de piedad como a *Madre amantísima*" (n. 53).

3ª "El Sacrosanto Sínodo… quiere aclarar cuidadosamente… los deberes de los hombres redimidos hacia la *Madre de Dios, Madre de Cristo y Madre de los hombres, en especial de los creyentes"* (n. 54).

4ª "*Fue dada como Madre al discípulo* por el mismo Cristo Jesús moribundo en la cruz con estas palabras: *"¡Mujer, he ahí a tu hijo!"* (Jn 19, 26-27) (n. 58).

5ª "*La misión maternal de María hacia los hombres* de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia" (n. 60).

6ª "Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras El moría en la Cruz, cooperó en forma del todo singular por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. *Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia"* (n. 61).

7ª "*Y esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia,* desde el momento en que prestó fiel

asentimiento en la Anunciación y lo mantuvo sin vacilación al pie de la Cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos" (n. 62).

8ª "*Por su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo* que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias, y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz" (n. 62).

9ª "La Iglesia no duda en atribuir a María un tal oficio subordinado, lo experimenta continuamente y *lo recomienda al corazón de los fieles, para que, apoyados en esta protección maternal,* se unan más íntimamente al Mediador y Salvador" (n. 62).

10ª "Dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó como *primogénito entre muchos hermanos* (Rom 9,29); a saber: *Los fieles, a cuya generación y educación coopera con materno amor"* (n. 63).

11ª "Por lo cual, también en su obra apostólica con razón la Iglesia mira hacia aquella que engendró a Cristo, concebido por el Espíritu Santo y *nacido de la Virgen, precisamente para que por la Iglesia nazca y crezca también en los corazones de los fieles.* La Virgen en su vida *fue ejemplo de aquel afecto materno,* con el que es necesario estén animados todos los que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan para regenerar a los hombres" (n. 65).

12ª "Recuerden, pues, los fieles, que la verdadera devoción no consiste ni en un afecto estéril y transitorio, ni en vana credulidad, sino que procede de *la fe verdadera, por la que somos conducidos* a conocer la excelencia de la Madre de Dios y *somos excitados a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes"* (n. 67).

13ª "Ofrezcan todos los fieles súplicas insistentes a la *Madre de Dios y Madre de los hombres*, para que Ella, que estuvo presente en las primeras oraciones de la Iglesia, ahora también ensalzada en el cielo sobre todos los bienaventurados y los ángeles en la comunión de todos los santos, interceda ante su Hijo para que las familias de todos los pueblos, tanto los que se honran con el nombre de cristianos como los que aún ignoran al Salvador, sean felizmente congregados con paz y concordia en un solo pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e individua Trinidad" (n. 69).

[1] Angelo Amato, *María y la Trinidad*, Secetariado Trinitario, Salamanca 2000, p. 179-180.
"Ave, oh tú que te has hecho toda esperanza a causa de tu Hijo vencedor sobre la muerte"= ***Ave, mortem destruente filio speificata"*** (un texto medieval).

[2] Cf. Elías Yanes, *La presencia de María en la Iglesia,* Instrucción pastoral, Aragonia sacra, Zaragoza, 1990.Id. *María de Nazaret, Virgen y Madre*; Instrucción pastoral con ocasión del VIII Congreso Mariológico y del XV Congreso Mariano Internacional, Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza, octubre de 1979.

[3] Juan Pablo II, en Lourdes, al concluir el Rosario, 14 de agosto de 2004.

[4] Incorporamos en esta parte el texto de nuestra homilía del 2 de enero de 2004 sobre el Jubileo mariano, Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza, Enero 2004, pág. 6-8.

[5] Comisión Episcopal Española de Liturgia*, Ritual de la coronación de una imagen de Santa María Virgen*, de la Congregación para los sacramentos y el culto divino, 1983.

[6] San Luis María Grignon de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* (Ed. Ensin, Barcelona, 1994) n. 120.

[7] M. Garrido Bomaño, *El servicio a la Virgen en los himnos medievales.* Estudios Marianos, Salamanca 1986, p. 69; San Luis María Grignon de Montfort: *Tratado de la verdadera Devoción a la Santísima Virgen*. Ed. Ensin, Barcelona, 1994, n. 233.

[8] *El secreto de María*. Ed. Ensin. Barcelona 2000, p. 56.

[9] Cf. A. Molina Prieto. *La fórmula ildefonsiana de servicio a María.* Estudios Marianos, Salamanca, 55 (1990) 287-308, especialmente pp. 289-291.

[10] M. Garrido, o.c, p. 66.

[11] M. Garrido, o.c, p. 66.

[12] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* (= CEC) n.490- 493).

[13] Dice el P. JA de Aldama: "Esta unicidad de la maternidad de María, que encierra en sí misma profundamente unidas la maternidad divina y la maternidad espiritual, es la que permite incluir ambas bajo el mismo título de "Madre de la Iglesia" (de la Cabeza y de los miembros todos), sin que se abuse de los términos mezclando en una apelación dos realidades heterogéneas), *Temas de Teología mariana,* IV, nota 31, ed. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1966.

[14] José A. de Aldama SI*, Temas de Teología mariana* c III*,* ed. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1966.

[15] Marcelino Llamera, OP, *La misión maternal de María hacia los hombres* en *Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia,* ed. BAC, 1966, p.999. Ver al final el Apéndice I: Textos del C. Vaticano II sobre la maternidad espiritual de María.

[16] Sobre el valor de los textos bíblicos referidos a María, a la luz de la Tradición viva de la Iglesia cf. Juan Alfaro, *Cristología y antropología* ed. Cristiandad, Madrid, 1973, p 221-224.

[17] Cf. S. Cipriani, *Nuevo Diccionario de Mariología*, voz "*Nuestra Madre"*2º ed. San Pablo, 1993.

[18] Cf. Miguel Ponce Cuéllar, *María Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, Ed. Herder, Barcelona 1996, pág. 426. Cf. T.F. Hosanna, *Nuevo Diccionario de*

Mariología, voz *"Nuestra Madre*": aduce además los testimonios de San Justino (+ 165), Epifanio (+403), Pedro Crisólogo (+450), Leandro de Sevilla (+601), Ambrosio Auperto (+ 781), Jorge de Nicomedia (+860), Juan el Geómetra (s.X), Godofredo de Vendôme (+ 1132). P. Jean Marie Salgado, OMI, *La maternità spirituale di Maria a traverso i secoli,* Doctor communis, XLIII (1990) p. 291-294.

[19] Cf. De Lubac H., *Meditation sur l'Eglise,* París 1953, pág. 243-285; Hugo Rahner, *María y la Iglesia*, Ed. Cristiandad, Madrid 2002, pág. 19.

[20] *Sermo Denis 25, 7;* Cf. Folgado Flores S., *María Virgen y Madre de Cristo, tipo de la Iglesia según San Agustín*, Scripta de María, 3 (1980) 87-121.

[21] *De sancta virginitate*, 6.

[22] *Sermo* 192, 2.

[23] Miguel Ponce Cuéllar, o.c. pág. 433.

[24] *Sermo de Dormitione* II, cf. Miguel Ponce Cuéllar, o.c. pág. 433-434.

[25] Grabmann, M., citado por Miguel Ponce Cuéllar, o.c. pág. 434.

[26] Cf. Galot, J. citado por Miguel Ponce Cuéllar, o.c., pág. 435.

[27] *Sermo* 3 *in purificacionem*; PL 183.370, citado por Miguel Ponce Cuéllar, o.c. pág. 435.

[28] *De laudibus* B.M. Virginis I 3c. 12,4 (PL 189,1726-1727) citado por Miguel Ponce Cuéllar, o.c. pág. 435.

[29] Cf. Miguel Ponce Cuéllar, o.c., pág. 435.

[30] Cf. Miguel Ponce Cuéllar, o.c., pág. 436.

[31] *In Nativ Marie, sermo 4* (PG 97, 685 A).

[32] Cf. Miguel Ponce Cuéllar, o.c., pág. 437.

[33] Enrique Llamas, *Maternidad Divina y colaboración de María a la Redención* en Estudios Marianos, Cristo y María, Granada 1998, p. 387-413.

[34] Comentario del P. Marcelino Llamera O.P.: "El Concilio ha cuidado de enseñarnos cómo verificó María su cooperación maternal a la 'restauración de la vida sobrenatural de las almas'. Cooperó, dice*, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad.* Esto mismo nos había dicho ya en el n. 56: *cooperadora a la salvación humana por la libre fe, y la obediencia.* Y al presentárnosla después al lado de su Hijo en el Calvario, ensalza el Concilio *la fe* que la mantuvo unida con Él hasta la cruz y *el amor* con que consintió, con corazón maternal, en su inmolación (n. 58). Y todavía más adelante nos dirá que, "*creyendo y obedeciendo,* engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y practicando, como una nueva Eva, *una fe no adulterada...,*coopera con *maternal amor* a la generación y educación de los fieles" (n. 63). Estas excelsas virtudes de María serán luego propuestas por el Concilio a la imitación de la Iglesia (n. 65).
Una exaltación tan insistente de las virtudes de María es, naturalmente intencionada... El Concilio quiere que la Iglesia vea en las virtudes de María la exaltación de su 'arcana santidad' (n. 64), la eficacia de su maternal cooperación salvífica, el ejemplo que los cristianos, sus hijos, debemos imitar.
En el número que comentamos (n. 61) es el valor salvífico de las virtudes de la Virgen el que nos enseña el Concilio y nosotros debemos aprender [...] Esas virtudes cooperaban a nuestra vida porque eran virtudes de Madre: porque ejercitaban en unión con Cristo y en orden a nuestra filiación divina su gracia maternal" o.c. pp. 1016-1017. (El subrayado es nuestro). El P. Juan Alfaro,S.J.

subraya la importancia de la fe de María: "El acto total de su fe contribuye efectivamente a la Encarnación redentora", *Cristología y antropolgía,* ed. Cristiandad, Madrid 1973, n. 17, p. 217.

[35] Para todo lo anterior cf. Miguel Ponce Cuéllar, o.c., págs. 442-446.

[36] Esquerda Bifet, J. *Espiritualidad mariana de la Iglesia. María en la vida espiritual cristiana.* Madrid, 1994, pág. 50.

[37] Cf. Estudios sobre la Encíclica *"Redemptoris Mater"* en Estudios Marianos, LIV (1989) Salamanca. Cf.Joaquín Ordóñez Márquez, *Maternidad plena de María, Teología de la espiritualidad mariana*,ed. CETE, Toledo 1987.

[38] Marcelino Llamera OP, *La misión maternal de María hacia los hombres,* en *Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia*, ed. BAC, 1966, p. 996.

[39] J. Alfaro, SI, *Significatio Mariae in Misterio Salutis,* Gregorianum XL (1959), pp. 9-38; Id. *María en la salvación cumplida en Cristo* en *Cristología y antropología,* ed. Cristiandad, Madrid, 1973, pp. 182-225. El Espíritu Santo es el vínculo de unión entre el Padre y el Hijo en el seno de la Trinidad; en la Encarnación el mismo Espíritu es el que realiza la unión de la humanidad con la divinidad en el seno de María Virgen. En la Iglesia el mismo Espíritu une a los cristianos con Cristo, y a los cristianos entre sí. "Por obra del Espíritu, María es el *lugar* privilegiado de elección, y por ello se convierte en *tipo* de la Iglesia en su comunión vital con Cristo, en el templo o morada viviente del Espíritu, en *icono* de realidad más profunda y vital del ser de la Iglesia. Cf. Cuellar, o.c. p. 214. "El Espíritu Santo, que por su poder cubrió con su sombra el cuerpo virginal de María, dando en ella el inicio a la divina maternidad, al mismo tiempo hizo su corazón perfectamente obediente a aquella autocomunicación de Dios, que

superaba todo pensamiento y toda capacidad del hombre" (Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem*, (18-V-1986), n. 51.

[40] T.F. Hosanna, l.c.

[41] "Distintos desde el principio de la creación y permaneciendo así en la eternidad, el hombre y la mujer, injertados en el misterio pascual de Cristo, ya no advierten... sus diferencias como motivo de discordia que hay que superar en la negación o la nivelación, sino como una posibilidad de colaboración que hay que cultivar con el respeto recíproco de la distinción. A partir de aquí se abren nuevas perspectivas para una comprensión más profunda de la dignidad de la mujer y de su papel en la sociedad humana y en la Iglesia" Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo,* Roma 3 de junio de 2004, n. 12.

[42] San Agustín, *Sermo* 72 A, 7:PL 46, 937-938; Cf. Antonio María Calero*, María de "Madre" a "discípula",* Estudios Marianos, Cristo y María, Granada 1998, p. 415-451.

[43] AAS 56 (1964) 1015-1016.

[44] Según el P.J.A. de Aldama S.I. la fórmula "Madre de la Iglesia" aparece en el comentario al Apocalipsis de Berengaudo (s. IX-XI), en el comentario al Cantar de los Cantares de Ruperto de Deutz (s. XII), en el cisterciense inglés que redactó las *Distinctiones Monasticae* (s. XIII), en un tratado sobre la Misa del tiempo de San. Alberto Magno,en San Lorenzo Justiniano, en San Antonio de Florencia, en Dionisio el Cartujo. Aparece en el título de libros litúrgicos y en plegarias populares de los siglos XIII al XV. En el siglo XVI San Pedro Canisio; en España Diego Pérez de Valdivia, discípulo de San Juan de Ávila, quien lo usa corriente-

mente; en el s.XVIII se debe citar la Escuela francesa con los nombres de Olier y de Bossuet; en el XVIII, Benedicto XIV; en el s.XIX, León XIII: "María es verdadera Madre de la Iglesia" (Enc. *Adiutricem populi*); en autores como Ventura Raúlica y Scheeben, J.A. de Aldama *Mater Ecclesiae* en Ephemerides Mariologicae 14 (1964) 441-465; id. *Temas de Teología marina*, c.IV, ed. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1966.

[45] *Adv. Haer,* 3,22, 4. Miguel Ponce Cuéllar, o.c., pág. 455.

[46] Sermón 26, *In Nativitate Domini* 6,2 (PL 54, 213).

[47] San Buenaventura, *Collatio 6 de donis Spiritus Sancti.* N. 20.

[48] *Audiencia General*, 6-IX-1995.

[49] Cf. J. Alfaro, SI, *María en la salvación cumplida por Cristo,* o.c. p. 212; 216-219

[50] Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios: Solemne profesión de fe,* 30-VI-1967.

[51] Conferencia Episcopal Española, *Misas de la Virgen María* I, Misal, Coeditores Litúrgicos, 1987, p. 129, 137.

[52] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta sobre la colaboración del hombre y de la mujer en el mundo,* Roma,3 de junio e 2004, n. 15.

[53] Angelo Amato, *María y la Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2000, pp. 59-60.

[54] S, Agustín: "Nuestra naturaleza no fue asumida de tal manera que primero fuera creada y luego asumida, sino que ***fue creada en el mismo acto de ser asumida" = ut ipsa assumptione crearetur***, *Contra Serm. Ar* 8,2 (PL 42, 688); S.

León, *Epist.* 35, 3 (PL 54, 8007). Olegario G. de Cardedal, *Cristología*, ed. BAC, 2001, p. 270.

[55] Olegario González de Cardedal, *Dios.* Ed. Sígueme, Salamanca, 2004, p. 53, 57.

[56] Cf. 1 Tim 2, 5; Hb 4, 15; 7, 22; 8, 6; 12, 24. Cf. Luis F. Ladaria, *Teología del pecado original y de la gracia* ed. BAC 1997, p. 248 ss.

[57] Juan Alfaro, *Cristología y antropología* ed. Cristiandad Madrid, 1973, p. 216 ss; 362ss.id. *Significatio Mariae in Misterio Salutis,* Gregorianum, XL (1959) pp. 9-37.

[58] Cf. Elías Yanes, *Fui forastero y me acogisteis*, Carta Pastoral, 2004, Arzobispado de Zaragoza, p. 29; cf. José Vidal Taléns, *Encarnación y Cruz,* Edicep, 2003.

[59] Cfr LG, 26;28; 41: OE 30; UR 7; PC 15;AA 14; 23;AG 8; PO 6; 8;9; GS 3;9; 35; 37; 38; 61; 78; 84; 88; 90; 91; 92.

[60] P. Aniano Alvarez Suarez, O.C.D. *La fe de María y la fe de la Iglesia: De la ejemplaridad a la presencia,* Estudios Marianos, LIV, 1989, Salamanca. p. 103,

[61] Olegario González de Cardedal, *Dios,*ed. Sígueme, Salamanca, 2004, p.182; J.Alfaro, *Cristo glorioso, revelador del Padre*, en *Cristología y antropología,* ed. Cristiandad, Madrid,1973, pp. 141-183.

[62] Cf. Lc 22, 42par; Jn 19, 26-27; Gál 2, 20; Ef 5,2.25; Hbr 5,7; 7,27.

[63] Cf. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 30-XII- 1988, n. 8; 18; 32; Id. *Novo millennio ineunte,* 6-I-2001, n. 43. Elías Yanes, *La Trinidad en nosotros, fuente y modelo de vida comunitaria,* Carta Pastoral, Zaragoza, 18-VI-2000; cf. Juan

Pablo II, *Rosarium Virginis Mariae"* 16-X-2002, n. 15; S. Luis María Grignon de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, Ed. Ensin, Barcelona, 1994, n. 233.

[64] Cf.Jn 4; Lc 23, 39ss; Lc 7, 36ss; Jn 8, 1- 11; Jn 21, 15-19; Hch 9, 1ss;22,5-16; 26, 9-18.

[65] Olegario Gonzáles de Cardedal, *Dios*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2004, p. 67.

[66] Cf. Hbr 10, 5—10; 5,5-10; 4, 14-16; 7, 25; 9, 14- 15; 13, 15.15.21; Jn 10, 17-18; Rom 12, 1-2; Ef 5, 1-2; Lc 9, 23-25 par; 22, 42.44par; Plegaria Eucarística III.

[67] Cf. Hbr 10, 7; Sal 40; Lc 2, 29-51; Jn 4, 34; 12, 24-28; Mt 25, 39.42.44 par; Flp 2,5ss; Lc 9,23-25ss.cf. Elías Yanes, *En el Espíritu y la Verdad*, ed.BAC, 2000, p. 34-36;65ss; 119. Juan Pablo II*, Salvifici doloris,* 11-2- 1984; Flick-Alszeghy, *Il mistero della croce,* ed. Queriniana, Brescia, 1978;

[68] Juan Pablo II,*Salvifici doloris*, 11-2-1984, n. 31.

[69] B. Nodet *Jean Marie Baptiste Vianney, Curé d'Ars, Pensées.* (Desclée de Brouwer, 1986) 75.

[70] Santo Tomás de Aquino: "unde omnia gravia et impossibilia levia facit amor. Unde si quis bene amat Christum, nihil est ei grave, et ideo lex nova non onerat" (Super Evang. Mt 11,30).
"…de donde todas las cosas pesadas y las imposibles, el amor las hace leves. De donde si alguno ama bien a Cristo, nada hay para él pesado, y por tanto la ley nueva no pesa".

[71] Cf. K. Rahner, *Oraciones de vida* (Publicaciones Claretianas, Madrid, 1989) 67ss. Cf. Vicenso Battaglia, *Il Signore Gesu Sposo della Chiesa, Cristología e contemplazione*, ed. Dehoniane, Bologna, 2001.

[72] Pablo VI, *Gaudete in Domino* (9-V- 1975). II, III, V.

[73] Conferencia Episcopal Española, *Misas de la Virgen Maria, I, Misal,* Coeditores litúrgicos, 1987, p. 161 ss.

[74] Cf. Lc 1,14;1,44; Act 2,46; 16,34;Lc 10, 21-22; Isidro Gomá Civit, *El Magnificat, Cántico de la salvación*, ed.BAC, 1982, pp. 62-63.

[75] I. Hausherr, *Oración de vida, vida de oración,* ed. Mensajero, Bilbao, 1967, p. 119.

[76] Citado por Santiago G. Azurbialde, SJ, *Teología spiritualis*, Univ. Pnt. E Comillas, Madrid, 1989, p. 253.

[77] Himno de Laudes, lunes II, LH, t.IV, p. 673.

[78] Jean Lafrance, *Jour et nuit* ed. Paulines, Paris, 1992, p. 99.

[79] *Obras completas* ed. Monte Carmelo, Burgos, 1980, pp. 785-786.

[80] *Obras completas,* ed. Monte Carmelo, Burgos, 1979, pp. 364, 650.

[81] Carta 13-X-1847.

[82] Preces, Laudes, viernes II, LH t.III, p.821. Juan XXII, ***"Voluntas tua pax nostra"*** (S.Gegorio Nazianceno) ***"Oboedientia et pax"***, *Diario de un alma*, ed. Cristiandad, Madrid 1964, p. 281

[83] I. Hausherr, *Oración de vida y vida de oración,* ed. Mensajero, Bilbao, 1967, p. 286.

[84] Ernesto J. Brotóns Tena, *Felicidad y Trinida,a la luz 'de Trinitate' de San Agustín*, ed. Secretariado Trinitario, Salamanca, 2003, p. 351.

[85] Pablo VI, *Gaudete in Domino*, 9-V- 1975, III.

[86] Olegario González de Cardedal, *Dios*,Ed. Sígueme, Salamanca 2004, p. 138.

[87] Olegario González de Cardedal, o.c., p. 139. Id. *La raíz de la esperanza* ed. Sígueme, Salamanca, 1995, p. 391 ss.; Éloi Leclerc, *El sol sale sobre Asís,* ed. Sal Terrae Santander, 1999; Michel Qoist, *Triunfo,* ed. Estela, Barcelona, 1961, p. 73 ss.

[88] Id. Pablo VI, o.c. IV.

[89] Cf. Piero Monni, *El archipiélago de la vergüenza, turismo sexual y pedofilia.* Ed. BAC, 2004.

[90] Cf. 2 Cor 11,2; Ef 5,27; Lc 20, 35; Mt 22,30 = Mc 11,25; 1 Cor 7.

[91] Cf. 1 Cor 3, 16-17; 6,19; 2 Cor 6, 16.

[92] Cf. Mt 19, 11-12; 1 Cor 7, 7.26.31; Lc 20, 35; cf. Mt 22, 30 = Mc 12,25.

[93] 1 Cor 10,31; Col 3, 17; 2 Cor 3,17; Rom 8, 12-21; Gál 5,24.

[94] Cf. 1 Cor 16, 13; 1 Tes 1, 2-3; 3,10; 5,17; 2 Tes 1,11; Rom 1, 8-10; 12,12; 2 Tim 3; Ef 6, 18; Col 1, 3.9; 4,2; Fp 1,4; 4,6; Lc 21,36.

[95] Isidro Goma Civit, *El Maginificat, Cántico de la salvación* ed. BAC, 1982, p. 111.

[96] Cf. 1 Tim 6,7; Sant 1,10-11;Mt 6,24; 13, 22; 19, 22-26.

[97] Olegario González de Cardedal, *Raíz de la esperanza,*ed. Sígueme, Salamanca, 1995, p. 356.

[98] Juan Pablo II, a la Universidad de Sássari, Cerdeña, 19 de oct. de 1985: "El mismo santo Tomás, en su comentario al tratado aristotélico sobre el alma afirma netamente: *El hombre es la totalidad del ser* (De Anima**,** III, lect. 13), ***encierra en sí una infinita profundidad de ser, imagen del Infinito por esencia, que es Dios mismo***. Quisiera imprimir profundamente en el alma y en el corazón de todos vosotros que me escucháis esta grandiosa concepción del hombre, pensando en la cual, ***desde el primer día de mi ministerio pontificio he exclamado, hablando a la multitud presente en la plaza de San Pedro:'¡Con qué verdadera veneración debemos pronunciar esta palabra: hombre!"***

[99] Himno de Vísperas de viernes II, LH, t.IV, p. 760.

[100] Juan Pablo II, Enc.*Evangelium vitae*, 25-III-1995, n. 105; Elías Yanes *La vida humana es sagrada,* Carta Pastoral, Zaragoza 2004.

[101] *Sermo* 192, 2; Cf. Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte,* 6-I-2001, n. 43 ss.

[102] Juan Pablo II, *Christifideles laici* 30-XII-1986, n. 18-19, 8,32. Id. *Pastores dabo vobis,*25-II-1992; id. *Pastores gregis,* 16-X-2003, c.I, n. 22. Elías Yanes, *La Trinidad en nosotros, fuente y modelo de vida comunitaria,* Carta Pastoral, 18-VI-2003.

[103] Sta. Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) *Obras selectas*, ed.Monte Carmelo, Burgos, 1998, pág. 383: "*Quien ama con su amor (con el amor de Cristo) quiere a los hombres para Dios y no para sí".*

[104] Sta. Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein): Homilía de Juan Pablo II, 11-X-1998: "Santa Teresa Benedicta de la Cruz nos dice a todos: no aceptéis como verdad nada que carezca de amor. Y no aceptéis como amor nada que carezca de verdad. El uno sin la otra se convierte en una mentira destructora."

[105] Elías Yanes, *En el Espíritu y en la Verdad*, ed. BAC, 2000, 65ss. Juan Alfaro, *Actitudes fundamentales de la existencia cristiana*, en *Cristología y antropología,* ed. Cristiandad, Madrid, 1973, p. 413 ss.

[106] Cf. C. Spicq, O.P., *Agape en el nuevo tetamento*, Ed. Cares, Madrid 1977; A. Feuillet, *Le mystère de l'amour divin dans la theologie Johanique,,* Ed. Gabalda, París 1977.

[107] Cf. Hbr 10,7; Lc 2, 49-51; Jn 5,30; Jn 8, 28-29; Jn 10, 17-18; Jn 14, 30-31; Jn15, 9.12; Jn18, 11; Hbr 5,8; 10,7ss; Flp 2,8.

[108] H. Urs Von Balthasar, *Concilium*, 1, n.º 9 (1965) 18-19.

[109] *Les écrits de sainte Bernardette et sa voie spirituelle*, présentés par André Ravier S.J.Œuvre de la Grotte, Lourdes, P. Lethielleux, Paris, 1993, p. 293.

[110] Cf. Marko Ivan Rupnik, *Il discernimento* ed.Lipa, Roma 2000, p. 20; 88.

[111] San Juan de Ávila, Obras c. BAC, 1970, t.V, carta 224, p. 748.

[112] Comentando este pasaje dice San Agustín: "Pero tú, que todavía no ves a Dios, amando al prójimo haces méritos para verlo; con el amor aclaras tu pupila para ver a Dios" = Tu autem, quia Deum nondum vides, ***diligendo proximum promereris quem videas; dilgendo proximum purgas oculum ad videndum Deum...***" LH t., p. 440, (3 de enero).

[113] Juan Alfaro, *Cristología y antropología* ed. Cristiandad, Madrid, 1973, p. 398.

[114] Cf. Lc 1, 32-33; 2, 35; Mt 2, 13-15; Jn 19, 25.

[115] Oración del domingo IX, del tiempo ordinario.

[116] Sta. Teresa Benedicta de la Cruz, *Obras selectas*, E. Monte Carmelo, Burgos, 1998, p. 384.

[117] Cf. Mt 1,18-24; Lc 2, 4-6.16.23.35.41-52; Mt 2,13.19-23.

[118] Cf. Jn 6,56-57; 14,20-26; 15,4-11; 1 Cor 1,9; Gál 2,20; Col 3,3; Flp 1,21.

[119] Cf. "Prefacio" III de Adviento.

[120] Conferencia Episcopal Española, *Misas de la Virgen María, I Misal,* Coeditores Litúrgicos 1987.

[121] Angelo Amato*, María y la Trinidad*,ed. Secretariado Trinitario, Salamanca, 2000, Texto medieval: ***Ave, mortem destruente Filio speificata,*** p. 179-180.

[122] Elías Yanes, *Cristo gozo y esperanza de los hombres, Reflexión sobre la esperanza cristiana,* Carta Pastoral 2001.

[123] *"Illum totaliter diligas, qui se totum pro tua dilectione donavit"* [3 *Ep Ag 15*], Jesús Sanz Montes*, La simbología esponsal como clave hermenéutica del carisma de Santa Clara de Asís,* ed. Pontificium Atheneum Antonianum, Roma 2000, p. 452.

[124] San Agustín, *De Civi. Dei*, XVIII*,* 51,2: PL 41,614.

[125] Rom 5, 5-11; 8,31-39; 2 Tes 2, 16; Ef 1,6; 2, 4-6.

[126] Mecedes Navarro Puerto, art. *María*, en *Diccionario teológico, El Dios cristiano*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1992, p. 862. Angelo Amato, *María y la Trinidad,* ed. Secretariado Trinitario, Salamanca, 2000.

[127] Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*, 10-XI-1994, n. 48.

[128] Juan Pablo II y Vittorio Messori *Cruzando el umbral de la esperanza*, ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1995.

[129] C. Spicq, *Vida cristiana y peregrinación según el nuevo testamento,* Ed. BAC, Madrid, 1977.

[130] B. Nodet, *Jean-Marie Vianney, «Pensées»*, 7ªed. Desclée de Brouwer, Paris, p. 239; LH, IV, p. 1064; Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, *Esperamos la Resurrección y la vida eterna* Edice, 26-XI-1995. LG, c. VII.

[131] D. Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos*, ed. BAC, 1950, pp. 914-916, 992ss; 980.

[132] San Pedro Poveda, *Amigos fuertes de Dios* (Narcea, Madrid 1993), p. 174.

[133] San Juan de Avila, Obras c., BAC, 1970, III, A las monjas de Santa Clara, p. 466.

[134] Cf. Juan XXIII, *Enc.Mater et Magistra* 15-V. 1961, n. 238*:* "Deben tener, además, sumo cuidado en no derrochar sus energías en discusiones interminable, y, ***so pretexto de lo mejor, no se descuiden de realizar el bien que les es posible y, por tanto, obligatorio"*** *Grandes Mensajes*, ed. BAC.

[135] Citado por G. Aranda Pérez, El Pilar*,* Zaragoza n. 5087 (sep. 1998), p. 9.

[136] Referencias bíblicas en Isidro Goma Civit, *El Maginificat, Cántico de la salvación,* ed. BAC, 1982, p. 58 ss.

[137] Isidro Gomá Civit o,c, p. 60.

[138] "El cristiano se alegra de que Dios exista, de que encarnado sea Dios de hombres, convirtiéndose así en nuestra salvación. María anticipó la expresión más profunda de la fe al decir: 'Mi alma reconoce la grandeza de Dios y se alegra de él, que es mi Salvador' (Lc 1, 46). La esencia de la fe cristiana es alegría

de Dios y alegría del hombre, alegría porque existan los dos, de que sean amigos y de que ya no haya Dios sin hombre ni hombre sin Dios" (Olegario González de Cardedal, *La Entraña del Cristianismo*, 2ª ed, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1998, p. 340).

[139] Cf. 1 Cor 1, 8; 5,5; 2 Cor 1, 14; 1 Tes 5, 2; 2 Tes 2, 2 etc.

[140] Hch 1, 11; cf. Mc 13; Mt 24-25; Lc 21; 17, 20-37; 2 Tes 2,1-12; 1 Tes 4, 13-18 etc.

[141] P, de Bérulle, *Discours sur l'état et les grandeurs de Jésus,* XI, 12.

[142] P. Jacquier CM.: En el artículo de Águeda María Rodríguez Cruz, *La Madre del Redentor: Vivencia de la Matenidad espiritual de María en tres figuras del siglo XX: Jacquier, Kolbe e Higuera* Estudios Marianos, LIV, 1989, p. 248. Id. *Maternidad divina y maternidad espiritual en el pensamiento del P. Gabriel Jacquier",* Estudios Marianos, LXVIII, 2002, p. 215.

[143] Angelo Amato, *María y la Trinidad*, ed. Secretariado Trinitario, Salamanca, 2000, p. 18.

[144] José A. de Aldama SI, *El culto de la Santísima Virgen en la Iglesia*, en *Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia*, ed. BAC, 1966. pp. 1048-1049.

[145] F. Trochu, *El Cura de Ars,* ed.Palabra, Madrid, 1995, p. 238.

[146] Cf. Pablo VI, *Marialis Cultus,* 2-II-1974, n. 20.

[147] Cf. Elías Yanes, *Fui forastero y me acogísteis*, Carta Pastoral, 2004; Pablo VI, *Evangelii nuntiandi,* 8-XII-1975; Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 30-XII-1988; id. *Novo millennio ineunte,* 6-I-2001.

[148] *Pensieri e parole del Padre Pio da Pietrelcina,* Ed Paulinas, 1999, p. 35.

[149] H.U. von Baltasar, citado por B. Leahy, *Il principio mariano nella Chiesa* (Città Nuova, Roma 1999) 181.

[150] San Francisco de Asís, *Escritos, Biografías, Documentos de la época*, ed. BAC, 1978, p. 46.

[151] Domiciano Fernández, CMF, *¿Por qué recurrir a María, si Cristo me basta?* Estudios Marianos, Cristo y María, Granada 1998, pp. 601-619.

[152] O.Semmelroth, *¿María o Cristo?*, Madrid, 1963.

[153] Marcelino Llamera OP, *La misión maternal de María hacia los hombres*, en *Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia,* ed. BAC, 1966, p. 996.

[154] Juan Pablo II *Pastores dabo vobis,* 25-III-1992, n. 82.

INTRODUCCIÓN 5
Ella se ha hecho toda esperanza 5
Sentido de la coronación canónica: María es Reina 9

LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA 17

MARÍA ES VERDADERAMENTE NUESTRA MADRE 20
En el orden de la gracia 20

EL TESTIMONIO DE LA SAGRADA ESCRITURA 23
Génesis 3, 15 23
Gálatas 4, 4-5 23
Lucas 1, 38 24
Juan 2, 1-12 25
Juan 16, 20-22 26
La "Mujer" del Apocalipsis 27

EL TESTIMONIO DE LOS PADRES DE LA IGLESIA 29
El paralelismo entre Eva y María 29
Relación de María y la Iglesia 31
La mediación materna de María 33
Cooperación de María en el sacrificio redentor de Cristo 35
La Liturgia hispana 37
Desde el siglo VI es invocada como Mediadora 38
Ha sido siempre invocada como Madre nuestra 39

DOCTRINA DEL CONCILIO VATICANO II..... 40

EL MAGISTERIO DE JUAN PABLO II 48
La mediación materna de María 48
María participa en la única mediación de Cristo 49
Intervención primera y fundamental de María en la Encarnación..... 51
La maternidad espiritual de María..... 55
La maternidad espiritual de María es real y efectiva 57
La relación especial de María como Madre, con cada uno de nosotros 59
María, sin dejar de ser Madre ha sido también discípula .. 64

MARIA MADRE DE LA IGLESIA..... 65
La mediación materna de María está incluida en la plena mediación de Cristo..... 69
La maternidad espiritual de María es verdadera mediación materna 73
La Virgen cuida de nosotros y nos forma como hijos en nuestra vida cotidiana..... 74
La vida de la Virgen María es una invitación siempre actual para la Iglesia 77
María, hija de Dios Padre: Somos hijos de Dios en el Hijo. 79
Acto de confianza en María..... 87

Oración por quienes ejercen una misión pastoral 89
Oración por la propia vocación 90

MARÍA NOS INTRODUCE EN EL MISTERIO DE LA PASCUA 91
Reina y Madre de misericordia 91
El misterio de la Pascua en nuestra vida 94
Causa de nuestra alegría 102
La alegría y la acción de gracias 109
El deseo de estar con el Señor en la vida cotidiana 111
La Virgen María, luz que ilumina el sentido de la castidad cristiana 117
¿Todos llamados a vivir con un corazón puro? 121
María canta la victoria de Dios a favor de los humildes y de los pobres 126
María, Salud de los enfermos 129
La devoción a María y la doctrina social de la Iglesia ... 130
La sabiduría de la Cruz 135

MATER UNITATIS ET AMORIS 137
Nuestra vocación es el amor: Amar a Dios y amar al prójimo 139
Amar al que no me ama 147
Un signo de amor: confiar en el Amado. María confió en la Providencia de Dios 150
Está a mi lado 154

MADRE DE LA ESPERANZA 158
La raíz de la confianza está en la Trinidad 163
La historia es ahora una mujer 166
Lo que Dios reserva a los que le aman 168
Arranca de ti la tristeza 170
La Trinidad es la esperanza de la Iglesia 176
María responde Sí: Las vocaciones de especial entrega a Dios 178
Oración por las vocaciones 185

EL CULTO A MARÍA 186
El Santo Rosario 187
María mujer eucarística 189
Espiritualidad de comunión y espiritualidad mariana 191

¿POR QUÉ RECURRIR A MARÍA? 195

CONCLUSIÓN 197

APÉNDICE 200

NOTAS 204

SIGLAS 225

DH = Denzinger – Hünermann *El Magisterio de la Iglesi*a Ed. Herder 1999

Textos del Concilio Vaticano II:

LG = Constitución *Lumen Gentium* (Sobre la Iglesia)

GS = Constitución *Gaudium et Spes* (Iglesia y mundo moderno)

PO = Decreto *Presbyterorum Ordinis* (Sobre los presbíteros)

PC = Decreto *Perfectae Caritatis* (Sobre los religiosos)

AA = Decreto *Apostolicam Actuositatem* (Sobre Apostolado Seglar)

OE = Decreto *Orientalium Ecclesiarum* (Sobre Iglesias Orientales)

UR = Decreto *Unitatis Redintegratio* (Sobre Unión de las Iglesias)

AG = Decreto *Ad Gentes* (Sobre la misión "ad gentes")

Documentos del Papa Juan Pablo II:

RMa = *Redemptoris Mater*

CEC = Catecismo de la Iglesia Católica

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN ZARAGOZA,
EL DÍA 8 DE SEPTIEMBRE DE 2004,
FIESTA DE LA NATIVIDAD
DE LA VIRGEN MARÍA,
AURORA DE LA SALVACIÓN.

M M I V